

ESPERANDO A LOS BÁRBAROS

EMILIO DÍAZ ROLANDO

AKRÓN

2008

© *Esperando a los bárbaros*, Emilio Díaz Rolando, 2008

© Editorial Akrón, S.L.U., 2008

Apartado de Correos N° 134

24700 Astorga, León

(España)

www.editorialakron.es

info@editorialakron.es

Primera edición: Junio 2008

ISBN 978-84-936505-0-6

Depósito Legal:

Impresión y encuadernación: Gráficas Varona S.A.

Impreso en España

Diseño de la cubierta:

Departamento de Diseño de Editorial Akrón

Queda prohibida la reproducción parcial o total de la presente obra sin permiso previo escrito del editor. Todos los derechos reservados.



EA0018

ESPERANDO A LOS BÁRBAROS

EMILIO DÍAZ ROLANDO

*A mis padres,
porque me dieron la vida dos veces.*

EMILIO DÍAZ ROLANDO

No puedo dejar de recordar aquí las palabras de apoyo, los consejos, la ayuda de un antiguo alumno mío cuya reaparición en mi vida celebré con emoción. Me refiero a Diego Vaya. Sin sus recomendaciones es probable que no me hubiera animado a emprender la ardua empresa de buscar quien publicara esta colección de relatos.

Como siempre a mi lado, el motor de mi vida, mi compañera María también merece que escriba aquí su nombre. Entre nosotros sobran las palabras y quien ame sabrá a lo que me refiero.

Mi hija Merchi asistió encantada una tarde a la lectura que le hice de algunas de las narraciones. Sus ojos, sus expresiones, sus comentarios supusieron para mí un hálito de vida, como siempre.

E.D.R.

ÍNDICE

El reto	13
Flores	14
Aprendizaje	16
Hada madrina	17
El rapsodo	20
El reloj	25
Hospitalidad	26
La tregua	30
Vindobona	32
La trascendental decisión de	
Carmelita	34
En la agonía	36
El futuro	38
Teología	39
El mariscal	40
Un funeral	41
El oráculo	42
Padre nuestro	43
Odiseo	45
El olor del mar	47
Las plantas	48
La fulana	50
Dafne	52
Andrómaca	53
Medea	54
El caballero	55
El hijo de p...	56
El periodista	58
Gracias, Armando	59
La última morada de los dioses	60
El fundamento de la fe	61

ESPERANDO A LOS BÁRBAROS

El vidente	62
El fósil	63
Aquí no están los dioses	64
El oceanógrafo	68
El sable	69
Esperanto	70
Recibir	71
El benefactor	72
28 de Mayo de 1453, caída de Constantinopla	76
El barbero	81
El dolor	82
El inventor de religiones	83
La monja	84
El buen rey	86
El eunuco	89
Tratado de Estética	92
Cuestión de paciencia	93
El pensador	94
El músico	95
La especialista	96
El iniciado	97
Esperando a los bárbaros	100
Estadística	102
Metafísica	103
El humorista gordo	105
Waterloo	108
El hijo de su padre	110
San Jorge y el dragón	113
El cortijo de los asombros	119
El navegante solitario	127
Versiones	129
Testamento	135
El esclavo	140
El viajero	142
Los vigilantes del harén	144
Pigmalión y Galatea	146
Gandhi	148
Arquíloco de Paros	149
Idea fuerza	150

EMILIO DÍAZ ROLANDO

El samurái	151
Epitafios	152
El nuevo Aquiles	153
El obispo	154
Lord Byron	155
Negocios	157
Jubilación (14 de abril de 2119)	160
Bond, James Bond	164
Epicuro	166
Calzadas romanas	169
Epitafio de un veneciano en	
Anatolia	171
El seductor	172
Pájaros	174
El desertor	176
Apolo y las musas	178
El pastor	179
El vendedor de lotería	181
El psicoanalista	185
El jubilado	186
La decisión de Nicerato	189
Plan de pensiones	191
Alcestis	193
Cartomancia	195
Amor absurdo	197
Pablo de Tarso	198
Sócrates	201
Amor caduco	203
El maestro	204
El lvgionario	212
Menelao	215
El exiliado	219

El reto

Empezó como un reto. ¿Sería capaz de ligarme a una mujer mayor y experimentada? Si le hubiera dicho que tenía veintitrés años, hubiera caído en mis brazos sin dificultad. Es casi infalible que una mujer de cuarenta y cinco se deje seducir por un joven. Eso era demasiado fácil. Lo difícil sería conquistarla fingiendo ser de su edad. Hasta utilicé las fotos de mi padre cuando me pidió que le enviara alguna. Conseguí, efectivamente, enamorarla. Por el ordenador es factible, quizá más que en la vida real. En el mundo virtual nuestra imaginación suple con las fantasías más amadas la carencia de datos palpables. La consecuencia imprevista es que yo me enamoré también de ella. Se lo conté a mi padre pidiéndole perdón por haberlo suplantado. Hice un esfuerzo porque desde la muerte de mi madre está taciturno y silencioso. Se mostró muy comprensivo. Me animó, me despejó los escrúpulos morales y se ofreció a quedar con ella para explicarle todo. No debo entretenerme mucho más en esto. Mi padre me espera en el juzgado. Hoy es el día de la boda. Y yo soy testigo. De su boda con ella, claro.

Flores

No sé qué vi en él. Supongo que a los dieciséis años una no es muy lista. Era guapo, elegante, gracioso, entrante y trabajador. Bastó. En aquellos tiempos lo que se esperaba de un hombre eran esas o parecidas cualidades; especialmente que se hiciera responsable de la familia que iba a formar, porque ese primer noviazgo tenía que ser el único. Fue detrás de mí y me consiguió con facilidad. A los veinte años estaba casada con él y a los veintuno era madre. Siguieron dos niñas, a una por año. Hubieran nacido algunos hijos más si no fuera porque el último embarazo fue complicado y me tuvieron que quitar el útero. Siguió siendo –decían– gracioso, entrante y trabajador con sus treinta, con sus cuarenta, con sus cincuenta años; aunque ni sus hijas ni yo tuviéramos oportunidad de comprobarlo. Porque la moneda tenía otra cara. Pronto me di cuenta de que vivía para su trabajo. Sus hijas y yo no éramos más que un factor de estabilidad material en su existencia. Sólo lo veíamos por las noches y los domingos a partir de la hora de comer. Después, se acostaba a dormir una siesta muy larga, tras la cual se levantaba, encendía el televisor y se empapaba de fútbol hasta la hora de cenar. Después se iba a la cama y empezaba una nueva semana. Su vida era su floristería. Por lo que me contaban era un autén-

tico maestro. De vez en cuando me enteraba por alguien de que había ganado un premio o que lo habían felicitado por alguno de sus adornos. Dinero no nos faltaba y yo lo administraba sin que él pusiera ningún reparo. No pasamos penurias y las niñas salieron adelante. Hoy son mujeres con sus carreras, sus trabajos y algún marido que espero no sea como su padre. Tengo nietos también. Me hacía el amor cuando le apetecía y nunca me preguntaba si yo quería. Tampoco podía yo tomar la iniciativa porque le molestaba. Esa ha sido mi vida a su lado. Cuando murió, sus colegas se volcaron. Entraron en su tienda y elaboraron coronas de flores, adornos funerarios y demás decoración que fue el asombro de los asistentes al funeral. Tras el entierro, cuando el gentío se fue disolviendo, sobre su tumba quedaron cientos de flores con diseños maravillosos que llamaban la atención de todos. A los tres días volví al cementerio a visitar su tumba. Recogí las flores y las fui distribuyendo entre las demás. Cuando hube terminado este trabajo, saqué de un bolso mi perpetuo homenaje a su persona. Lo dejé sobre su tumba para siempre porque no pienso volver. Era una hermosa maceta de plástico en la que estaban plantadas unas hermosas flores de plástico.

Aprendizaje

La vieja máxima cayó en su oído cuando niño: "Aprende sufriendo". Le golpeó el reencuentro años más tarde, cuando joven, en el instituto y por voz de un profesor de griego antiguo. Se fundió con su mente. Más tarde supo de variaciones: "aprenderás sufriendo", "se aprende con el sufrimiento", "sufrir y aprenderás" y algunas otras. Aceptó cuanto sufrimiento mejor con la meta del aprendizaje total. Toda una vida de sufrimiento y aprendizaje. Poco le faltaba para saberlo todo cuando murió.

Hada madrina

En principio, parece ser que las hadas madrinas son un invento de la imaginación popular cuyo poder simbólico fue incrementado con las aportaciones de la industria cinematográfica norteamericana. Nadie nunca en la vida real afirmó haber visto un hada madrina. Y si alguien se atrevió a declarar haber sido testigo de su presencia y de su acción benefactora, enseguida fue tildado de individuo fuera de sus cabales, loco o desequilibrado. En el mejor de los casos recibía una sonrisa compasiva. Por tanto, todo nos hace asegurar que ese fenómeno forma parte del sinnúmero de fantasías colectivas que pretenden con su efecto lenitivo consolar-nos de los embates que la vida real nos propina a los mortales. Esa misma noción del hada madrina tenía en su mente Felisa. Ama de casa desde siempre, su memoria no alcanzaba a distinguir más que tres etapas en su vida: una infancia de colaboración con su madre en el gobierno doméstico de una familia con un padre y tres hermanos varones, una vinculación con su marido que fue su único novio y con el que se casó temprano, muy temprano y, finalmente, el período en el que se convirtió en madre con el resultado de dos hijos. Varones también ellos, los dos, sentidos como dos pedazos de su corazón. Aunque con frecuencia le parecía que, si se

descolgaran del mismo, sólo sentiría alivio. Eran como esos sacos de tierra que el navegante solitario a bordo de un globo deja caer por la canastilla para darle más altura a su nave. Lo que era un hada madrina para Felisa se resumía en alguna que otra película de Walt Disney que viera durante la niñez en el cine de su pueblo. Nada más. Como apenas pudo ir al colegio, sólo leía lo imprescindible y escribía para firmar y hacer cuentas. Nunca leyó un libro y la prensa para ella eran los colorines de las revistas del corazón con sus fotos de famosos y los relumbrones en el que envuelven sus existencias envidiadas. Cuando aquella mañana, una vez hubieron abandonado todos los hombres el techo bajo el cual dejaban transcurrir sus vidas, se le apareció a Felisa su hada madrina, creyó que iba a caerse al suelo desmayada. Trabajo le costó a la oronda hada convencerla de que, efectivamente, era su hada madrina. Gracias a su voz dulce, a una modesta demostración de sus poderes y a su paciencia proverbial tras miles de encuentros con gente tan incrédula o más que Felisa, la mujer aceptó el hecho sobrenatural de que estaba siendo visitada por su hada madrina. Charlaron brevemente. El hada madrina era mujer, por tanto conocía de sobra la situación personal de su ahijada. Sólo tuvieron que ponerse de acuerdo en el modo. Felisa aquella noche reconoció que su hada madrina era una buena profesional. Sus tres hombres, después de engullir en quince minutos la cena que Felisa tardara un par de horas en cocinar,

se sentaron rodeados de cubatas para ver no se sabe qué partido de fútbol. Felisa en un momento de descuido agarró el mando a distancia del televisor, lo dirigió hacia aquellos tres zangolotinos y oprimió el botón de apagado. A partir de ese instante, Felisa inició una nueva vida. Palabra de hada madrina.

El rapsodo

Es duro ser ciego. Pero más duro es no aceptar la voluntad de los dioses. Nunca ha salido de mi boca ni se ha enhebrado en mi pensamiento ni una palabra ni una idea de reproche hacia su falta de compasión respecto a mí. Decidieron mi ceguera y mi deber consistía en resignarme e intentar sacar de mi condición el mayor partido posible. Aprendí el oficio de rapsodo y desde joven transito por los caminos de la Hélade, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, cantando las hazañas de los viejos héroes, acompañado de mi lira, mi voz, mi memoria y esa capacidad de hacer versos que, esta vez sí, los dioses tuvieron la compasión de regalarme. Pero soy ciego y hay actos cotidianos que no están al alcance de mis capacidades. Desde el primer momento necesité a alguien que me acompañara por los senderos polvorientos de esta tierra y me ayudase en la tarea cotidiana de existir. Si tuviera dinero suficiente, me compraría un esclavo; pero lo que gano con mis cantos heroicos me dan lo suficiente para alimentarme a mí y a mi lazari-
llo, para vestir alguna ropa decente, tener albergue más o menos confortable y dejarnos caer en alguna ocasión inesperada por la pendiente del placer momentáneo, entre vino, buena mesa y alguna mujer. Para poco más da este oficio en el que llevo toda mi vida enredado y

gracias al cual he podido oler todos los aromas de Grecia, de sus costas y de sus mares; he oído todos los rumores de todos los árboles, de todas las brisas y todas sus gentes; he tocado todos los relieves de todos los rostros, de todas sus rocas, terrones y glebas, de todos sus animales y de todas sus casas. He tenido sólo dos lazarillos en mi vida. El primero me engañó y terminó por confundirse con la oscuridad que puebla el mundo más allá de mis ojos llevándose mi lira y unas pocas monedas que guardaba para darnos algún consuelo después de un invierno poco generoso. Entonces encontré a Teopompo. Así lo llamé, *el enviado de los dioses*, y advertí en mi corazón que los dioses reparten con justicia el bien y el mal entre los mortales. Un día te asae-tean con furia y al día siguiente te colman de mercedes. Un día tú sufres, otro día sufre aquél con quien te cruzas en el ágora y que hacía pocas horas se sentía el ser más afortunado de la tierra. Abandonado de su padre y huérfano de madre, lloraba en aquel cruce de caminos por el que yo iba mascullando mi desgracia. Al oír su llanto me di cuenta de que apenas pasaba de los seis o siete años. Lo acogí, le enseñé el oficio de lazarillo e incluso comencé a adiestrarlo en las habilidades del oficio de rapsodo. Alumno provechoso, aprendió rápido. Pero no fue la satisfacción por su rendimiento en el aprendizaje lo que me hizo quererlo como a un hijo que nunca tuve, sino su dedicación hacia mí, sus cuidados, sus atenciones, su guía, sus ojos y sus manos. Teopompo

había cumplido ya veinte años, más o menos. Hacía unos meses que habíamos llegado a ese pueblo para dar uno de nuestros recitales. La gente se congregó en el ágora a la caída de la tarde, al regreso de las faenas en el campo, cansadas, deseosas de olvidar mediante los versos llenos de gloria ajena las miserias y estrecheces de sus vidas. Allí estábamos Teopompo y yo. Les canté las hazañas de Odiseo y las de la nave Argos en busca del vellocino. Cuando terminamos, nos alojamos en una vieja posada. Teopompo me pidió permiso para salir. Siempre tan respetuoso conmigo. Se lo di. Me quedé dormido. Al día siguiente me insinuó que los lugareños estarían dispuestos a asistir a otro recital esa noche. Rara es la vez en que nos quedamos más de una jornada en algún lugar. Si lo hacemos es para descansar y reponernos del ajetreo que el sendero y sus servidumbres carga sobre nuestras espaldas. La gente pronto queda colmada de los antiguos cantos y es preciso mudarse con el bagaje de historias que llevamos a cuestas. Nos quedamos otra noche y otra y otra. Aquel pueblo nos acogió con fervor, con generosidad. Pero yo pensaba que era momento de levantar nuestro vuelo y continuar con este periplo eterno al que estamos condenados los que consumimos nuestros días entre las armas de Aquiles y las naves de los itacenses, entre los ayes de dolor de Agamenón en el momento de su muerte o las lamentaciones de Edipo cuando se arranca los ojos. Teopompo se mostraba remiso. Y yo comenzaba a ex-

trañarme de una actitud que jamás antes mostró. Le pregunté la causa de su deseo por permanecer en el pueblo y me lo confesó al calor del hogar que invadía la posada. Estaba enamorado de una muchacha del lugar y quería quedarse aquí, casarse con ella, formar una familia. Me pareció que unos pocos días era un plazo escaso de tiempo para tomar esa decisión. Continuó con sus razones. Estaba cansado del camino, de los rostros siempre iguales y siempre diferentes de los miles de campesinos que nos oían cada atardecer. La muchacha le correspondía. Ya habría tiempo para avanzar en los asuntos más materiales, como convencer a la familia de ella, que la gente del pueblo lo estimase como uno más, buscarse algo en que trabajar para sacar adelante sus planes. Al fin, era cierta esa posibilidad. Existía realmente algo que yo sólo expresaba circunstancialmente en mis versos y que el común denomina amor. Y había irrumpido en mis días. Yo no contaba con esa pasión. Los rapsodos ciegos no contamos con esa clase de afectos en este mundo de mortales. Nunca pensé que Teopompo podía caer en esas redes y, lo que era más impensable, que ese sentimiento le impulsara a romper con la existencia que llevaba a mi lado. Notaba su respiración, el tono suplicante de su voz, la ansiedad de un rostro cuyos pliegues podía percibir a través de las ligeras turbulencias que mecían aire. Me ofreció un hueco al lado de los dos. Yo era su padre, su auténtico padre, me dijo, y cuidaría de mí hasta el final de mis

días. Reconocí por unos mínimos instantes la tentación de una vida por fin en calma, asentada junto a un mismo hogar sin los fríos de un invierno a la intemperie ni los calores de un verano desamparado de sombras. Aquella noche, sin que se diera cuenta, o tal vez se diera cuenta, pero no hizo nada por evitarlo, salí en silencio de la posada y orientádome con el sonido de los grillos, el rumor de los árboles, los ojos de mi bastón y la voz del viento emprendí camino solo, no sé a dónde. Quizá los dioses me den a otro Teopompo, porque un día te asaetean con infinidad de males y al día siguiente de colman de mercedes.

El reloj

Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac. El reloj está sobre el aparador como lo ha estado durante todos los años pasados. Han faltado dos para cumplir los sesenta juntos. Una marca pocas veces superada. Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac. En aquella época, la gente se casaba pronto. Nada más terminar la mili y volver de África. Nada más encontrar un trabajo. Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac. Pronto, los niños. Uno, dos, tres, cuatro. Y dos que no vivieron más allá de unos meses. Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac. Pronto ni una palabra más de lo necesario. Antes de que se dieran cuenta, los niños volaron y se estuvieron viendo las caras día a día. Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac. Sólo el reloj hablaba con su martilleante sentido de la rutina. Ella está muerta, hundida en su ataúd, en un cuarto de la casa. Les dice a los testigos del velatorio que era su objeto favorito y sumerge el artilugio entre los pliegues del sudario. Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac.

Hospitalidad

Sinceramente, no entiendo la precipitación. Apenas hace cuatro días que hemos llegado y ya quieres que nos vayamos. Estoy de acuerdo contigo en que Jaime ha tenido en algún momento ciertos detalles de comportamiento un poco extraños. Pero debes entender que su modo de vida, su mentalidad, su nivel cultural no son los nuestros. En cuanto a Conchita tendrás que reconocer su buena disposición permanente. Es una muchacha estupenda. Siempre lo fue, y la recuerdo con el mismo espíritu servicial y amable hasta donde abarca mi memoria.

Por otro lado, no tiene más que motivos para estarle agradecida a mi familia. Sus abuelos apenas tenían para comer cuando los míos se los llevaron de guardas al cortijo. Me contó mi abuela que vivían en una choza miserable a las afueras del pueblo y que salían adelante con los pocos jornales que le surgían al bueno de Sebastián, el viejo patriarca. Así que, cuando pasó a ser encargado del cortijo, su situación mejoró inmensamente. Se encontraron con una casa digna, sin gastos y con un excelente trabajo.

El padre de Conchita heredó el puesto y luego su hermano. A ella siempre se la trató bien en casa: nadie le reñía cuando se le caían los platos al servir la mesa o

cuando dejaba una capa de polvo en el aparador del salón. Mis padres la querían como a una hija y perdonaban su evidente falta de eficiencia.

Cuando conoció a Jaime y decidieron emigrar a Suiza, mis padres se llevaron un disgusto. De algún modo se sintieron traicionados por aquella chica en la que habían depositado sus esperanzas y sus desvelos con idea de que se convirtiera en una especie de ama de llaves del cortijo. Pero fíjate hasta dónde llegó su aprecio por Conchita que le dieron cincuenta mil pesetas para ayudarlos a instalarse en Zúrich.

Yo, en ocasiones, no me portaba bien con ella, es cierto; pero sé que en el fondo comprendía que la actitud de un niño no podía ser otra. En todo caso nunca salió de su boca, que recuerde, un reproche o una recriminación por mis faenas.

Cuando decidimos hacer este viaje y fijamos el trayecto, enseguida pensé que Conchita y Jaime no tendrían inconveniente en aceptarnos como huéspedes unos días. Seguro que le daba alegría verme, saludarme y recordar aquellos buenos tiempos en la finca. Por otra parte, nos ahorraríamos el precio de la estancia en el camping durante el tiempo que pasáramos en Zúrich.

No estoy de acuerdo contigo en la frialdad de Jaime cuando nos presentamos en su casa. Yo había hablado antes por teléfono con Conchita y me había dicho que podíamos contar con su hospitalidad, por supuesto. Mira, no quiero echarme flores a mí y a mi familia, pero

era lo menos que podía hacer por nosotros después del trato tan magnífico que siempre les dimos a los suyos y a ella. Si Jaime pareció frío era, simplemente, porque no me conocía y porque la persona de confianza era su mujer, no él.

Te reconozco que con un niño de siete meses puede ser molesto tener que atender a dos huéspedes, pero ¿no te parece poco sacrificio a cambio de lo que debe a mi familia? Una semana, más o menos, tampoco es mucho tiempo. Y damos poco trabajo: sólo comemos y dormimos más alguna ropa sucia. El resto del tiempo lo pasamos visitando la ciudad.

En cuanto a ese último detalle que te ha decidido finalmente a proponer que nos larguemos tan pronto, debes comprender, de nuevo, que Jaime no tiene nuestro nivel cultural, ni nuestras inquietudes. Nosotros somos universitarios y hemos decidido hacer un viaje en tren, moviéndonos con nuestras mochilas por Europa y con un auténtico espíritu aventurero. Tenemos una mente abierta y curiosa. Sabemos apreciar el arte y la belleza natural. Jaime es un simple campesino que apenas fue a la escuela y que emigró para tener un futuro mejor. Y bien que le va: ¿te has fijado en el Volkswagen Polo que tiene? ¿Y en su piso con dos habitaciones? En su hogar no falta de nada.

Hay que perdonarle que, en el fondo, con su simpleza y su incultura estuviera dos días anunciándonos que nos iba a enseñar los verdaderos monumentos de

Zúrich y que ayer por la noche nos llevara al barrio de las putas.

Pero, no te preocupes. Mañana nos vamos.

La tregua

Mi amigo me recomendó leer *La tregua* de Mario Benedetti. Le había contado toda la historia aquella tarde, ante un café con hielo sumidos en un verano con el que no podía ni el potente aire acondicionado del bar donde charlábamos. Compré la novela, me la leí en dos días y quedé con mis pensamientos situados en algún círculo del cielo durante horas. Mi amigo no me había comentado nada sobre el asunto. Me remitió al libro y me dijo que esperaba mi opinión.

Tener cincuenta años es un hecho que da pie a diversas reflexiones, no siempre positivas. Tener cincuenta años y enamorarse de una niña de veinticinco es grave, pero tiene solución. Pero lo más duro es que esa niña te diga que te quiere. Los detalles no coinciden mucho con la ficción de aquel libro, pero lo que cuenta es cómo nos vimos envueltos en una pasión como la que no había conocido en mi vida. Ni siquiera la había experimentado con mi ex-mujer, de la que me había divorciado hacía diez años.

La vida normalmente no se asemeja al arte, así que era difícil que ella muriera inesperadamente y solucionara de forma milagrosa el inevitable conflicto que surgiría con el paso de los años. Los milagros no abundan y en nuestro caso ya estaba cubierto el cupo con esa

mezcla de amor maduro y juvenil. Era un milagro mucho más milagroso aún si pensamos que yo no soy rico, factor que reblandece los corazones más rígidos de las mujeres más adorables. Puestos a imitar al arte, pero dándole algún toque de innovación, no me hubiera importado ser yo el que hiciera defección de la vida con tal de evitar el desastre que tarde o temprano se iba a producir.

Por eso, aquella tarde de invierno, en aquella cafetería con la calefacción puesta a su mayor potencia para consolarnos del terrible invierno que nos asolaba, ante su rostro estupefacto, delante de dos cafés calientes y muy cargados, le dije adiós. La noche anterior yo había fallado por tercera vez. Había ocurrido como temía. Era la señal pactada conmigo mismo.

Vindobona

Cada uno eligió dónde quedarse. Yo elegí quedarme aquí. Ocupo este lugar desde hace tiempo, mucho tiempo, en una dimensión que es ajena a los demás. Ellos miden los segundos y los siglos de un modo diferente. Tienen un marco reducido en su hálito de vida y esta circunstancia los somete a un estricto cálculo de las horas. Mi espacio es mucho más amplio. Tanto que ya dura casi dos milenios. ¿En cuántas ocasiones he tenido la oportunidad de detenerme a la orilla de este río inmenso y pensar cientos, miles de veces en las circunstancias de esto que no me atrevería a llamar existencia? Una cuenta absurda. A este espacio temporal lo acompaña mi ciudad inseparablemente. La he visto crecer lenta a lo largo de los tiempos, transformarse de un simple campamento militar en una ciudad cada vez mayor. He visto pasar por sus calles gentes con toda clase de vestimentas y de aspectos, aunque sus corazones han sido siempre los mismos y sus pasiones no han variado de aquéllas que conocí cuando respiraba el aire. En aquellos tiempos apenas era un montón de barracones, tiendas de campaña y una empalizada donde flotaban los estandartes y donde el águila de Júpiter proclamaba la grandeza de mi patria. Al otro lado del río ululaban enjambres de seres envueltos en pieles, hirsu-

tos en sus gestos y sus ansias. Cuando los dioses decretaron la inmortalidad decidí quedarme en este páramo de vientos y nieves, junto a estas aguas que son una metáfora de mi alma. Otros decidieron quedarse en otros lugares. Hasta que triunfó el Galileo y los viejos dioses optaron por retirarse. Desde entonces, los que me siguieron moran en su paraíso o en su infierno tal como creyeron en vida, incluidos quienes habitaron estas moradas con el pretexto de ser sucesores nuestros. Era cierto que los dioses sentían especial predilección por mi patria, si no jamás hubieran atendido los decretos de divinización que aquel rebaño de corruptos llamado Senado aireaba a los cuatro vientos cada vez que alguno de nosotros moría. Y preferí este lugar porque aquí terminé mis días como mortal y mis angustias también, mi permanente lucha contra mí mismo y contra la cara más sombría del mundo, mi busca en pos de esa razón que mis maestros, ingenuos, consideraban rectora de todo lo que existe. Cesé de mi función y descansé de mi destino. Cuando dejé de ser hombre, comencé a ser feliz.

La trascendental decisión de Carmelita

Debo decidirme. Padre me ha dicho que vendría bien a la familia quitarse una boca. Como tiene razón, no pienso retrasarme mucho. Pero me resulta difícil. Los dos son buenos muchachos, sus familias son cabales y tienen su trabajito para salir adelante. Pedro es más feílo. Está demasiado delgado, es muy desangelado cuando anda y su madre no me mira con buenos ojos. Pero su corazón es más grande. Sólo bebe agua y ser tan serio puede resultar mucho mejor que otra cosa. Antonio es más guapo. Tiene unos enormes ojos negros, un pelo rizado y unos labios que dan ganas de comérselos. Pero (¡vaya por Dios!) tiene afición al tinto y al whisky. No mucha, es cierto; pero si no se controla no sabe una hasta dónde puede llegar. Que sea guapo puede ser un problema, porque está más expuesto a que cualquier pelandusca se lo camele y me lo quite. A Pedro, en cambio, creo que ninguna mujer le echaría el ojo así como así. Antonio es simpático y charlatán. Pedro es callado y es agradable y tierno, a pesar de su formalidad.

Es una decisión difícil. Sin embargo, creo que sé por dónde voy a tirar. Me parece que me casaré con Pedro. Puede ser que vivamos mejor con su negocio. Antonio tiene un acordeón y un amplificador. Pedro tiene un acordeón, un amplificador y, lo que me hace decidirme

por él, una cabra que se sube en un cubo boca abajo cuando va tocando el instrumento por las calles. Mientras, yo pasaré el platillo: a la gente le gusta ver una cara bonita. Esas dos cosas, hay que reconocerlo, dan más dinero.

En la agonía

Normalmente, las llagas suelen despedir un olor nauseabundo. Y la gente huye cuando algún enfermo tiene la desgracia de sufrirlas. Pero en aquella estancia los monjes se apretaban sumidos en un espeso perfume floral. “De profundis clamavi ad Te...”; cantos temerosos de la calma postrera se enredaban en el aire con los efluvios aromáticos y la tristeza del *Miserere*. El cuerpo despedía esencias desconocidas y los versos que anuncian la llegada del instante definitivo contribuían a realzar el escenario donde aquel hombre empezaba a dar cuenta de su existencia.

El moribundo estaba consciente y sabía que su hora final estaba ya acechando. No sentía, sin embargo, la consistencia dulzona del olor que despedía su cuerpo. Sólo agradecía la sensación de no hallarse solo. Toda la vida dedicada a Dios, alguna que otra clara percepción de tenerlo dentro de sí y una fe que había demostrado con largueza su férrea consistencia no le evitaban un cierto desasosiego en el momento del tránsito.

Una rara nostalgia empezó a morderlo cuando se le ocurrió pedirle a sus hermanos que leyeran el *Cantar de los cantares*. Nadie había sabido encajar como él en versos castellanos la esencia de esa epopeya del amor humano. Morir oyendo los versos que alguien enamo-

rado había dedicado a su amada. En medio de los espasmos finales, cuando una intensa pesadez comenzaba a descender desde su cabeza y se extendía por sus miembros dolientes, el místico por un instante creyó intuir melancólicamente que el alma tiene cuerpo de mujer.

El futuro

Abrió de par en par la ventana de su habitación por si veía al otro lado su futuro. A los quince días murió de una gripe mal curada.

Teología

Antes de colgarse, pensó en la infinita bondad de Dios, que siempre le sugiere un desahogo a quien Él aprieta.

El mariscal

Al general le bastaba ganar esa batalla para ser mariscal del emperador. Sólo tenía que sacrificar dos regimientos, los mismos que lo aplastaron en su huida.

Un funeral

Hasta entonces había logrado contener el llanto. Pero un cambio de rumbo en el viento llevó hasta sus ojos el humo procedente de la pira que ardía en la playa, junto al mar de sus gozos.

El oráculo

Andaba contento. Un décimo de lotería premiado le había metido en el bolsillo unos pocos miles de euros, los suficientes para salir de la miseria en que lo había sumido el despido de la fábrica y el paro que le retorció las entrañas. Pasaba por delante de un concesionario de automóviles y vio aquella furgoneta, toda blanca, sólida, perfecta en sus líneas combinadas de rectas y curvas. Hacía años, durante su primera juventud, antes de casarse, había sido un modesto transportista autónomo al que crucificó su escasa pericia en economías. El fracaso lo obligó a entrar en la fábrica que ahora lo mandaba a la calle. En ese instante oyó una voz en su interior, como ocurría en momentos decisivos de su vida: “Con ese coche se cumplirá tu destino”. Se sintió afortunado. Entró y compró el vehículo. En esa furgoneta, una noche de pasión desbocada, engendró a su último hijo, que con los años se convirtió en una bala perdida y que le provocó el infarto que lo mató.

Padre nuestro

Los discípulos se arremolinaban a la entrada de su habitación. Los médicos habían aconsejado el traslado al templo. Su estado no permitía concebir esperanzas y les parecía inhumano mantenerlo en el hospital. No había dolor por medio y reposaba en un estado de ligera inconsciencia que lo apartaba de la percepción plena de lo que estaba ocurriendo. El maestro, el *roshi* Doku-sho Fontcuberta, nacido Jordi, agonizaba sobre un humilde jergón en sus dependencias del templo zen de la Infinita Claridad Lunar. Los penetrantes gemidos de un sutra atravesaban las paredes de ese edificio que su confianza en la fe profesada había logrado erigir en medio de un erial. Había tenido una vida plena, entregada a sus principios budistas desde que en un viaje a Japón durante su juventud descubriera la perfecta paz que el zen ofrece a sus devotos. A su lado, su discípulo predilecto, el que recibiría de sus manos la transmisión del *dharma* y, por tanto, la sucesión al frente del templo y de los fieles, le apretaba la mano con sentimiento. El dolor se palpaba en la congregación y nadie se preocupaba de practicar el desapego más allá de lo que siente el corazón. El maestro era adorado por su gente.

En el instante supremo, el discípulo amado percibió un leve movimiento de los labios del *roshi*. Aproximó

su rostro a la cara del anciano y oyó con bastante claridad unas palabras: *Notre Père, qui êtes aux cieux...* Entonces, recordó que en alguna ocasión el maestro le había hablado de su infancia y de sus estudios en la Escuela Francesa.

Odiseo

Tras diez años de batallas con cientos de enemigos muertos a sus pies, luego de innumerables asambleas donde maravillaba a los aqueos con su voz, una mañana de brumoso otoño, acabada la matanza, con la humedad barriendo el campamento, los héroes y sus siervos se aprestan a embarcar. Esclavas, botín y quincajería diversa. Y Odiseo que suda, que tiembla entre escalofríos, que siente su corazón descontrolado, que palidece y se arrastra lentamente hacia la escala de la nave. A su lado, temerosa, hay una troyana de aspecto felino que lleva un lustro calentando sus pies en el jergón. Junto a ella lloran los tres hijos varones que le dieron luz de sus ojos. Fracasó en su intento de dilatar aún más la construcción de aquel ridículo caballo de madera. En mala hora una borrachera tras un difícil y victorioso combate le había soltado la lengua y había desvelado a los aqueos una idea cuidadosamente ocultada durante años. Hace tiempo, unos comerciantes de Eubea le comunicaron que Telémaco era un niño enamorado de la jarra de vino y de las cortesanas más soeces de la isla, que Penélope se había casado enseguida con el pedante de Antinoo después de matar al fiel perro Argos estrellándolo contra el telar, que Laertes había muerto enloquecido en su soledad, llamando a su

hijo y envuelto en malolientes pieles de cabra. Odiseo, desde años atrás, había dejado de creer en los dioses. De buena gana no embarcaría de vuelta a Ítaca. Algo en su interior le dice que, si tuviera el valor de quedarse a la sombra de las ruinas troyanas, sus hombres arribarían lustrosos de salud a la isla y contarían la historia de su rey, a quien, ciertamente, nadie habría echado en falta. Pero cuando quiere escapar de las naves, Odiseo tiene repentinamente una visión esquiva y fugaz. Se ve en una incierta tarde de verano, a la hora del crepúsculo. Se ve calvo, con barriga, padre de familia, mercader de oficio. Se ve lamentando el pánico que ahora le embarga y añorando el imposible pedregal de su vieja Ítaca.

El olor del mar

Siempre había querido oler el mar, pero nunca pudo llegar a su presencia hasta entonces. Y ahora podía tenerlo ante sí. Ignoraba el tiempo que había pasado en esa playa. Los días se deslizaban hacia las noches insensiblemente. De día todos los visitantes sin temor; de noche con algo que ocultar: el amor, el contrabando, la soledad. Podía percibir la tímida asistencia de primavera, la aglomeración de las gentes en el verano, el desafío del otoño en los bañistas y el estupor con que los espectadores del malecón observaban a los que se atrevían a mojarse en invierno. Pasaban las estaciones y los años. Pero la añoranza nunca terminaba. Sabía que había muchos otros en su misma situación, pobres seres que no hallaban reposo. Unos eran criminales; otros, víctimas. Unos habían exprimido hasta las últimas gotas sus días; otros, añoraban su retraimiento y su cobardía. Pero nadie sabía de un caso como el suyo. De este modo, combinando la inevitable soledad de su condición con lo insólito del motivo, consumía el tiempo al borde de la arena intentando, una y otra vez, oler el mar con su ya inexistente olfato, sus ya inexistentes pulmones.

Las plantas

Desde que se casó, el hijo no había vuelto a aparecer por casa. Se había instalado en una ciudad lejana. Sabía que tenía un nieto al que habían puesto el nombre de su abuelo materno. Lo conocían gracias a una foto que envió hacía un par de años. De vez en cuando, la madre lo llamaba por teléfono. Pero la conversación duraba poco. Creía que era debido al precio de la llamada; aunque también algo dentro de su mente le decía que poco había que tratar. El hijo nunca llamaba y nunca preguntaba por su padre. Tampoco reparaba mucho en ese estado de cosas. Tenía sus plantas. Con la hija estaba más tranquilo. Se había casado también, pero no estaba viviendo en otra ciudad. No se dejaba ver mucho por la casa, pero tenerla cerca le permitía cierta calma. Tampoco le quitaba el sueño que no los visitara tanto como era de esperar. Desde que se jubiló pasaba las horas muertas en la pequeña terraza de su piso, rodeado de decenas de tiestos. Las plantas eran su única pasión. Las regaba una y otra vez, las podaba, les hablaba, las trasladaba del sol a la sombra. Probablemente, su hija y su mujer creían que se molestaba si se enteraba de lo que cuchicheaban en el salón cuando la niña venía a verlos. Seguro que tenía que ver con él, porque si pasaba por delante de ellas, se callaban y miraban a la pared.

Por orden médica, paseaba cada día una hora. Lo hacía deseando regresar pronto a su casa. Desde siempre le había gustado cuidar sus plantas. Sabía que nadie en la familia lo entendía. Nadie entendía que hubiera preferido dedicarse a esa labor antes que prepararse para el puesto de capataz y ascender en la fábrica. Había ocurrido hacía bastantes años. Era agua pasada. Tampoco comprendía nadie que hubiera estado al margen de tantos acontecimientos en el barrio o en el trabajo, cuando tenía fama de concienzudo y formal. Y llorar, lo que es llorar, sólo lo hizo con sentimiento aquella vez en que su hija y su mujer se rieron cuando uno de sus nietos destruyó cinco de sus macetas. Realmente, le dolió que se burlaran del hecho de que todas sus plantas acabaran por morir y de que nunca ninguna hubiera florecido.

La fulana

No sabían quién era Susana Martín Fortes. Su nombre había retumbado entre las paredes recubiertas de madera del despacho notarial. Los herederos se miraron unos a otros. Eran los dos hijos del finado y sus respectivos cónyuges. Mayor fue el asombro de los interesados cuando comprobaron que el notario sí estaba al corriente de la personalidad de esa mujer. Salvo la legítima, la herencia del anciano, viudo desde hacía veinte años, era íntegra para la mencionada señora. La senda de horror en la que estaban sumidos los tristes parientes se fue convirtiendo en un auténtico Vía Crucis conforme el notario enumeraba los bienes puestos en herencia. Decididamente, el viejo era una caja de sorpresas. Ahí donde lo veían, tan económicamente apurado como parecía ir por la vida, tenía mucho dinero y varios inmuebles. Y los hijos, sin saberlo. El mayor reconocía en su fuero interno que desde hacía mucho tiempo nada sabía de su padre, si había estado resfriado, o si le hubiera apetecido ir con sus nietos a la casita de la playa, o si las analíticas le daban alto el azúcar, o si... Por todo lo pensado, se resolvió a localizar a la mencionada Susana Martín Fortes. El notario no hizo sino leer el domicilio que aparecía en el testamento y el teléfono que constaba. Cuando llamó, lo primero que le extrañó

al oír su voz, era el tono acariciador y sensual de la mujer. Hubo de aclarar el malentendido. Sólo fue una conversación que nunca más volvió a repetirse. Susana era una puta que atendía en su domicilio a la clientela. Durante veinte años, el viejo había acudido religiosamente cada viernes por la tarde. En aquel entonces, Susana empezaba en la profesión. Ambos habían ido ganando años juntos. Nunca hubo un encuentro fuera de las paredes de la alcoba de Susana; nunca hubo más palabras que las estrictas para que la una se ganara el jornal y el otro calmara sus necesidades físicas. “No sabíamos que iba a dejarle a usted la mayor parte de la herencia. Tampoco sabíamos que existiera usted” le dijo el hombre. Susana no articuló palabra. “Al menos mi padre nos lo podía haber dicho” añadió el hombre. “¿A alguno de vosotros le interesaba lo que pudiera decir?” respondió entonces la mujer. El hijo colgó inmediatamente sin replicar nada más.

Dafne

Debía escapar de esos ojos azules. Debía evitar que su cabello se enlazase con el sopor de mis mejillas y que su boca cayese en cascada sobre la sequedad de mis labios. Debía correr para que sus brazos no arropasen con vigor mi desnudo tedio, para que fuera imposible sumergirme en las suaves lomas de su pecho. Tenía que correr más aún. Hube de gritar para que me socorrieran de sus piernas y de la atroz intensidad de su mirada. Grité pidiendo ayuda a mi padre porque fue su imagen la que me acosó desde el primer momento de esta carrera. Él debía salvar lo que debía ser salvado. Y mientras esta torpeza inundaba mi cuerpo, mientras el cambio de color de mi piel, este tornarse rugoso de mi carne impedían que el dios me encadenase a su placer, mi alma se estremecía con el tierno resbalar de sus lágrimas y la certeza de poseerlo para siempre al abrazo de mi sombra.

Andrómaca

Todo lo perdí, amor mío. Te perdí a ti y a nuestro hijo. Ya no tengo hogar, ni familia, ni patria. Todo objeto, todo ser amado ya no es más que ceniza. Me llevan como esclava a bordo de un barco extraño, con gentes extrañas a tierras extrañas. De ahora en adelante, mi vida no es mía. Le pertenece a mi amo. Y, sin embargo, amor mío, no estoy triste. Puedes decirme que de tanto llorar, de tanto sufrir, ya no me queda palpito alguno de vitalidad. Del mismo modo que se agostó mi sufrimiento, surge un estado de serenidad que cauteriza las heridas. Todo me lo han destruido, menos la memoria. Lo que fui, lo que viví y lo que amé no pueden arrebatármelo. Sólo desaparecerá el día en que mis ojos se cierren y emprenda el camino al Hades. Ese momento, amor mío, nos iguala a todos: a ti, al hijo, a los padres y al enemigo que se ha adueñado de mis miembros. Entonces, ya no importará que la memoria se desvanezca, porque la muerte habrá triunfado también sobre los tiranos. Mientras viva, en el instante en que el amo me posea, poseerá sólo un amasijo de materia. Mi memoria vencerá y en medio de su éxtasis, le diré: “¡Qué bien amaba Héctor!”. No estoy triste porque sé que en esos segundos seré yo la vencedora.

Medea

A mi hermano y a mí nos destruyó mi madre, doctor. Ella había renunciado a mucho por casarse con mi padre. Sus padres no lo aceptaron nunca. Siempre fue una mujer de carácter mi madre. Los dos escaparon en busca de nuevas oportunidades. Antes de huir, les robó lo que pudo encontrar en la casa. Mis abuelos nunca la denunciaron. Encontraron aquí esas nuevas oportunidades. Nacimos nosotros. Al cabo de los años, mi padre se enamoró de una mujer bastante más joven que él y le pidió el divorcio a mi madre. Nunca se lo perdonó. Aprovechando nuestra custodia, fraguó su venganza. Mi madre nos mató el alma para matar a mi padre. Nos imbuyó tanto odio, tanta ira que los dos, mi hermano y yo, desde el divorcio no hemos sido sino un par de sombras. Como las sombras que decían poblaban el mundo de los muertos.

El caballero

Según las antiguas leyendas, el caballero era un joven que moría en una batalla o en un torneo proclamando la virtud y belleza de su dama. Lo que no cuentan las antiguas leyendas es que dicha dama, mientras el caballero agonizaba, solía gozar de alguien menos caballeroso que el caballero.

El hijo de p...

Tengo mujer y tres hijos. Ella es buena, cariñosa, trabajadora y creo, hasta donde puede uno apreciar los sentimientos humanos por su reflejo en la conducta, que me quiere a pesar de los veinticinco años que llevamos casados. Mi hija mayor está en París, casada con un francés que trabaja en algo relacionado con la fabricación de rodamientos. Mi segundo hijo está haciendo las prácticas en una empresa de informática y la pequeña está terminando la carrera de enfermera. Trabajé duro desde pequeño para salir adelante. Todos los amigos de mi infancia están muertos. Generalmente, por una sobredosis o asesinados en un callejón sin luz y con olor a orines. Recuerdo que, siendo un niño, me di cuenta de lo que me rodeaba y decidí que saldría de allí como fuera y que intentaría vivir durmiendo todas las noches en una misma cama confortable y con la mente totalmente en calma. Tengo un concesionario de una marca alemana de automóviles con siete empleados a mi cargo. Creo que me estiman porque intento ser un jefe comprensivo cuando es preciso y exigente cuando también es preciso. Me va bien, bastante bien. Tengo un piso en propiedad de 110 metros cuadrados en una zona residencial y un apartamento en la playa. No sé quién fue mi padre. A mi madre, en el momento que pude, la

saqué de su trabajo y me la llevé conmigo. Estuve a su lado hasta la muerte. Agonizó con su mano aferrada a la mía en su cama, en su cuarto que era el mejor de mi casa. Mis amigos me aprecian. Como suele ocurrir en la vida, un par de matrimonios y nosotros dos solemos reunirnos de vez en cuando para cenar y tomar unas copas. Todos nos lo pasamos bien y nuestra relación es sana. Cuando ha hecho falta, he dado la cara por ellos. Y cuando me ha hecho falta a mí, ninguno ha vacilado en dar el paso adelante. Por eso, cuando oigo a alguien insultando a otra persona y diciéndole que es un hijo de puta, se me revuelven las tripas.

El periodista

No tendría más remedio que buscarse otro trabajo. Hacía tiempo que no se le ocurrían más preguntas.

Gracias, Armando

La conoció gracias al resbalón que se dio una tarde de primavera en aquel parque público. Armando leía a la sombra de una acacia un libro de título olvidado. Noemí resbaló y cayó al suelo delante de él. La ayudó a levantarse y ella, mientras se quitaba los restos del albero de sus pantalones de raya diplomática, le dijo que era ingeniero de telecomunicaciones, que tenía treinta años, que era alta ejecutiva y que su marido no le hacía caso. “Vive conmigo, pero no convive conmigo; me oye, pero no me escucha; me ve, pero no me mira.” Armando dejó que ella lo llamara cada tarde durante semanas para contarle sus cosas de mujer abandonada en el mausoleo de un chalet residencial de clase alta. Comió con ella algún mediodía perdido en medio del desastre de su vida, una existencia de divorciado maduro y solitario sin más placeres que unos libros desistidos y unos deseos nunca celebrados de amor por mujeres de almas demasiado poderosas para sus escasos recursos personales. Llegó a amarla. Y ella llegó a pensar que lo amaba. La tarde en que Armando esperaba consumir su amor, ella lo llamó por teléfono. “Se lo he contado todo a mi marido. Hemos hablado. Me he dado cuenta de que lo quiero. Has salvado mi matrimonio. Gracias, Armando.”

La última morada de los dioses

Añorando la esbelta presencia de los dioses, el sabio estuvo buscando la morada donde habitaban después de su naufragio. Los dioses se portaron bien. Mientras estudiaba una inscripción grabada en la base de una estatua del viejo Apolo, en el Museo Arqueológico, el dios le sonrió.

El fundamento de la fe

El médico se quitó las gafas de cerca, se incorporó en su sillón y se acercó al borde de la mesa de su consulta: “Me temo que tengo malas noticias para usted. Voy a serle sincero porque tiene derecho y porque con personas como Vd. no son necesarios subterfugios ni engaños”. El paciente, que en su niñez había sido una de las mejores voces de coros infantiles, al otro lado, no se movió. El doctor componía un gesto de desolación: “Seguramente, este año no podrá dirigir la *Pasión según San Mateo*”. El que fuera conocido pianista apenas sacudió levemente la cabeza al oír esas palabras. El médico observó con detenimiento el rostro del que ahora era un muy famoso director de orquesta: “No creo que llegue a un par de meses”. El músico clavó sus ojos en la ventana de la consulta. Fuera lucía un día soleado de invierno. Transcurrieron unos largos momentos en un silencio sepulcral. “Me asombra su serenidad, maestro”, dijo el doctor. En esta ocasión, fue el paciente quien se incorporó en su asiento. Se aproximó con lentitud al rostro de quien le hablaba y repuso quedamente: “Creo en Dios, doctor. Porque Bach creía en Dios.”

El vidente

Un viejo profesor que le compraba los cupones cada viernes le comentó una mañana soleada de invierno que en la antigua Grecia los ciegos eran considerados mediadores con los dioses. Le hablaba de personajes que adivinaban el futuro gracias a las confidencias de los inmortales. En el barrio tenía fama de vidente. Más de una vez quedó mudo ante la presencia de un comprador porque a través de su ceguera veía una desgracia. En otras ocasiones, su voz se llenaba de alegres entonaciones porque veía felicidad en quien le alargaba la moneda. El día en que se le acercó aquel joven, el ciego lo llegó a ver con una claridad casi olvidada en los últimos confines de la memoria de aquella lejana infancia en que perdió la vista. Distinguió, mientras se le acercaba con las manos en los bolsillos, los colores de su ropa, el tono azul de sus ojos y, al final, el ceño severo con el que le clavó la navaja en el corazón para robarle la escasa recaudación de aquel infausto día de octubre.

El fósil

Cuando repartieron los objetos de su antiguo hogar conyugal en el momento del divorcio, ninguno de los dos quiso quedarse con aquel fósil encontrado en una de sus primeras excursiones y ante el cual se juraron amor eterno.

Aquí no están los dioses

Cuando Beatriz descendió del avión, se arrodilló en tierra y besó el suelo griego. Notó el sabor a caucho y asfalto en sus labios. Respiró a pleno pulmón el aire de Atenas y sus órganos respondieron con una tos. Beatriz se percató entonces de que el aire de Atenas se mastica, no se respira. Tuvo que pelear con una furiosa avalancha de indígenas que, ignorando la cola, asaltaban los taxis que iban llegando al reclamo de los pasajeros. Sólo una pequeña masa rubicunda con gesto estúpido la respetaba.

Compartió, finalmente, vehículo con dos hombretones y una mujer enfundada en negro que le lanzó un cesto sobre el regazo cuando entró en el taxi. Estuvieron riéndose de la turista durante el trayecto común. Pero Beatriz sólo buscaba infructuosamente con sus ojos el resplandor nocturno de la Acrópolis. El taxista pretendió invitarla a un café. Beatriz rehusó la invitación. Como represalia, el conductor se lanzó a una carrera suicida por las avenidas congestionadas de Atenas hasta que la dejó, exhausta, ante la puerta de la casa de Agnί. Desde el Bachillerato se habían intercambiado cartas en inglés. Ahora Beatriz hacía realidad su sueño. Enfilaba el verano que precedía a su quinto curso de Filología

Clásica. Arrastraba muchos veranos de clases particulares ahorrando para su primer viaje a Grecia.

Agní salió a besarla y abrazarla. No había podido ir al aeropuerto porque una cita en la peluquería se lo había impedido. Era más baja de lo que Beatriz la había imaginado. Su bozo, la enorme nariz y la gran boca resultaban más evidentes en vivo que en fotografía. Agní le presentó a su hermano, un bello adolescente con zapatillas de deporte Air Jordan y pantalones tejanos Levi Strauss, que gruñó entre un enjambre de acné. Andonis y Alexía, los padres, atildados mesócratas de posibles, le estrecharon la mano con sonrisas.

Aquella noche no durmió, en parte por los nervios, en parte por el musakás y los dolmades con que la habían atiborrado en la cena. Al día siguiente se despertó temprano y no desayunó más que un café. Hasta mediodía no salieron de casa porque Agní se levantó un par de horas después de su amiga y tardó mucho en desayunar y arreglarse.

Tras el trayecto de casi una hora en un autobús urbano, tras un rosario de paradas, achuchones y algún encontronazo con viriles manos helénicas, descendieron en la plaza de Síndagma camino de la ciudadela. Atravesaron la Plaka y ascendieron rumbo a la Acrópolis. Agní se perdió en el momento de pagar la entrada y ambas subieron entre una tormenta de turistas que hablaban en catalán. El Partenón se le abrió a una Beatriz velada por cataratas de sudor y aturdida por los sil-

batos de los vigilantes que, barrigones y con la gorra caída hasta el cogote, impedían el paso. El Erecteo se le ofreció con las Cariátides de plástico gracias a los saltos esbozados tras una muralla de alemanes. El templo de Nike Áptera se le brindó a través de una gruesa película de humanidad de origen madrileño y japonés. Cuando entró en el Museo de la Acrópolis, donde le aguardaba a la sombra y con un fresco su amiga, la filóloga en ciernes se lanzó a su interior sin pensar más que en el relieve de Atenea Pensativa. Agní había visitado la Acrópolis ya una vez (cuando tenía cinco años, le dijo) y esperó fuera porque no quería, según sus palabras, ser una carga para su amiga. Beatriz buscó el relieve por el Museo. Hubo de recorrerlo entero una segunda vez porque le había pasado inadvertida en su primera vuelta. Se imaginaba una Atenea Pensativa mayor. Era la impresión que la había dominado al contemplar las ilustraciones en las enciclopedias de arte.

Con pasión, Beatriz invirtió el resto de los días en recorrer el Museo Nacional, los restos del barrio del Cerámico, el Ágora y las calles de Atenas donde estuvo a punto de ser arrollada en más de una ocasión por conductores de toda clase de vehículos. Y conoció a Yanis, un amigo que le presentó Agní. Yanis se dedicó a Beatriz desde el primer momento. Era un marinero joven y simpático que hablaba algo de español porque había hecho varias escalas en puertos españoles. Le recitó los primeros versos de la *Odisea*, aprendidos hacía mucho

tiempo en la escuela, con un ritmo y en un griego que a Beatriz le sonaron extraños, pero que le gustaron. Pronto desplazó a Agnί como guía de Beatriz. La acompañó a Delfos, la llevó a numerosas *tavernas* en las que nunca la dejó pagar, la invitó a una representación teatral en Epidauro durante la cual el joven se durmió. Beatriz notó los esfuerzos que estuvo invirtiendo para no caer rendido ante una función de las *Bacantes*. A la muchacha le fascinó el montaje, aunque no se enterara del texto directamente, algo en lo que coincidió con casi todos los espectadores.

El día antes de que Beatriz partiese para España, hicieron el amor. Durante aquella madrugada la joven perdió su virginidad en el asiento de atrás de un viejo Volkswagen, en un descampado al margen de la carretera que lleva al cabo Sunio.

A pesar de que Beatriz intentó tener noticias de Yannis una vez en España, éste nunca respondió a sus cartas. Al poco dejó de escribirle Agnί. Un día se le rompió una estatuilla de yeso adquirida en la Plaka, que pretendía imitar una imagen de la diosa de ojos de lechuza. No se enfadó. Beatriz se dio cuenta de que prefería la Atenea Pensativa en las ilustraciones de las enciclopedias de arte.

El oceanógrafo

Él sabía bien por qué ese verano en las caracolas ya no se oía el mar.

El sable

Ningún oficial empleaba el sable desde hacía tiempo en las ofensivas. La vieja arma había dejado su lugar al revólver o a la pistola. Ya no se reflejaban en su hoja los rayos del sol naciente cuando se alzaba tras el silbato y el grito que ordenaba saltar fuera de las trincheras. Por eso el teniente Birnau se extrañó de que el coronel desenvainase su sable y lo blandiese por encima de los sacos terreros. Aquel amanecer volvieron a atacar las líneas rusas y volvieron a ser rechazados. El coronel yacía en alguna parte de esa tierra de nadie tapizada de cadáveres y alambradas. A la hora de recoger sus pertenencias, el teniente vio lo que parecía ser el último mensaje que leyera el coronel antes de morir. Era un telegrama del Ministerio procedente de Viena, con la advertencia de “urgente”. El emperador Francisco José había muerto el día anterior.

Esperanto

Toda su vida la dedicó a difundir el esperanto desde aquel día lejano de su juventud en que lo descubrió. Fueron miles las horas entregadas al idioma y a la fe que lo acompañaba. Desgraciadamente, a la hora de morir nadie pudo cumplir su postrer deseo. No se pudo encontrar a ningún cura que le diera la extremaunción en esperanto.

Recibir

Lo amaba con locura. Lo amó desde el primer momento. Fue siempre el hombre de su vida y nunca encontró a otro como él. Pero se cansó de amarle. Cuando el abogado le preguntó por el motivo de la demanda de divorcio, Laura le respondió contundentemente: “Es incapaz de recibir el amor que le doy.”

El benefactor

Con el paso de los años Gabriel iba confirmando lo que ya sabía desde mucho tiempo atrás: la edad cierra las puertas al placer más joven. Corrían los años y las posibilidades de una noche de pasión momentánea (la que le interesaba) se convertían en lejanas. Ya no conseguía atraer las miradas de los muchachos en los bares de ambiente a pesar de su elegancia, de su estatura, de su pelo cada vez más canoso, aunque presente en abundancia e impecablemente peinado con una estudiada espontaneidad. Las horas de gimnasio y las dietas no lograban realizar un acontecimiento que cada vez se parecía más a un milagro.

Decidió iniciar la aventura que conocía de otros, pero que nunca le atrajo lo suficiente como para embarcarse. Aprovechando las vacaciones, los puentes y los días de permiso que lograba robar, viajaba a Marruecos. Descubrió allí un paraíso. Era cierto que debía pagar, pero menos que en su tierra. Y, en todo caso, los muchachos eran fáciles, sumamente fáciles.

Algo dentro de su alma le decía, no obstante, que su actitud no era más que un abuso por parte de un ciudadano privilegiado del Primer Mundo sobre unos súbditos depauperados del Tercero. Esta percepción se volvía más dolorosa cuando la asociaba a su larga militan-

cia en un viejo partido de izquierdas. Un día conoció a Hamid. Pasó una noche en su compañía. Pagó y después de la ceremonia, no sabía cómo, se enredaron en una larga conversación. Hamid estaba en paro perpetuo. Tenía cuatro hermanos más pequeños y una madre viuda. Los únicos ingresos de su hogar eran los suyos. Vivían en una especie de covacha, una única estancia donde dormían, cocinaban, comían, pasaban las horas. Lavadero y sanitarios eran comunes para todo el edificio. Gabriel decidió en su interior compensar de alguna manera su prepotencia económica mediante la ayuda a esa familia, que, como pudo saber, respondía a un modelo repetido sin cesar en aquella tierra.

Consiguió quedar algunas veces más con Hamid. Ya no volvió a ponerle la mano encima. Ganó su confianza y un día se vio comiendo en la casa del joven en compañía de toda la familia. El grado de hospitalidad era proporcional a la pobreza de aquellas gentes. Allí expuso a los presentes su idea: a la vuelta a su tierra, emprendería la recaudación entre sus amistades. Les iría mandando periódicamente dinero para que pudiesen sobrevivir.

Gabriel cumplió su palabra. La familia mejoró de situación. Los amigos de Gabriel respondieron, en general, a sus peticiones. Y él se sentía bien, porque ya, cuando iba a Marruecos a encontrar los placeres que se le negaban en casa, no se sentía como el ciudadano privi-

legiado del Primer Mundo, sino como un representante de una modesta ONG.

Siempre se le recibió bien hasta después de aquella noche en que había salido a una de sus excursiones. Fue asaltado por un par de delincuentes. No sólo le robaron lo que llevaba encima, sino que también bajo la amenaza de una enorme navaja fue obligado a marchar hacia el apartamento que tenía alquilado y, una vez allí, lo hicieron objeto de toda clase de humillaciones y lo despojaron de todo lo que tenía.

Tuvo suerte porque siguió con vida. Como pudo, fue a un hospital para que lo curasen y le diesen un parte de lesiones. Se presentó en la comisaría a poner una denuncia, marchó al Consulado para recabar ayuda en su regreso a casa. Y todas esas gestiones le resultaron más dolorosas que la acción criminal sufrida. Finalmente, antes de volver, quiso pasarse por casa de Hamid, quien misteriosamente, había estado desaparecido durante aquellas jornadas angustiosas, aunque hubiera reclamado su presencia continuamente con el móvil. Enseguida notó que no era bien recibido. En un primer momento atribuyó esa actitud a lo imprevisto de su visita. Ciertas risitas que Gabriel interpretaba como irónicas, por parte de algunos de los hermanos, así como el comportamiento un tanto despótico de su protegido, le decidieron a irse pronto. A esas alturas ya sabía cuál era la causa de aquella actitud.

Una vez en el tren camino de su tierra, no se le quitaba de la cabeza aquella imagen. Hamid llevaba en su muñeca, sin recato, sin disimulo, su Rólex auténtico, su selecto y carísimo Rólex, el mismo que le habían robado.

28 de Mayo de 1453, caída de Constantinopla

28 de Abril

Todos sabemos que el fin del mundo está cerca. Es la conversación usual no sólo entre los monjes que vivimos en este monasterio, sino incluso en la calle. Los tenderos lo comentan con sus clientes. Los cargadores del muelle se lo dicen a los pocos marineros que arriban a nuestra ciudad. En la iglesia, cada domingo, los sacerdotes lo propalan a los cuatro vientos ante la mirada ausente de los fieles. Las autoridades lo saben y esbozan una mueca de contrariedad, mientras procuran difundir el bulo de que hay mucho inventor de patrañas sobre el fin del mundo. En las calles reina el caos. Antes de ayer asesinaron a una familia entera para robarles poco más que una olla de lentejas. Por las noches los jóvenes toman las calles y se emborrachan de manera amenazante. La guardia, en casos como estos, sólo sabe esconderse.

Casi es mejor así, porque su aparición resulta más perjudicial, si cabe. Aprovechan el desconcierto para rematar al moribundo asaltado y despojarle de lo poco que aún conserva. Si capturan a los criminales, les regalan idéntico destino y se apropian del botín. Aunque la guardia es extranjera y está compuesta en su mayoría

de infieles y herejes, se han contagiado también de nuestras recientes costumbres.

Los jueces no juzgan. Tienen miedo. Hay una banda por los alrededores de la puerta de San Romano que ha matado a dos magistrados. Uno de sus miembros había sido condenado a muerte. En la Universidad Imperial los manuscritos se emplearon durante el invierno para encender el fuego de la vivienda del rector. Los libros no tienen a casi nadie que los lea. Saber leer es una disciplina que poquísimos se han interesado en dominar. Con todo, no es tan dolorosa esta situación. Cuando baje el Creador del cielo, todo saber o invención pasados se disolverán en el cataclismo, como la carne se deshace en cenizas tras la muerte.

Los aristócratas que resisten en la capital siguen encastillados en los alrededores del Palacio de Blaquernas, conjurando unos contra otros. El ejército es una reliquia nostálgica; la marina de guerra, unas cuantas chalupas. Y ningún griego se siente orgulloso de tomar las armas para defender el Imperio de Cristo.

Apenas hay habitantes. Los solares cuajados de matorral y arbusto se enseñorean por todas partes. Las casas se desmoronan vencidas por la ruina. En el Palacio del emperador apóstata la vajilla de plata ha sido vendida y comen en escudillas de porcelana barata; cuando nadie les ve, usan las de barro. Las túnicas y coronas

tienen cuentas de cristal en lugar de perlas y piedras preciosas.

Nada podemos hacer en favor de la masa de por-dioseros y abandonados a su suerte que se presenta a las puertas de nuestros conventos. También nosotros pasamos necesidad. Y les decimos que recen para salvar su alma en el inminente Juicio Final. De sus cuerpos ya nada pueden esperar. Tampoco nosotros podemos esperar nada y por ello cada día que amanece nuestras plegarias son más fervorosas y con mayor intensidad hacemos repicar las campanas. La historia tiene sus días contados después de mil años de existencia del reino de Dios en la tierra.

Todo es comprensible desde el momento en que el emperador Constantino decidió vender la auténtica fe de la ortodoxia al Papa de Roma a cambio de una ayuda que nunca llegará en las dimensiones precisas. Y aunque llegase, no haría más que retrasar el final inevitable. Por eso, cuando vimos desfilar el otro día a los genoveses que venían a defendernos, cerramos con rabioso ímpetu las contraventanas y las puertas de los conventos. Por eso, cuando el emperador acude a la liturgia en Santa Sofía, miramos al suelo y rechinamos los dientes.

Todos saben que el fin del mundo se aproxima. Sólo nos queda suplicar por nuestras almas y pedir que du-

rante el Juicio Final seamos apartados en la muchedumbre de los justos.

28 de Junio

El patriarca Genadio me llamó ayer tarde. En su mensaje me urgía a presentarme en su celda del convento de Estudio. La ciudad parece ir recobrando lentamente la tranquilidad, aunque los restos calcinados han invadido la inmensa mayoría de su recinto y las gentes se mueven temerosas. Las tropas del sultán, justo es reconocerlo, limpiaron de cadáveres las calles en un tiempo brevísimo, porque se corría el peligro de epidemia. El sultán difícilmente hubiera consentido que la joya de su Imperio se viera asolada por semejante calamidad al poco de ser conquistada.

Afortunadamente, mis ropajes eclesiásticos me permiten andar sin excesivos problemas. Pero hay que tener cuidado con los indeseables de las tropas irregulares. Suelen estar borrachos y muestran una excesiva facilidad para blandir el hacha. Afortunadamente, los jenízaros saben dominarlos. De la muralla colgaron a más de uno por continuar un particular saqueo cuando ya había terminado el plazo. Los cristianos que nos hemos refugiado en el barrio del Fanar tenemos la seguridad garantizada.

Supongo que el patriarca querrá colaboración para organizar nuestra iglesia ante el nuevo amo que Dios

nos ha mandado. Me han llegado rumores de que me quiere confiar la dirección de la fenecida Universidad Imperial, que ahora cambiará el adjetivo por Patriarcal.

Es desolador contemplar Santa Sofía convertida en la mezquita mayor del Imperio; pero sólo son piedras ante la auténtica e inmaterial sabiduría del Señor y habrá que esperar al menos otros mil años a que llegue el fin del mundo.

El barbero

Estaba harto de tener que hablar siempre de fútbol. El tema de las mujeres tampoco le seducía demasiado y creía que los clientes lo sacaban precisamente para fastidiarlo, habida cuenta de que sus preferencias eran notorias. Sobre todo, le revolvía las tripas ese tipejo gordo, grasiento, siempre vestido con un traje y una corbata archipasados de moda, con la misma camisa sucia de la que destacaba ese cuello desgastado y mugriento que debía cubrir con la tirilla cada vez que venía a afeitarse o a pelarse. Llegó a creer que su apego al afeitado en la barbería sólo era una excusa para atormentarlo. Hoy en día casi nadie va a la barbería a afeitarse. Tenía el cliente una especie de predilección por mortificarle, provocando las risas de los que esperaban su turno y del que era atendido por el dueño del local. Más de una vez había fantaseado con rebanarle el cuello cuando la navaja raspaba su apestosa barba. Un día, su sueño, largamente acariciado, se convirtió en realidad y la sangre salpicó a todos los presentes.

El dolor

Quería, sobre todo, prolongar al máximo su vida. Desde pequeño sabía que el dolor alargaba las horas. La conciencia del dolor confería a los segundos una entidad mayor que el tiempo transcurrido en otro tipo de actividades. La monotonía hacía correr el tiempo sin percibir su entidad. Cuando se presentó el dolor en el estómago, se concentró en él porque le permitía experimentar la vida lentamente. Convivió con el dolor durante años. Se sometió a terapias y operaciones para que nadie sospechase sus ideas; pero el dolor sobrevivió a los tratamientos. Hasta que se acostumbró al dolor y la vida comenzó a escapársele entre los resquicios del alma. Misteriosamente, murió al poco tiempo.

El inventor de religiones

Tanto le gustaban los ritos que se le hicieron pequeños los que practicaba su fe. Así que un buen día decidió inventarse unos ritos nuevos para una religión que practicaba en lo recóndito de su hogar. Pero tampoco, pasado el tiempo, le satisficieron esos nuevos ritos, así que pasó a inventarse nuevas religiones con nuevos ritos. Cuando se dio cuenta de que una de aquellas invenciones había llegado a conocimiento de la gente y de que la habían aceptado y creído, era ya demasiado tarde. Sin quererlo, se había convertido en el profeta de una nueva religión.

La monja

En este convento he sido libre, padre. Le ruego que acepte estas palabras con la clemencia solicitada por quien ve cercana la conclusión. Me casaron a los pocos años con un viejo aristócrata, repleto de tierras y riquezas que se encaprichó de mí y que regó los agostados campos de mis padres con el agua de su dinero. Se me exigió la maternidad y cumplí con hijos que fallecieron aún pequeños. Mi esposo murió pronto, como era de esperar. Convertida en viuda, decidí aprovechar la vida y me dejé seducir por los hombres. Al principio pensé que todo sería un largo camino de placeres. En la corte de Madrid, entre los pasillos del Alcázar y las audiencias del Rey, Nuestro Señor, don Felipe IV, dejé escapar mi vida aprovechándome de mi alta posición. Pero esa vida regalada fue una tortura. Los hombres, esos hombres que conspiraban entre cortinajes, que tan pronto acudían gozosos a una guerra perdida en remotos confines del Imperio, como se emborrachaban en festines, en cacerías o participaban devotos en celebraciones religiosas, esos hombres sólo veían en mí una banda más que añadir a sus oropeles. No me quejo de esa actitud. También yo supe sacar partido en noches de pasión y en retorcidas venganzas, en galanteos y conjuras.

Un día me cansé de los hombres. Decidí entrar en el único ámbito donde nadie me exigía ser madre, ni amante. Entré en este convento y me entregué a otro hombre que, por no verlo, ni tocarlo, ni oírlo, jamás tendré la tentación de poseerlo. Él, por su parte, nunca me contemplará como un galardón. Perdone, padre, si sueña a herejía; pero necesito confesarlo. En este convento he sido libre.

El buen rey

Sabía que fray Johannes era su sombra. Lo hallaba en el recodo de una esquina, al doblar en dirección a un pasillo. Esperaba tropezarse con él en la sala de lectura o saliendo con ese aspecto humilde del salón del consejo cuando entraban los ministros. Era un buen religioso –creía–. Cuando se exasperaba al oler su presencia, recordaba las últimas recomendaciones de su augusta madre y, entonces, se rendía ante la santidad del fraile. “Dios castiga a los reinos cuyos monarcas no saben ser buenos cristianos” solía repetirle el religioso. En ocasiones estuvo a poco de recomendar a sus cronistas que fijasen en sus páginas esa frase como lema de su reinado. Con la mirada, fray Johannes se la repetía sin cesar.

El rey no tenía la impresión de ser mal cristiano. Las cosas para el reino iban todo lo bien que pueden marchar los asuntos humanos. Hasta que en aquella fiesta le fue presentada la condesa. No sabía el buen rey si la dama cedió a sus requerimientos por no desobedecer a tan alto personaje o porque, en realidad, le amaba. En sus apasionadas noches, el rey creía intuir que sí, que le amaba. Pero en su corazón se repetía que nadie alcanza a conocer las profundidades del alma femenina. Y menos que nadie, un rey.

Tampoco le dejaba en paz su conciencia. Hubiera deseado ser como sus primos. Los otros monarcas tenían amantes y no parecían sentir remordimientos. ¿Por qué él sí? Comenzó confesando ante fray Johannes, como siempre, su pasión. Fue perdonado, pero se le recordó las palabras del Salvador a la adúltera: “Tus pecados te son perdonados. Ve y no peques más.” Pero seguía pecando. Estaba enamorado de la condesa. Por otra parte, sentía su deber cumplido con la reina: había un príncipe heredero, dos príncipes varones más y dos infantas. Cambió de confesor, pero no se atrevió a echar a fray Johannes. Especialmente, cuando las flotas comenzaron a ser asaltadas y apresadas por los corsarios, los campos comenzaron a agostarse en una cruel sequía y las batallas eran perdidas por sus generales sin que pudieran justificarse con más argumento que unos rostros de desolación.

Intuía que fray Johannes le miraba más intensamente, como recordándole su lema. Una noche decidió dar por concluida su relación con la condesa. Pero sus deseos no se hicieron realidad. Fue una noche más de pasión y amor que lo dejaron sin argumentos para la ruptura.

Al día siguiente, iba a comunicar su abdicación ante el consejo real. Si él se condenaba por sus pecados, su pueblo no tenía por qué sufrir las consecuencias.

Antes de dar a conocer su renuncia, un mensajero urgente entró en el salón del trono y le dio la noticia: su

general favorito había vencido en la última batalla, había tomado una rica ciudad enemiga y enviaba al rey una larga caravana con el botín cobrado.

Fray Johannes fue expulsado de Palacio y cuentan las crónicas que falleció anciano en un convento repitiendo su frase favorita: “Dios castiga a los reinos cuyos monarcas no saben ser buenos cristianos”.

El eunuco

Desde la infancia sabía cuál era su destino. En el Sacro Palacio fue castrado y revestido de solemnes vestiduras, de estolas recamadas y borceguíes.

Creció entre genuflexiones y gritos de “Muchos años de vida al emperador” cuando entre un revuelo de púrpura y oro pasaba el monarca o alguien de su familia. Recibió azotes de los imperiales hijos, de nobles y funcionarios mal humorados. Los soldados extranjeros de los cuerpos de guardia en Palacio lo hacían víctima de burlas obscenas, como a cualquier eunuco de rango inferior. Pensaba que era lo normal porque así había sido y sería siempre.

Lloró el primer día que contempló una coronación, la del malhadado emperador Miguel. Y lloraba secretamente cuando el soberano en todo su esplendor respondía a las aclamaciones del pueblo desde su sede del Cáthisma, el palco del hipódromo. En las innumerables festividades, el ceremonial lo retenía orgullosamente en su puesto jerárquico y temblaba de un raro placer con el olor del incienso, el sonido de los himnos litúrgicos y el brillar de las vestiduras imperiales y patriarcales, mientras la luz se reflejaba en los dorados de los mosaicos de Santa Sofía. Su ascenso a rangos más elevados marchaba lento, pero uniforme.

Cuando tras la coronación de Constantino fue nombrado protovestuario de la cámara del emperador, sintió cumplida su misión. Y durante años fue el primero que pasaba cada mañana bajo la bóveda del Crisotriclinio para acceder a la habitación del elegido de Dios. Al vestirlo lo veía inmenso, aunque midiera pocos palmos, aunque hubiese que añadirle alzas a los borceguíes de color púrpura. Al peinarlo lo adoraba, aunque cada año el predilecto de Dios tuviera menos pelo y la barba se le fuera tornando blanca. Era objeto de su veneración cuando recogía los sagrados efectos de la digestión nocturna y las imperiales flemas de la garganta en bacías de oro. Lo reverenciaba, aunque las mujeres que numerosos amaneceres abandonaban el lecho, cambiasen el rostro amable en rictus de asco cuando atravesaban apresuradamente el patio del Trípeton. Era el protovestuario quien mejor sabía besar sus pies en la prosternación ritual y quien mejor curaba sus pústulas cuando empezaron a brotar.

Y siguió el eunuco estremeciéndose cada vez que presenciaba en Santa Sofía la liturgia de Navidad y de Pascua, aunque a su alrededor nunca hubiesen cesado los cuchicheos.

Fue tras la fiesta de las Luminarias, cuando se celebra la Epifanía de Nuestro Señor. El Gran Almirante de la flota lo había convencido de que el Imperio necesitaba una mano más firme. El emperador calmaba sus pústulas malolientes con un baño de sales que un grupo

de médicos desorientados le había prescrito. El eunuco se disponía a realizar los mismos servicios que había prestado durante más de veinte años cada vez que su amo se bañaba. Pero esta vez lo ahogó sin que pudiese oponer resistencia. A fin de cuentas, pensó, el emperadorapestaba y, además, nunca le había preguntado su nombre.

Tratado de Estética

“Nada hay más hermoso que un regimiento de *highlanders* avanzando en perfecta formación y al sonido de las gaitas contra el enemigo”, pensó el buitre mientras sobrevolaba las colinas de Crimea.

Cuestión de paciencia

Segundos antes de degollarlo ante la cámara, el devoto creyó ver en el infiel la sombra de una sonrisa. Contrariado por esa actitud, le preguntó la razón. El infiel respondió con calma: "No me gusta que me mates; pero lo vivido ha merecido la pena porque lo viví en libertad. Al final, yo venceré, estúpido. Dentro de unos miles de años, los dioses de hoy sólo serán mitología. Todo es cuestión de paciencia." Lo goterones de sangre descendieron por el santo rostro del creyente.

El pensador

“¿Por qué los pobres depositan sus esperanzas en los tiranos?” se preguntaba el pensador mientras a lo lejos se oían las detonaciones de la revolución.

El músico

Vivía de su música. Se consideraba un artista solidario y comprometido. Para defender su medio de vida, cada vez que podía, intervenía en los medios de comunicación atacando la piratería audiovisual, el *top manta* y todas las derivaciones del comercio de copia ilegal. Un día se dio cuenta de que el mismo negro al que odió profundamente por ir ofreciendo CDs entre los veladores de los bares, estaba la mañana siguiente vendiendo camisas vietnamitas delante de una decadente, burguesa y capitalista tienda de ropa.

La especialista

Después de tantos años dedicada a la profesión, madame Josephine conocía el tipo de cliente que entraba en su negocio nada más abrir la puerta. Del mismo modo, la experiencia acumulada le hizo discernir las propiedades de la mercancía que daba a la venta. Gracias a la conjunción de estas dos pericias, consiguió, de una parte, sacarle partido a Margarita, aquella joven huesuda, con aspecto famélico y ojos enormes; y, de otra, aprendió a ofrecer un servicio muy apreciado por aquellos hombres que acudían al local no tanto para desahogarse como para sentir un poco de ternura. Y cobraba más por ese suplemento. Margarita sabía decir con una entonación recubierta de los más profundos visos de verosimilitud aquellas palabras: “Te quiero, amor mío.”

El iniciado

Fue un orgullo para los padres saber que su hijo seguiría la senda empezada en lejanos tiempos dentro del linaje familiar. Desde inmemoriales días, los primogénitos habían sido sacerdotes de la diosa y la buena disposición del muchacho los llenó de placer. Anunciaron a los cuatro vientos, a familiares, vecinos y devotos que sería un nuevo eslabón en la cadena.

Cuando cumplió los dieciocho años, el joven fue iniciado en los últimos misterios de la diosa. El ritual se llevó a cabo conforme a las tradiciones. Se guardaron los días de ayuno prescritos, se conservó la castidad durante el tiempo preceptuado, se recluyó al aspirante durante jornadas interminables en total soledad, memorizó largas ristas de versos con los conocimientos arcanos de la devoción, discutió con los doctores del culto para demostrar su dominio de la doctrina. Finalmente, tras un proceso que llevó años, el futuro sacerdote fue introducido en medio de cantos, flotar de incienso, movimientos acompasados según ritos ancestrales y un penetrante sentimiento de trascendencia en la cámara más recóndita del santuario. Sólo le acompañaba el sumo sacerdote, el guía espiritual de todos los fieles y el poseedor de los conocimientos que darían el espaldarazo al devoto, quien le abriría definitivamente la

última razón de todo lo que había aprendido, de todo lo que había practicado.

Tras su paso, fueron cerradas las dos enormes puertas de bronce. La sala era pequeña y estaba sumida en una total oscuridad. El joven esperaba ver una estatua sagrada y, con toda seguridad, hasta a la propia diosa que se le aparecería para demostrarle fehacientemente que lo acogía en su seno.

Pero la sala, al encender el sumo sacerdote una lamparilla de aceite, se reveló como un espacio totalmente vacío, de paredes oscuras sin ninguna clase de adornos. El muchacho se dispuso a esperar los acontecimientos. Carecía de mobiliario, por ello el sumo sacerdote se quitó el manto, dejando ver sólo su túnica blanca con ribetes de color púrpura. Depositó la prenda en el suelo y le indicó al discípulo que hiciera lo mismo. Sentados ambos en el suelo sobre sus mantos, el sumo sacerdote se le quedó mirando un buen rato. Su alumno no osó abrir la boca. Aguardaba la revelación de los secretos más escondidos y sólo accesibles a los pocos afortunados que lograban superar el largo sendero de la preparación.

Nunca supo cuánto tiempo estuvo en la sala. Supuestamente fue un largo lapso durante el cual los segundos marchaban a un paso tenazmente lento. En algún momento posterior de su vida, reflexionando sobre aquellos instantes, se convenció de que fueron apenas

unos minutos. Lo fundamental fue que creyó comprender cuál era el más oculto misterio de la diosa.

Porque al cabo de ese tiempo, cuya duración nunca supo calcular, el sumo sacerdote se levantó, recogió su manto, se cubrió con él, se dirigió a la puerta y dio los tres golpes que marcaba el ritual para avisar a los del exterior que los misterios habían sido desvelados al fiel. Ambos salieron a la luz del día.

Se siguieron, como es ordenado, los festejos rituales y el joven fue, andando el tiempo, un sumo sacerdote recordado con fervor por los creyentes a causa de su devoción y su amor a la diosa. Y durante toda su vida, conforme marcaban las normas, fue el introductor de todos los jóvenes sacerdotes que se iniciaron a los más ocultos misterios de la divinidad.

Esperando a los bárbaros

¿Murallas? ¿Para qué las murallas? El mar hace de murallas. Nuestra flota comercia con todo el mundo. Las olas se ven surcadas a diario por velas donde ondea el hacha de doble filo o los cuernos del Minotauro. Los hombres que habitan las orillas de este mar nos ven como gentes inquietas, serenas y honradas en el comercio. Saben que pueden confiar en nosotros. Vendemos lo que producimos y transportamos lo que otros producen. Nunca engañamos. Nuestros reyes gobiernan pensando sólo en la prosperidad de las gentes y la vida se desliza entre nuestras manos como la brisa paciente de un final de primavera.

¿Para qué erigir murallas? ¿Quién las ocuparía? ¿Quién haría guardia sobre ellas para defenderlas? Nuestros jóvenes se preparan continuamente para poder saltar sobre el toro los días de fiesta. Contienen entre ellos para ser los primeros y tener el favor de las mujeres, para poder rodear con sus manos esos senos que enseñan sin reparos, mientras en otros sitios los ocultan con incomprensible pudor. Y cuando sus ejercicios los dejan libres, se dedican a gozar, la tarea más humana de todas las que los dioses han dejado caer sobre la tierra.

¿De qué protegernos con las murallas? El sol sale dadivoso cada mañana. La luna, recatada, a veces nos sonríe y a veces se nos esconde, pero siempre sabemos que volverá. Las cosechas son buenas, el cielo generoso. Lluve cuando debe llover y se secan los campos cuando deben secarse. Los dioses nos aman y nosotros los amamos.

¿Murallas? ¿Pero qué haríamos con las murallas? ¿Quién las levantaría? Los esclavos están a nuestro lado para lavarnos, acariciar nuestra piel con aceites aromáticos, para cultivar nuestros campos, fabricar nuestros bienes, construir nuestras casas y palacios, para prepararnos banquetes y mantener en orden nuestro mundo.

Dicen que unos bárbaros acaban de aparecer con sus naves en una de las playas septentrionales de la isla. Dejemos que se acerquen. Nada hemos de temer. En el fondo son tan humanos como nosotros y sólo aspiran a lo mismo que nosotros.

Estadística

Hay personas que nacen con las estrellas en contra. Saturnino, como buen matemático, jamás compró lotería. Unos sesudos cálculos con los que emborronara pizarras en sus primeros años de profesor le llevaron a la conclusión de que nunca le iba a tocar la lotería y que, en el caso de que ocurriera ese acontecimiento, no recuperaría lo gastado para conseguirlo. Se reía con frecuencia de quienes hacían descansar su esperanza en un cupón de ciegos, una bono-loto, un décimo, una quiniela, fuera hípica o de fútbol. Y, efectivamente, nunca le tocó la lotería gracias a su sabia previsión. Pero murió en un accidente aéreo. Hay personas que nacen con los astros en contra.

Metafísica

La historia de la humanidad está llena de episodios que nadie llegó nunca a conocer. Otros, en cambio, fueron de sobra conocidos por lo llamativo del papel que el azar juega en el desarrollo del conocimiento científico. Todos están al corriente del famoso encuentro que Newton tuvo con la manzana y de la trascendencia que ese instante tuvo para el acervo intelectual de la humanidad.

La ley de la casualidad, tanto o más poderosa que la ley de la causalidad, propició un episodio hasta ahora no conocido, pero que marcó un giro en la evolución de la sabiduría humana. En un mismo momento de la historia humana, en dos rincones separados por miles de kilómetros, Grecia y la India, dos anónimos pensadores se plantearon idéntica pregunta. ¿Qué ocurriría si a una frase tan simple como “mi suegra es insoportable” se le suprimiese el adjetivo atributivo? La proposición quedaría limitada a “mi suegra es”. Al igual que la caída de la manzana no venía a cuento en aquel instante y en aquel lugar, la ingeniosa ocurrencia de los pensadores tampoco venía a cuento para nada en aquellas circunstancias, pero surgió como un punto de partida para una idea que se desarrolló a continuación.

De las reflexiones sobre la esencia de la suegra surgió la metafísica en occidente, que llenó millones de páginas desde tiempos inmemoriales. Y de la metafísica nació la curiosidad intelectual, el espíritu emprendedor y todas sus secuelas. En oriente nacieron los Vedas y el budismo. Estas doctrinas se limitaron a constatar que, en efecto, “la suegra es”. Y llegaron a la conclusión de que nuestra mejor alternativa es quedarnos sentados sin decir palabra, sin pensar, esperando a que se mueva y nos deje en paz.

El humorista gordo

El ser humano tiene un espíritu gregario. Incluso quienes hacen de la diferencia una bandera de enganche ideológico, no buscan sino convertirse en un borrego más de un rebaño de diferentes. Los criterios de *gregarización* vienen marcados por ignotas leyes del comportamiento colectivo que señalan como correctas unas cosas en un tiempo y otras en otro.

Cuando nació Rubén, se llevaba lo delgado, lo fino, casi diríamos que lo escuálido. Esa norma estética siguió vigente durante muchos decenios y fue el marco en el que se desarrolló su infancia, su adolescencia y su primera juventud. Rubén era, desde que viniera a la vida, un precioso bebé regordete que, contra lo que se esperaba de él, perserveró en sus carnes a lo largo de toda su existencia. Rubén fue, por tanto, un excluido, un segregado, un objeto de burlas y un mártir del espíritu gregario de los hombres. Estas experiencias le llevaron a desarrollar un carácter huraño, esquivo, temeroso, desconfiado. Al encauzar su relación con los demás de ese modo, su propia relación consigo mismo acabó convirtiéndose en una especie de tortura.

Un buen día, mientras meditaba a qué dedicarse profesionalmente en su mísera vida, se fijó en un cartel publicitario. Un señor orondo desplegaba una sonrisa

que casi se salía del marco donde se anunciaba un producto que a Rubén nada le interesó. En ese instante, se dio cuenta de que el gordo da una impresión de felicidad y bienestar, y de que esas virtudes lo hacen propicio para el mundo del espectáculo, más en concreto, para el mundo de los humoristas.

Rubén decidió que se ganaría la vida haciendo reír a los demás, actividad en la que un gordo tiene muchas más probabilidades de triunfar, lo que no quería decir más que ganar mucho dinero y tener mucha fama. Gracias a esos logros conseguiría vengarse de todos aquellos que lo tomaron a chanza en su momento.

Sin embargo, Rubén sólo tropezó con problemas. Cuando empezó a contar chistes, el par de amigos que asistían a la representación casi acabaron llorando de tristeza. Pasó al campo de la imitación, pero desistió cuando sus amigos se vieron incapaces de reconocer a los imitados, o bien los confundían con otros personajes totalmente diferentes a los que fueran objeto de imitación. Seguidamente, intentó hacer reír con pantomimas y gestos, lo que causó un efecto de vergüenza ajena tan profundo en su torturado público que no volvió a aparecer cuando fue requerido para siguientes ensayos. Rubén, desolado, se vio a sí mismo sumido en un trabajo gris y en una vida gris, que no harían sino confirmar su mala estrella y la mala jugada que le había hecho la naturaleza.

Y así fue. Nunca obtuvo fama ni ganó mucho dinero. Pero se casó con una mujer también gordita, tuvieron hijos gorditos y fue, dentro de lo que cabe, feliz. Los sinsabores de los primeros años de su existencia se fueron olvidando y, finalmente, pudo sentirse a gusto con un trabajo al que llegó poniendo en funcionamiento el ingenio. Si no hacía reír en contextos normales por su falta de talento, quizá en contextos donde la risa es algo ajeno, donde la alegría es algo distante, hasta su torpeza y desaliño podrían resultar cómicos.

Cada vez que unos deudos llorosos lo veían aparecer con los papeles del seguro seguido por los empleados de la funeraria, su presencia mullida, confortable y sus tristes ojos compasivos llenaban de consuelo a los familiares de los difuntos. Y si no contaba chistes, ni imitaba, ni gesticulaba, al menos una tierna sonrisa de gordito calmaba su dolor.

Waterloo

Participó en la batalla de Waterloo y ése fue su mayor orgullo. Tan orgulloso estaba, que haber sido testigo de la derrota más trascendental del emperador no ensombrecía su vanidad de veterano. La edad le impidió asistir a Austerlitz, Jena o Borodino, pero llegó a tiempo de calarse aquel chacó coronado con un fino plumerillo, vestir el uniforme blanquiazul, empuñar un fusil y soñar con destripar a algún prusiano. Leyó mucho sobre las descripciones de la batalla, los movimientos de tropas y las tácticas. Mantuvo intensas discusiones con otros veteranos en largas veladas alrededor de buenos asados, buenos vinos, buenos postres y buenas sobremesas aromatizadas con tabaco y coñac. Presumió ante sus hijos y sus nietos.

Hasta que llegó a sus manos un ejemplar de *La Cartuja de Parma*, novela de un escritor que se hacía llamar Stendhal. Tras la lectura de sus primeros capítulos, recapacitó y, fuera porque se iba haciendo viejo, fuera porque las ilusiones imperiales habían quedado atrás, fuera por cualquier otra razón, en un arrebató de sinceridad reconoció que sobre lo único que podría hablar a ciencia cierta sería sobre un estrépito constante provocado por fusilería y artillería, una humareda, los gritos de los heridos, la sensación de no saber dónde estaba,

varias carreras y, fundamentalmente, muy fundamentalmente, sobre la presencia de aquella pierna derecha que perdió por una bala de cañón.

El hijo de su padre

Era un buen amigo, aunque pedante como él solo, insoportable en muchas ocasiones, creído las más de las veces, vanidoso sin fundamento y otras diversas adjetivaciones que podría añadir y que omito para no cansarte.

Lo peor de su vida fue el padre que tuvo. Ilustre intelectual, catedrático famoso, mil veces galardonado, doctor *honoris causa* por incontables universidades, gran pontífice cuyas palabras eran oídas como oráculos divinos. A su paso por las calles de la ciudad era detenido constantemente por admiradores, amigos y estudiantes que lo acosaban con sus muestras de afecto, sus atenciones y consultas. Y él les atendía agitando al aire su gran melena blanca y blandiendo profesoralmente su vieja pipa.

Lo peor que le pudo pasar fue tener un padre como ése. Desde pequeño fue simplemente, el hijo de Don Fulano. Estudió explotando su limitado cerebro hasta el límite para estar a la altura de un padre que apenas le prestaba atención ocupado como estaba por su carrera académica. Cuando terminó sus estudios, con buen criterio, desistió de ejercer. Así que se hizo cargo de una pequeña empresa que su familia había regentado desde hacía mucho tiempo. Pero el gusanillo de la vida intelectual le roía el corazón. Siendo el hijo de D. Fulano,

no podía menos que producir alguna obra de cierto mérito.

Escribió dos novelas que trataban de un hijo a la búsqueda de su padre. El recurso de ambientarlas en tiempos pasados apenas podía enmascarar su más profundo móvil. Logró un cierto número de ventas, pero no lo suficiente como para evitarle la rutina de llevar la empresa familiar. Pasó buena parte de su vida lucubrando sobre los modos de dar a luz objetos intelectuales que le dieran un prestigio, si no igual al paterno, al menos suficiente para su dignidad personal. Para ser sincero, los pocos éxitos que consiguió con sus invenciones se los debió más a los compromisos derivados de la amistad que a los méritos de sus obras. En los últimos tiempos se había vendido al poder político y gracias a sus contactos era asiduo en acontecimientos culturales, a los que era invitado más por ser hijo de un antiguo e ilustre republicano que por su propia valía.

Y lo que peor sufría era su intento de superar mediante poses la mediocridad de su talento. Pero tras las bambalinas del mundo era un buen amigo y era una buena persona. Lo apreciaba, en suma, porque sabía su íntima tragedia.

A pesar de tener cuatro hijos y una mujer, ha muerto solo en el despacho de la empresa. Hacía unos meses le habían diagnosticado una enfermedad mortal. Prefirió marcharse antes de que empezase el calvario que atormenta a quienes ya no tienen nada que ganar y li-

mitan su existencia a rebañar unas horas más de vida asumiendo con ansia las infames condiciones a las que es sometida.

En este gesto reconocí, por primera vez a lo largo de nuestra dilatada relación, su profunda dignidad. Lo sé porque una vez me contó la impresión que sintió al ver cómo su padre moría entre sollozos, mientras le suplicaba a un Dios en el que nunca había creído, la prolongación de su vida.

San Jorge y el dragón

De todos era conocido el abad Alexios, del monasterio de San Panteleimón en la procelosa tierra de la antigua Judea. En aquellos tiempos ese recinto de espiritualidad dependía de la sede patriarcal de Constantinopla y florecía bajo la égida del Imperio de Oriente.

De todos era conocido el afán de Su Beatitud por limpiar de antiguos errores y herejías los libros que se alineaban en la biblioteca del monasterio desde tiempos que nadie podía recordar. A esta tarea se dedicaba personalmente en el tiempo que le dejaba libre su cargo. Una tarde de trasiego y andanzas, sumergido en medio de pergaminos, legajos y códices dio con la leyenda de una joven aldeana. Se trataba de una doncella de la cual el anónimo redactor de la historia ponderaba con exquisitez tanto talentos espirituales como inteligencia.

Contaba la leyenda que un dragón zascandil y andariego dio por asentarse cerca de una aldea de Capadocia. Como tenía hambre y estaba sediento, se detuvo junto a una fuente. El paraje era ameno y los vientos soplaban deliciosamente. El lugar era perfecto para descansar algún tiempo antes de continuar su migración, ya que últimamente estaba harto de ese vagar sin sentido y sin meta que lo había llevado durante años a aterrorizar continuamente a miles de humanos en cien si-

tios diferentes. Sólo necesitaba resolver el problema de su comida. El asunto quedó resuelto cuando se zampó de un solo bocado a una mujer que se había acercado a la fuente con intención de llenar el gran cántaro que portaba sobre su cabeza.

En la aldea que se abastecía de la fuente, enseguida corrió la voz de que un dragón se había apoderado del suministro de agua. La situación de los aldeanos era crítica, porque sólo disponían de esa fuente. En mucha distancia a la redonda no había agua y apenas llovía en aquellos andurriales perdidos de la mano de Dios y de los hombres. La primera solución era, a todas luces, matar al animal. Pero nadie en el pueblo poseía un valor suficiente como para enfrentarse a semejante monstruo. Tras una reunión los próceres del lugar, llegaron a la conclusión de que lo mejor era preguntarle directamente qué pedía a cambio de dejar a los aldeanos hacer aguada.

Como es sabido, en los cuentos hay animales o vegetales, cuando no rocas o montañas, que tienen el don de la palabra. Y ésa era una de las facultades que adornaban al dragón sobre cuya peripecia hablaba el cronista.

Preguntado sobre el particular, el monstruo dijo que sólo dejaría tomar agua de la fuente si antes se le facilitaba como almuerzo a alguno de los habitantes de la aldea, preferentemente algún orondo campesino de prietos brazos, fornidas piernas y generoso tocino en su zo-

na abdominal, cortes que hacían las delicias del paladar draconiano. Asustados por el bicho, pero mucho más asustados por la evidente premonición de una horrible muerte por sed, los próceres decidieron que se le daría al extorsionador lo que exigía. De este modo fue elegido, entre aquellos convecinos que respondían a las condiciones expuestas por el cruel visitante, uno llamado precisamente Georgós, que para ilustración de aquéllos que ignoran la vetusta lengua griega, se aclarará su significado de “campesino”. El pobre hombre tenía la desgracia de vivir solo, carecer de familia y estar adornado de abundantes carnes. Por lo tanto, unánimemente fue seleccionado por el pequeño senado y ratificada su elección por la totalidad de los moradores.

Hizo falta un buen montón de mocetones para apresar y atar a la víctima. Y como en aquellos tiempos el paganismo todavía se enseñoreaba de las tierras del Imperio, no hubo ningún buen cristiano que abogara por su salvación. Antes al contrario, hubo quien estuvo buscando a hurtadillas una buena y segura atalaya desde la que contemplar el festín que iba a tener lugar.

Pero, a pesar de que las gentes de aquel entonces ignoraban los mandamientos del Señor y de su Iglesia, había quien en su alma sí llevaba la impronta de la caridad, ese sentimiento que produce naturalmente en quienes lo poseen, una segura conversión a la religión del Salvador. Se trataba de una joven doncella, de un ingenio tan enorme como menguadas eran sus carnes.

Se resistía a aceptar la monstruosidad que sus convecinos iban a cometer y durante la jornada anterior al sacrificio estuvo maquinando cómo salvar al desgraciado.

Al amanecer del día fatídico, la muchacha se acercó al aún adormilado dragón con el cerdo más grande que había en la cochiguera de su padre. Cuando el dragón la vio aparecer con el regalo, se alegró porque alguien le traía un buen desayuno. La muchacha no abrigaba excesivo temor porque su instinto le decía que la presa preferida sería el cochino, ya que ella no se caracterizaba precisamente por su opulencia física.

El dragón se zampó el cerdo de un bocado y quedó unos instantes relamiéndose, tiempo que la joven aprovechó para entablar una cierta conversación, interesándose por sus andanzas y aventuras. Poco a poco, el bicho inmundo fue cayendo en un sopor cada vez más hondo, hasta quedar completamente dormido. La joven había cebado al marrano propiciatorio durante la noche anterior con una enorme cantidad de adormidera, planta que crecía en abundancia por los alrededores y cuyos efectos eran de sobra conocidos por los lugareños. Seguidamente, sin perder tiempo, recogió un enorme cuchillo de matarife que había escondido tras una de las rocas que se diseminaban por el sendero hacia la fuente y sin rastro de vacilación degolló trabajosamente al dragón.

La muchacha se sentó a esperar tranquilamente la llegada de la comitiva con la futura víctima. Grande

fue la sorpresa que se desplomó sobre la concurrencia. Casi la totalidad del pueblo acudía en una macabra procesión al lugar del sacrificio con la intención de asistir al espectáculo del que iba a ser protagonista el pobre campesino. Hubo una expresión general de alivio y alguna demostración más o menos embozada de decepción. Pero como la apariencia prima sobre otras consideraciones en la colectividad humana, el sentimiento general fue de agradecimiento por la hazaña de la muchacha. Se le ofrecieron homenajes en los días sucesivos, sus padres se sintieron orgullosos de ella, sus hermanos presumieron largo tiempo de su cercanía a la heroína, los familiares y amigos hinchaban el pecho cuando relataban, una vez más, aquella historia que poco a poco iba adornándose de detalles nunca existentes, pero inevitables cuando la imaginación popular echa a andar y la transmisión verbal de uno a otro es el único medio de conocimiento del pasado.

Esta versión, sin embargo, no le agradó al abad. Así que decidió volver a escribirla. Convirtió al campesino en caballero, conservando su nombre original, y a la doncella en una pobre princesa algo corta de luces, destinada al sacrificio propiciatorio ante un dragón codicioso que no dejaba beber a nadie en la fuente que abastecía a la ciudad. Montó en un caballo blanco al caballero y lo recubrió de armadura y yelmo, con una mortífera lanza en sus manos. El paso siguiente fue identificar este caballero andante con el antiguo soldado de Dio-

deciano del mismo nombre que el campesino a quien salvó la doncella, y que fue martirizado por confesar su religión en época de persecuciones. Desde entonces se difundió por toda la cristiandad la leyenda de San Jorge y el dragón.

Una última cuestión erudita: la joven salvadora del campesino en la versión original, según cuenta la historia que el abad corrigió, jamás encontró marido entre los mancebos de la aldea. Tras su hazaña, el miedo embargó los corazones de los jóvenes casaderos. La heroína murió virgen muchos años después.

El cortijo de los asombros

Apreciado jefe:

Como sé que andas por ahí expresando de forma poco solidaria que debo justificar mi sueldo (al que tú llamas abultado y al que yo llamo escuálido) y declarando de modo poco elegante tus deseos de que cierta parte de mi pobre anatomía sufra los efectos de algún salvaje incontinente, te adelanto un resumen del informe que adjuntaré dentro de unos días para que se pueda elaborar el guión de uno de los programas de tu espacio *La hora del temblor*. Se trata del resultado de mi investigación en el llamado *Cortijo de los asombros*, enclavado en el término municipal de ... en la provincia de Córdoba.

Dicen los entendidos que la *seguiriya* es un palo muy triste. No es extraño, pues, que en el cortijo de la finca *La Cantonera* se pudiera oír algunas noches el quejido de un *cantaor* entonando unas *seguiriyas*. Dicen en el pueblo cercano que la voz correspondía al Calabacino de Almogía, un famoso *cantaor* que fue asesinado en aquel lugar. Cuentan los lugareños que era acompañado por su leal *tocaor* el Chipirón de Pontevedra, un flamenco nacido en Galicia que siempre se enorgulleció de su tierra, razón por la que hizo acompañar su alias artístico con el nombre de su ciudad de nacimiento. Me permito

hacerte hincapié en esto de los alias. Ambos eran dos representantes fieles de las tradiciones del arte *jondo*, ya que, como de todos es sabido, sus cultivadores muestran una severa inclinación por recoger en sus apelaciones elementos de la alimentación humana. Aventuremos que se deba a un deseo de testimoniar la existencia de otras épocas en las que la comida escaseaba en determinados sectores sociales andaluces de los que se nutrían las filas de *cantaores*, *bailaores* y *tocaores*.

Los dos artistas parece ser que fueron objeto de la venganza de un enriquecido constructor propietario de una cuenta corriente con tantos ceros como centímetros la longitud de su cornamenta. Su joven esposa, comprensiblemente harta de esperar una viudez nunca advenida, solía escaparse con amantes ocasionales al cortijo. Parece ser que el lío con un *cantaor* colmó el vaso de la paciencia conyugal y el engañado encargó la liquidación de ambos amantes. A pesar de que los indicios abrían un camino que llevaba directamente al constructor, nunca se pudo demostrar nada y el hombre jamás pudo ser acusado.

Pero una cosa es la verdad judicial y otra la verdad real. Así que podemos dar por seguro que tanto el Calabacino de Almogía como su amante fueron víctimas de la tolerancia desbordada del viejo caballero. Peor lo llevó el Chipirón, porque cayó en la matanza sin poder, al menos, hacerlo entre los brazos de una espléndida belleza meridional. Como leal acompañante del maes-

tro, le tocaba no sólo la guitarra, sino también aposentarse como vigía en las inmediaciones del cortijo para acechar la llegada de intrusos. El Calabacino se había vuelto muy prudente desde que unos años antes fuera sorprendido por otro marido despechado y escapara de una muerte segura gracias a que el cornudo, en medio de su furia, olvidó cargar su escopeta de matar elefantes con la que solía hacer safaris ilegales en Kenya.

Pero en esta ocasión, ninguno pudo evitar su destino y los tres fueron hallados por un campesino quien camino del tajo vio sobresalir entre la maleza los pies del Chipirón.

El cortijo quedó abandonado y fue cayéndose poco a poco, en parte porque su dueño decidió hacer borrón y cuenta nueva con aquel enclave, en parte porque a pocas fechas del momento del crimen, empezaron a oírse unos quejumbrosos lamentos en el cortijo. Pronto fueron identificados como unas *seguiriyas* de ultratumba, acompañadas con maestría por un experto *tocaor*, también de ultratumba.

La comarca, en aquellos tiempos, era objeto de deseo por parte de británicos que, cansados del sofocante ambiente costero, habían empezado a instalarse en el interior. No hubo ingleses ni galeses que se interesasen por el cortijo cuando los herederos del constructor lo pusieron en venta, contrariamente a lo que sucedió con otros cortijos de similares características. Pero, haciendo gala de su origen étnico, sí hubo un escocés de las *High-*

lands que, informado de los *asombros* (así llaman los lugareños a los fenómenos de difícil explicación y con visos de tener asiento en otras dimensiones de lo real), no sólo no se arrugó, sino que se sintió por una vez reconfortado al recordar cómo en el castillo de su bisabuelo todavía moraba el espectro de uno de los MacGlendall. Si había en el mundo alguien que se sintiera a gusto con los asombros, ése era sin duda un escocés, en concreto Ronald MacGlendall.

Compró *La Cantonera* a un precio irrisorio y se dispuso a habitarla. Pero antes, quería pasar alguna noche en su nueva propiedad y comprobar si eran ciertos los rumores. Armado con su gaita y ataviado con un *kilt* en el que se exhibía el *tartan* de su clan, se acomodó en un rincón de las ruinas esperando la llegada de los espectros.

No tardaron mucho, según se relataba, porque a los dos días, más o menos, la pareja de artistas se presentó para dar una muestra de su arte. La alegría inundó el corazón del vástago MacGlendall y respondió soplando su gaita con uno de los aires más tristes que conocía. Parece ser que se creó una especie de conexión artística entre los intérpretes, porque los conciertos de música folk-fusión comenzaron a hacerse frecuentes en aquellos pagos.

El escocés había trasladado a las ruinas aquello que le sería de primera utilidad para la vida diaria. Una tienda de campaña, utensilios portátiles de cocina y

aseo, saco de dormir, un escueto vestuario y poco más. Toda su atención se centraba en aquellas sesiones musicales que acontecían inesperadamente, ya que los espectros no respondían a una periodicidad regular. Esta irregularidad halagaba al extranjero porque lo interpretaba como una muestra de la tradicional informalidad andaluza. Un buen día, Ronald MacGlendall apareció asesinado también. Nunca se supo quién había cometido el crimen, aunque se sospechaba de alguno de los cortijeros del entorno, más que cansado de ese continuo festival de música. Desde esa fecha no hubo más asombros.

Me enteré de la existencia de estos fenómenos por pura casualidad. Hacía un viaje hacia la costa de Almería para investigar un suceso. Había un niño diabólico que tenía acogotado a todo un pueblo con sus bromas de mal gusto. Los padres habían renunciado a meterlo en vereda; los maestros le daban el sobresaliente nada más verlo entrar el primer día de clase con la intención de que no volviera a aparecer más por el colegio; las autoridades habían declarado que por ser menor de edad, nada podían hacer y el alcalde había pensado que tal vez fuera un fenómeno de posesión demoníaca y nos había llamado al padre Junípero, el exorcista, y a mí para estudiar el caso.

Tomando café en un descanso de la ruta, sin pretenderlo, oí la conversación de dos campesinos que hablaban del mencionado cortijo y de la imposibilidad de

que nadie lo comprara. Entablé una charla con ambos y a las tres semanas, de vuelta de mi investigación acerca del niño diabólico me enfraqué en el asunto del *Cortijo de los asombros*.

Te aclaro, por si te tienta la curiosidad ya que nunca te he pasado el informe de ese caso, que el asunto del niño poseído lo resolvió el padre Junípero mediante el expeditivo sistema de encerrarse con el crío en la sacristía de la única iglesia del pueblo, administrarle el santo remedio de un par de hostias (no de las consagradas, sino de las otras) y jurarle por el mismo diablo que si volvía a hacer sus bromas pesadas, regresaría pero esta vez con una buena estaca. Ni que decir tiene que el chavalito mostraba en su rostro los efectos de la actuación sacerdotal, pero el aspecto compungido de la criatura, el tono lastimero de su petición de disculpas al pueblo y su compromiso de rehabilitación hicieron obviar a sus víctimas la contundencia del método empleado.

Acudí, pues, a *La Cantonera* provisto de todo lo necesario para pasar entre sus muros caídos y los jaramagos todo el tiempo que hiciera falta hasta lograr alguna psicofonía o algún testimonio que aclarase lo que se escondía en aquel paraje.

En el informe te detallaré el curso de mi trabajo, pero te avanzo que tras una cierta temporada viviendo entre las ruinas, pude lograr un material suficiente pa-

ra llenar uno de los espacios de *La hora del temblor*. Creo que he desvelado los misterios de *La Cantonera*.

Sé que la joven asesinada nunca se lamentó de su suerte porque nada más morir fue asignada al jardín de las huríes del Profeta, donde se encontraba muy a gusto siendo visitada continuamente por infinitos mártires. Gozaba con una virginidad siempre renovada, como no podía ser menos, por la omnipotencia divina y nada dolorosa en el momento de su desaparición, ya que se había previsto que ese momento, en estos casos especiales, fuera todavía mucho más placentero para las muchachas destinadas a los valientes. Con ello se lograba por parte de las doncellas una participación más activa en el acontecimiento.

La razón de la permanencia en este mundo de los dos artistas se debía al sentimiento de culpabilidad que acometió el alma del *tocaor* nada más separarse del cuerpo. Según me confesó el interesado, había descuidado la guardia. Se hallaba entretenido aliviándose la calentura provocada por los gemidos estentóreos de la joven mediante una práctica que por fácilmente imaginable no revelaré, cuando fue asaltado por los asesinos (eran varios profesionales). El Calabacino no quiso dejar solo a su fiel compañero y por esta razón, ambos no pudieron entrar en la esfera de los difuntos. La salvación fue proporcionada por la generosidad y entrega del escocés, quien con su amor por la música y el sentimiento de una amistad que trascendía las barreras de la muerte,

había preparado el camino para la redención de las almas en pena.

Los flamencos y el escocés descubrieron con deleite que su amistad intermundana se acrecentaba con el encuentro directo en la misma dimensión. Es más, he conseguido material suficiente grabar un CD con las composiciones de folk-fusión. Creo que podrás ponerlo a la venta inmediatamente después de la emisión del programa. Es muy probable que obtenga una buena acogida entre el público, quien seguramente pasará por alto sus deficiencias técnicas gracias a su evidente interés musical.

Te comunico, finalmente, que al poco de terminar el informe, recibí la excelente noticia de que me había tocado una buena cantidad de dinero en la lotería. Así pues, ese informe será el último que redacte. Espero no tener que volver a ver tu horrible cara, ni sufrir tus ataques de mal humor, ni contribuir con mi trabajo a ese engendro infame que llamas *La hora del temblor*.

Muérete.

Tu ex-esclavo, Juan José.

El navegante solitario

Como odiaba a la gente y adoraba el mar, decidió hacerse navegante solitario. Pero odiar a la gente no supone renunciar a los placeres más elementales. En una de sus escalas, Olav conoció a una mujer encantadora. Fueron tres días apasionados a bordo de su barco, unas veces atracado al puerto, otras a unas cuantas millas mar adentro. Intimó con ella tanto como con otras a las que había conocido en sus largos años de navegante solitario. No le contó más, pero tampoco menos de lo que solía revelar a esos amores de viejo lobo de mar, que se abandonan sobre el muelle con unas lágrimas de mujer y un hondo suspiro de alivio en el navegante.

Pero en aquella ocasión, su viejo modo de proceder le tendió una trampa. La mujer era periodista. Conocer su historia y publicarla en su periódico fue todo uno. Al poco trascendió que existía un tal Olav que había dejado en tierra familia, amigos, trabajo y se había embarcado en un pequeño velero para vivir dejándose llevar por el rumor del mar y el roce de las olas, de puerto en puerto, de continente en continente.

Cuando arribó a su siguiente escala, Olav se dio de bruces con un comité de recepción. Diez años de travesía, miles y miles de millas recorridas, cientos de puertos visitados hacían de su persona una presa interesan-

te para los millones de aburridos que pueblan el mundo. Huyó sin pensárselo. Pero la escena se repitió allá donde llegaba. Su anonimato se guardaba durante uno o dos días, pero al final siempre aparecía alguien que lo reconocía. Hubo ocasiones en que el lapso de su incógnito no pasó de unas horas.

Verse acosado por un helicóptero que le hacía fotografías en medio del Índico rompió el jarrón de su paciencia. Muy a su pesar, vendió el barco, se compró un estudio en un edificio que albergaba doscientos como el suyo, cerca del muelle, en una ciudad costera y pasó el resto de su vida ignorado en una ciudad, rodeado de millones de personas y disfrutando de su forzado anonimato. Sumido en esa colmena, al final, pudo odiar en paz a la gente y disfrutar, sucintamente, del mar.

Versiones

Como os aprecio enormemente y os conozco, me voy a permitir daros unos consejos antes de que os despedáis de la escuela. Durante unos años hemos compartido a diario nuestros afanes e ilusiones, nuestras decepciones y alegrías. Al final, ya estáis en disposición de salir al mundo exterior y emprender vuestra andadura en solitario. No hace falta que os diga que podéis contar conmigo cada vez que os veáis en la necesidad de un apoyo. Me quedan (si los hados me son propicios) algunos años como profesor de esta institución. Ya sabéis dónde podéis encontrarme.

Lo que ahora os voy a decir suelo hacerlo raramente. Sólo cuando doy con personas sensatas, maduras y con una mente abierta. Comprenderéis, después de haber estado aquí estos años, que el contenido de mis palabras no pueda ser expresado a una audiencia general. El ambiente reinante es bastante hostil a lo que voy a revelaros. Espero que esta actitud un tanto ocultista no provoque en vuestros espíritus la sensación de que estáis ante un cobarde. No me siento cobarde, sino prudente, amante de la tranquilidad y tan escéptico sobre la condición humana, que me resulta bastante indigerible sacrificar mi bienestar personal en aras de ideales que, tarde o temprano, no dejarán de ser más que anéc-

dotas al margen en hipotéticos y futuros tratados sobre historia del pensamiento. En suma, mera excusa para los eternos odios africanos entre intelectuales.

Si queréis hacer cine, debéis tener un buen guión, ser buenos técnicos, tener sensibilidad y, sobre todo, sobre todo, dinero. Cuanto más dinero tengáis, mejor. Como decía Napoleón, las guerras se ganan con dinero. Y vuestras obras se medirán en dinero, tanto por lo que gastéis como por lo que ganéis. Podría pasar horas hablando de la importancia de la creación para el progreso de la humanidad, pero ya sois lo suficientemente mayores como para veniros con cuentos de hadas. Por tanto, vuestra primera tarea será conseguir productores.

Llegados a este punto, debéis elegir entre quedaros en Europa o buscar horizontes más amplios en EE.UU., el centro de la cinematografía. En todo caso, el procedimiento debe variar. Os voy a poner un ejemplo.

Planteemos un guión protagonizado por un hombre. En torno a cuarenta años de edad, padre de familia, matrimonio aparentemente armonioso, etc., etc., etc. Nuestro protagonista es encargado en un supermercado de barrio. Se trata de un ser entregado a su trabajo. Es el primero que entra en su puesto y el último que se marcha. Le dedica fines de semana cuando hay que iniciar las promociones de temporada. Conoce a los clientes y sabe cómo tratarlos. Está al tanto de que a Pepita le encantan las verduras; de que Ángeles, la del bloque

de enfrente, le pirran los frutos secos; de que el divorciado que acaba de mudarse al apartamento que está encima del supermercado, no sabe cocinar y sólo compra platos congelados y así todo lo que podáis imaginar. Cuando los ve entrar, los llama por su nombre, les sonrío, se preocupa por sus peripecias existenciales, sin acosar y sin resultar pesado. Busca las mejores ofertas para sus clientes y les regala (en promociones puramente personales) productos que sabe que les gustan. El hombre es feliz. Adora su trabajo y es consciente de que la empresa gana mucho dinero con su profesionalidad. De hecho, le han recompensado en alguna ocasión con el título de mejor empleado de la cadena de supermercados. Por lo demás, trata a sus subordinados con humanidad, pero exigiéndoles seriedad y esfuerzo. Sabe capear los temporales y en más de una ocasión les ha salvado la cara a sus jefes.

Creo que con estas pinceladas queda caracterizado nuestro particular héroe. Como ya sabéis por mis clases, no hay arte dramático sin conflicto. Ese viejo varón, blanco y occidental llamado Aristóteles dijo hace bastantes siglos que la base de la tragedia es el *agón*, esto es, el enfrentamiento entre posturas irreconciliables y nada importante se ha añadido a esta reflexión desde entonces.

El conflicto surge cuando despiden al encargado. De repente, el mundo se le viene encima. No sólo debe mantener a su familia, darles de comer, pagar la hipoten-

teca, las letras del coche, los colegios y todas las servidumbres de la vida familiar moderna; también se le viene abajo su proyecto de vida. Ser expulsado de su profesión lo deja en un sobrecogedor vacío.

Os propongo dos versiones del guión. Veamos qué deberíais hacer para que la película que deseáis filmar pudiera contar con fondos para su realización.

Si queréis llevar a cabo vuestra actividad en Europa, la evolución de la trama sería la siguiente, más o menos: hay que cargar las tintas sobre la crisis matrimonial. La familia tradicional está mal vista en los círculos políticos dominantes, que son los que aquí dan dinero para el cine. Si la esposa es pintada con rasgos de mujer explotada que desea sacudirse el yugo de un marido anodino, pues mejor que mejor. Nuestro protagonista debe caer en una profunda depresión. Debe tener escarceos con la bebida (aceptables son también las drogas, que gozan de prestigio ideológico). Hay que plantear algún trauma insalvable con sus padres y relaciones tormentosas con sus hermanos. De los hijos, mejor no hablar: diablos cuya actitud debe ser siempre entendida desde el punto de vista de la total inocencia que esas criaturas tienen para el pensamiento correcto de hoy en día. En todo caso, es admisible el apoyo de algún amigo en idéntica situación que el protagonista y afiliado a algún sindicato de clase. Fundamental es pintar con los mejores colores a este tipo de personas, únicos puntales fieles del atribulado protagonista. Os aconsejo que el pa-

rado acabe por prender fuego al supermercado o a la sede de la empresa. No se lleva vengarse de los ejecutivos, pero si lo plasmáis en el guión, procurad que el protagonista quede totalmente justificado del asesinato. ¿El final? Que quede a vuestro ingenio. Dependiendo de quien vaya a pagar el rodaje, podéis imaginar un final más o menos desgraciado. La impresión última, en todo caso, debe ser que la vida es un asco por culpa de ricos.

Otra versión debéis plantearos si queréis hacer cine en los Estados Unidos, si es que lográis hacerlos un hueco en aquel país. Para empezar, allí el dinero lo pone una empresa que tiene como finalidad obtener beneficios, no votos de burguesitos con mala conciencia a la búsqueda de coartadas morales y políticas. Así que es preciso cambiar el registro mental. El protagonista, una vez despedido, debe pasar, inevitablemente, por un período de depresión también aquí. Hay que plantear conflictos familiares. Pero la esposa, pasados los momentos de tensión, de desencuentro y en medio de la catástrofe, tiene que acabar apoyando a su marido. Los hijos, dentro de la mala educación de los chicos de hoy en día, deben sentir cierta admiración por su padre y acudir a su lado. El resto de los personajes, en los momentos de ánimo más bajo del protagonista deberán espolpearle para abonar su amor propio (eso que los modernos llaman "autoestima"). En última instancia, por plantear uno de los muchos finales posibles, nuestro héroe

logrará tras innumerables esfuerzos de toda clase, abrir una tienda de *delicatessen* enfrente de su viejo supermercado y mediante la triunfante mercadotecnia de ofrecer exquisitos productos a precios asequibles, arruinarles el negocio a sus antiguos jefes en el barrio. *The end* (aunque ya no está de moda concluir la película con este crédito). En suma, debéis demostrar que la vida es muy dura, pero que vale la pena si uno se esfuerza por verle el sentido.

Una última aclaración: tened en cuenta que en los Estados Unidos podréis encontrar alguien que os financie el modelo A (o europeo); pero que en Europa es muy difícil que alguien os financie el modelo B (o estadounidense).

Que las Musas y el oro adornen la senda de vuestra vida profesional.

Testamento

Hacía muchos años Javier, su amigo más cercano, le había encomendado una misión. Antes de partir para uno de los muchos viajes que a lo largo de su vida había emprendido, Javier le había revelado que entre las páginas de su obra favorita, *La montaña mágica* de Thomas Mann, estaba oculto un sobre con una carta donde exponía sus voluntades más íntimas. En caso de que muriera, debía acudir al tomo, abrirlo, extraer la carta, leerla y obrar en consecuencia. Nada tenía que ver con el testamento, que Javier hizo cuando fue oportuno y que reposaba en los archivos del notariado. Era una nota personal, donde dejaba constancia de unas palabras, de unas intenciones que nada tenían de oficial ni burocrático, y por tanto, destinada a su mejor amigo. Como se respetaban, no le preguntó sobre su contenido y se limitó a asegurarle que cumpliría ese deseo.

Los años pasaron, la amistad se fue consolidando. Había conocido a Natalia, se la había presentado a Javier y le había gustado. Se casaron y Javier fue testigo de la boda. Acompañó fielmente a los dos cuando nació cada uno de sus tres hijos y era el amigo que nunca tiene que avisar de su llegada y al que siempre se le puede llamar en medio de la noche sin que las preguntas sobre la oportunidad de esa irrupción atencen el alma

de quien pide ayuda. Mientras tanto, Javier seguía empleando su tiempo libre en viajar y de vez en cuando le recordaba que, escondido entre las páginas de su novela favorita, había un sobre con sus voluntades más íntimas. Javier nunca convivió con ninguna mujer. Ocupó su casa solo hasta el final de sus días.

Javier murió anciano, acompañado en sus últimas horas por su amigo. Dejó atrás una vida entendida por sus allegados y amigos como llena de experiencias y feliz por cuanto los momentos de dolor se habían equilibrado con los momentos de placer. Durante el funeral, recordó el encargo que le hiciera tantos años atrás. Como tenía llave de la casa de su amigo, fue allí, buscó el libro entre los miles y miles que atesoraba su biblioteca, sacó un sobre extrañamente terso, extrajo una cuartilla doblada, la desplegó y con ella en la mano fue a sentarse en el sillón donde Javier pasaba horas y horas dedicado a la lectura. Encendió una lámpara de pie que se alzaba al lado del asiento y se dispuso a leer.

Querido amigo: Esta carta va dirigida a ti. Es la última versión de un mensaje que he reescrito a lo largo de mi vida y que he ido sustituyendo conforme pasaban los años. Hubo momentos en que este libro albergaba un sobre abultado con varios folios en su interior. Con el tiempo, se ha quedado en lo que ves, una escueta cuartilla con unas pocas líneas. A mi edad, me he dado cuenta de que las cosas fundamentales de la vida caben en unas pocas palabras.

Te dije en ocasiones que este sobre guardaba unos últimos deseos personales, sin especificar que el objeto de estas letras erais tú y Natalia. Lo que te digo aquí no tiene sentido en un testamento, ni en uno de los libros que he escrito, ni, por pasar a las confidencias cara a cara, tiene sentido como confesión ante un amigo, porque nadie nunca estuvo tan cerca de mi corazón como tú. He tenido muchos conocidos, pero no apreciaba esa sensación que nos permite abrir nuestro corazón a alguien. Éste ha sido, en parte, mi drama. Nadie conoce lo que aquí te revelo, porque el único al que podría habérselo dicho eras, precisamente, tú.

Pero una vez muerto, cuando ya todo ha pasado y mis sentimientos no te pueden hacer daño, ha llegado el momento de liberar mi corazón y perdóname si no puedo soportar la idea de llevarme a la tumba lo que guarda. Ya que fue imposible compartirlo contigo en vida, déjame que lo comparta en la muerte.

Desde los primeros momentos en que conocí a Natalia, caí profundamente enamorado de ella. En un primer momento creí que era una sensación pasajera, que con el tiempo desaparecería, que no era sino una atracción normal ante una mujer de una fuerza que se convertía en un imán para cualquier hombre con un poco de sensibilidad ante lo femenino. Pero, para desgracia mía, no pasó. Fue incrementándose con el tiempo.

He llorado mucho en mi sillón pensando en ella e imaginando lo que hubieran sido mis días a su lado. Ha sido la mujer de mi vida y nunca, a pesar de que por mis brazos han

pasado otras mujeres, jamás encontré a ninguna que estuviera a su altura ni que provocara en mi corazón las sensaciones que Natalia me provocaba.

Pero antes que ese amor estabas tú y la lealtad hacia ti. Así que me contenté con amarla en silencio y pensar, en un triste consuelo, que su felicidad a tu lado, era mi felicidad también. La amo incluso ahora, cuando ya tiene el pelo encanecido y su piel está arrugada. Te diría que la amo más ahora, porque, una vez pasados los años de su belleza física, puede iluminar los días de quienes la rodean sólo con lo mejor que tiene: su alma.

*Eso es todo. Recibe mis muestras de amistad y afecto,
Javier*

Volvió a doblar el papel cuando terminó de leerlo. Quedó unos instantes pensativo, mirando al techo, con los ojos perdidos en el blanco de su superficie. Su boca se encogió en un rictus de rabia contenida. Y se reprochó como nunca antes lo hiciera ni nunca después su inmensa cobardía, esa cobardía que le impidió dar un paso en un momento ya lejano de su vida, cuando estuvo a punto de divorciarse de Natalia para irse con aquella mujer excepcional que se cruzó en su camino, con la que vivió una pasión vivificadora y a la que dejó partir por miedo a romper con Natalia y con la vida acomodada que llevaba a su lado.

Rompió la carta en diminutos pedazos y la tiró en una papelera camino de un hogar que hacía tiempo no

era un hogar y de una esposa que hacía tiempo no era una esposa.

El esclavo

A los esclavos nos está prohibido tener vida propia. Dicen que es natural que esto sea así; pero yo creo que no es cosa de naturaleza, sino de los hados. Los dioses me han destinado a la esclavitud, no la naturaleza, y debo acatar su voluntad. Fundamentalmente, porque no hay modo de escapar a sus designios. Pero mi cualidad de esclavo no me impide elaborar mis propias apreciaciones a partir de lo que veo. Aunque tenga que callarme y no revelarlas a nadie. Los tontos sobreviven mejor que los listos, siempre que no se cruce un dios en su camino. Que mi amo me cediera al Senado para que acompañara a los generales victoriosos no me dio más alegría que las funciones diarias en su casa. Ser esclavo doméstico tiene sus ventajas y, en este aspecto, no debo tener queja alguna. Peor están en las minas. Me tranquilizó pensar que la tarea encomendada se limitaba a estar de pie detrás del general en el carro que conducía, hundirme a su lado en el clamor del pueblo, mantener alzada con mi mano una corona de laurel sobre su cabeza y repetirle continuamente una frase: "Recuerda que eres mortal". El otro día, acostado y a punto de quedarme dormido, no sé por qué, me vinieron a la memoria las imágenes de los generales a los que he acompañado en estos últimos años. Son pocos, muy pocos. La carni-

cería que proporciona este honor es de tal magnitud que resulta complicado llevarla a cabo con asiduidad. Todos acabaron mal, porque acabaron creyéndose que eran dioses. Si no fuera porque a un esclavo no le está permitido tener vida propia, me preguntaría de qué sirve aplicar el esfuerzo de nadie en decirle a un hombre que triunfa eso de “recuerda que eres mortal”. Trabajo inútil donde los haya.

El viajero

Viajaba mucho porque le gustaba más que ninguna otra cosa en la vida. En sus cincuenta y dos años había recorrido buena parte del mundo. Pero esta actividad exigía un enorme gasto de voluntad. El hombre tenía pánico a lo imprevisto, a lo desconocido. Las semanas previas a su partida dedicaba largas horas a imaginar los innumerables contratiempos que podrían sobrevenirle en el curso de su ruta. Con el tiempo y la experiencia se fue dando cuenta de que las contrariedades siempre surgen durante cualquier viaje, pero que nunca son las que uno se teme. Por mucha imaginación que vertiera sobre sus planes, casi nunca llegaban a producirse los temidos acontecimientos que preveía. Si se sobrecogía pensando que sus maletas serían extraviadas en alguna de las escalas del viaje, ese hecho no sucedía. Sin embargo, podía ocurrir que el avión se averiara y losdejara tirado en un aeropuerto perdido a la espera de un aparato de repuesto. Si se llevaba una pequeña farmacia en la maleta a la espera de sufrir alguna rara enfermedad, el viaje discurría sin un mínimo resfriado, ni una simple rozadura en sus pies. Sin embargo, podía dar con una azafata estúpida que le derramara el café sobre su ropa y le obligara a descender de la aeronave con un inmenso lamparón sobre su barriga, un drama para alguien

tan escrupuloso de su aspecto como él. Y así siempre. Intentó extirpar de su mente el desasosiego, pero como es natural en los humanos, la mente pudo más y terminó por resignarse. Aceptó la zozobra, pero se sentía orgulloso de que sus miedos no pudieran más que sus deseos. Un buen día, a la edad de cincuenta y dos años, por fin se cumplió una de sus premoniciones, la que más le agarrotaba en los días anteriores a su salida. El avión en el viajaba rumbo a Sydney se estrelló.

Los vigilantes del harén

Su marido se había dedicado desde siempre a ese trabajo. Se encargaba de suministrar al palacio del sultán toda clase de verduras, hortalizas y frutas. Lo llevaba haciendo desde el punto más lejano al que alcanzaba su memoria. Antes, su padre había empleado la vida en el mismo trabajo y el padre de su padre también. Aquel día no pudo acudir a su tarea diaria. Un dolor en la espalda le impedía moverse. Los hijos varones estaban en el campo recogiendo los productos que luego vendería en las cocinas del palacio. Por una vez su esposa se vio obligada a hacerse cargo del negocio familiar. Estambul estaba lleno de buitres que acechaban cualquier debilidad de los suministradores oficiales para ocupar su lugar. Los abastos de su marido no debían faltar jamás a la cita diaria ante las puertas de la corte. Puestas así las cosas, se ajustó el velo, organizó la expedición y se puso al frente camino del harén. Tocaba abastecer las salas en las que se preparaban cada día los manjares destinados a las favoritas del soberano. Tras cruzar el umbral que daba acceso a las cocinas, la esposa del comerciante fue requerida por un trío de eunucos negros que junto a una mesa parecían aguardar su llegada. La mujer se adelantó. Pero no era ella a la que querían ver los sirvientes, sino su cargamento. Depositados a sus pies

los capachos y sacos, fueron extrayendo calabacines, pepinos, zanahorias, nabos y cualquier cosa que tuviera una forma similar. Acumulados sobre una mesa, los tres eunucos se enfrascaron en la tarea de reducirlos uno por uno a rodajas. La intriga que se marcó en el rostro de la mujer fue percibida por una joven que estaba en su proximidad. La tomó del brazo discretamente y en un aparte le dijo: "Lo hacen para evitar que las mujeres del serrallo se den placer unas a otras." La esposa del comerciante enarcó las cejas y arrugó la frente. Había comprendido. "Si hay alguien" replicó en voz muy baja "más ignorante que un eunuco sobre el placer de la mujer, ése es sin duda un hombre. Aunque sea el mismísimo sultán de los otomanos." Sonrió, se volvió, con un gesto decidido ordenó a sus trabajadores que recogieran todo y salió de la cocina del harén con tanta dignidad como entrara. Por el camino de vuelta pensó compasiva en las malas pasadas que la arrogancia masculina les juega a los hombres.

Pigmalión y Galatea

Tres matrimonios, varias mujeres con las que viví bajo un mismo techo, algunos hijos, creo que algún nieto y próximo a los sesenta años. Éste es un resumen abreviadísimo de mi vida sentimental. ¿Cuántas mujeres han pasado por mi vida? No lo sé. Si elimino los numerosos encuentros insustanciales, quizá pueda afirmar que ha habido seis. A todas las amé hasta donde mi sinceridad puede alcanzar. A algunas dejé de amarlas; otras dejaron de amarme a mí. La conclusión que extraigo de mis relaciones con el otro sexo no pueden ser más desoladoras. Pero al final, a estas alturas de mi vida, he encontrado por fin la mujer ideal y puedo descansar cada noche abrazado a su pecho, envuelto en un sopor bendito. ¿Que cómo lo he conseguido? Fácil. Hasta para esto los japoneses son los más ingeniosos. Después te daré la página de internet donde podrás informarte en detalle. Por una cierta cantidad de dinero (reconozco que nunca son baratas las mujeres, ni siquiera en este caso) ellos te fabrican una con las características que tú les dictes y, si lo deseas, hasta te proporcionan diferentes sistemas de audio para que hables con ella cuando te apetezca. Desde el punto de vista material son más delicadas y suaves que las auténticas. Nunca envejecen, nunca acabarán ajadas y, lo que es más importante, hablarán

cuando tú desees y callarán cuando tú lo estimes oportuno. Estos japoneses, amigo mío, son únicos. Cuando vengas a casa te presentaré a mi Galatea y verás qué buenas migas hacéis, pero no me la pidas porque no pienso prestártela. A ésta sí que le seré fiel hasta la muerte.

Gandhi

“No es tan difícil expulsar de tu casa a quien no tiene ya más alternativa que marcharse. Lo difícil es echar a quien no tiene intención alguna de irse”, pensó el sargento mientras observaba en posición de firmes cómo descendía por última vez la Union Jack.

Arquíloco de Paros

Los espartanos viven para la guerra; nosotros guerreamos para vivir. Ellos nacen y mueren con una lanza en sus manos; nosotros la soportamos porque no tenemos otro camino abierto ante nuestros ojos. Ellos no tienen más familia que sus compañeros en la formación de hoplitas; nosotros podemos tener nuestras familias además de quien se pega a nuestro hombro y nos protege con la mitad de su escudo mientras avanzamos contra el enemigo. Sus madres, hermanas, esposas, hijas les dicen que regresen victoriosos con el escudo o convertidos en cadáveres sobre su escudo mientras es portado a hombros por sus compañeros; nuestras mujeres, si hay alguna a la que le importemos, sólo nos dicen que volvamos. ¿Veis por qué nunca añoraré no haber nacido espartano? ¿Comprendéis por qué no me gustan los espartanos? Mi escudo quedó sobre un matorral. Lo arrojé mientras huía para salvar mi vida. Algún enemigo se ufana con él. ¿Pensáis que me importa? Con el dinero de la paga me compraré otro mejor y todavía me sobrará para invitaros a vino. Celebraremos mi hazaña como auténticos héroes dignos de Homero.

Idea fuerza

Transcurría la víspera del día en que comenzaba el curso. Era la universidad de verano. Rondaba la idea que se le había ocurrido en el momento de preparar su intervención. Satisfecho, el reputado catedrático la repitió en voz alta varias veces: “del mismo modo que a todos los hombres heterosexuales de género masculino les gusta el fútbol, cualquier persona de buenos sentimientos es de izquierdas.” Éste sería el núcleo de su interesantísimo curso estival.

El samurái

Vagaba de ciudad en ciudad, de taberna en taberna, mendigando a la puerta de los templos o en las calles más concurridas. Mientras otros entregaban su vida a las batallas y las glorias, el viejo samurái se entregaba al sake. Nadie conocía su identidad y sólo los muy perspicaces se daban cuenta de quién se escondía detrás de ese cuerpo enjuto, esas manos reseca y esa mirada ahora huidiza. Era un viejo samurái que un día vio morir a su señor delante de sus ojos. Cuando el honor requirió el suicidio ritual, el samurái, que nunca había retrocedido un paso, pensó en la hermosa Asako, en su piel perlada de sudor, en esos labios apretando su boca, en su cara contraída. El viejo samurái prefirió que fueran las manos de Asako las que dieran cuenta de su cuerpo. Pero en vez de amor Asako le dio desprecio. Desde entonces, vaga por las calles, de ciudad en ciudad y de taberna en taberna.

Epitafios

Era especialista en epitafios. Las horas se acumulaban sobre su espalda mientras estudiaba con pasión sus infinitos matices. No eran epitafios en general, sino aquellos que fueron escritos en griego durante la Antigüedad. Los estudió desde todos los puntos de vista posibles: sintáctico, morfológico, fonético, histórico, social, literario, retórico. Redactó sobre el tema artículos y libros sin cuento. Asistió a congresos, jornadas, cursos y cursillos donde era el principal experto. Era admirado por sus colegas y sus alumnos. Su vida se nutría de los epitafios griegos. Nunca se le conocieron amoríos ni se casó y descuidó a su familia. Contaba con compañeros de la facultad, pero no con amigos y vivía en una residencia universitaria donde sólo era conocido como el profesor de griego especialista en epitafios. Por supuesto, redactó uno en griego para su tumba. Lo estuvo retocando cuidadosamente durante toda su vida. Lo conservaba en uno de los cajones de su escritorio junto a muchos otros documentos. Y allí se quedó, entre viejos papeles que alguien tiró. Sobre su tumba no constan más que un nombre y dos fechas.

El nuevo Aquiles

Hay muchas maneras de ser un héroe. En la Antigüedad los héroes siempre acababan mal. Morían generalmente de forma poco agradable. Hoy en día la condición de héroe puede manifestarse de otros modos. Es evidente que siempre hay una persona corriente que durante un incendio se comporta valientemente y salva a un bebé. En este tipo de actuaciones no siempre el héroe acaba muerto y puede disfrutar de algo que a los héroes les encanta, el reconocimiento. En nuestros días se puede ser como Aquiles sin morir joven y con las manos llenas de sangre. Que se lo digan a Joaquín, si no. Con veinte años sólo y una timidez que rebosaba por cada poro de su piel, no conocía de la vida más que las películas, los libros y lo que su fantasía había elaborado a partir de viejas historias de héroes como Héctor, Aquiles, Orestes u Odiseo. Hay otras formas de ser héroe en nuestros días y no es necesario el reconocimiento de los demás; basta con el propio. Bien lo apreció Joaquín una tarde de otoño cuando entre el crujido de sus pies sobre las hojas muertas se atrevió a proponerle a Marta, una compañera de facultad, salir el sábado siguiente por la tarde a tomar un café por ahí.

El obispo

Monseñor se acomodó en su sillón favorito. Una luz de atardecer se filtraba por los cristales de su despacho en el palacio episcopal. Leía su periódico de cada día. En las páginas sobre ciencia encontró un artículo. La experiencia denominada “viaje astral” no era sino el resultado de una concreta configuración de ciertas neuronas. La conclusión la habían extraído unos científicos norteamericanos. Detuvo su lectura momentáneamente. Miró por la ventana. “Al final siempre hay un neurólogo que liquida todas las fantasías”, meditó mientras alargaba la mano. Posó los dedos sobre una copa llena de su coñac favorito. La luz del atardecer se filtraba por los cristales de su despacho en el palacio episcopal.

Lord Byron

La figura de Lord Byron es de sobras conocida, no sólo por los interesados en la literatura de lengua inglesa, sino por cualquier persona dotada naturalmente de esa sensibilidad que nos hace apreciar la belleza tanto en las letras como en el resto de las bellas artes. Fue un individuo apasionado, extremo en sus vicios y virtudes, de una refinada impulsividad, aristocrático, artista perspicaz, hombre de su tiempo en todos los sentidos del término y poseedor de otros muchos rasgos que conforman una personalidad atractiva cuyo fulgor no ha dejado de agitar nuestros espíritus desde que sus obras vieron la luz. La mezcla acrisolada en su carácter de romanticismo y de educación inglesa ofreció como corolario su afán por dirigirse a Grecia. Su ardor romántico lo impulsaba a las causas nobles, al heroísmo, a entregarse en el torbellino de un nacionalismo emergente que su Gran Bretaña natal le vedaba por causa de su estabilidad política y su poderío, aspectos que se sumaban a la anodina e insustancial existencia de una burguesía en crecimiento y una aristocracia anquilosada. Igualmente, la formación fuertemente clásica de las élites británicas hacía que el nombre de Grecia resonara en sus corazones con los tañidos de preciosas cítaras y los aires de las flautas dobles. Los nombres de mil y un

personajes imprescindibles de la vieja Hélade eran sentidos como mancillados por las manos de los turcos, decadentes muestras de una civilización embrutecida. Con fervor, como hijo de su época y dando ejemplo de una fidelidad radical a su forma de ser, Lord Byron se embarcó rumbo a Grecia para combatir por su liberación y para restaurar el antiguo esplendor de las tierras de Homero. Luchó algo en aquellas tierras y sus andanzas son conocidas por todos. Hay, sin embargo, un dato relevante de su biografía que hasta ahora ha sido obviado por los estudiosos de este apasionante personaje. Sabemos de una carta que su ayuda de cámara redactó al día siguiente de su fallecimiento. La muerte de Lord Byron fue provocada, como es sabido, por unas fiebres contraídas a causa del lugar pantanoso e infecto en el que se desarrollaba su misión salvadora. Por esa carta sabemos que Lord Byron pronunció unas últimas palabras antes de fallecer y de entrar por la puerta grande en las páginas de la historia. Esas palabras han sido recuperadas, afortunadamente, por un investigador y nos dan otra visión de nuestro héroe. “¿Quién coño me habrá mandado venir a dejar mis huesos en esta puta cloaca junto a esta gentuza?”. Apasionante, sin duda, como siempre nuestro Lord.

Negocios

Nunca fui un intelectual. Los libros se me caen de las manos y apenas puedo leer con detenimiento las páginas deportivas de algún que otro diario. No me gustan las letras y procuro restringir su uso a lo esencial en la vida diaria. Mario es diferente. A él sí le gustan los libros. No sé si podríamos llamarlo intelectual, porque no tengo una idea clara de lo que esa palabra significa. Sólo sé que no da el tipo. Ni es pedante, ni sienta cátedra cuando habla, ni pretende dominar con su vocabulario una charla intrascendente con los amigos. Quizá sea un intelectual modesto. En una ocasión nos dijo que la ilusión de su vida era montar una librería. Le dijimos que iba listo. Ese negocio probablemente sea el más ruinoso de los tiempos que corren. Entre internet, la televisión, el evidente desinterés de este país por la lectura, lo poco que aprenden los chicos en el colegio y mil razones más que se hubieran podido añadir si entendiéramos algo más del mundo editorial, ponerse al frente de una librería es una locura. Pero Mario ha tenido suerte. Llevaba una eternidad como profesor contratado en la universidad y no había visos de que sacaran pronto su plaza a oposición. No le angustiaba esta situación. No tiene familia a la que mantener, no sale más que los fines de semana y cuenta con algunos pocos y fieles

amigos entre los que me encuentro yo. Ha tenido suerte. Mario tenía una tía solterona, rica a más no poder, solitaria, gruñona pero con una intratable debilidad por su sobrino. Había otros competidores en la carrera por su herencia. O bien no supieron jugar sus cartas, o bien simplemente, el desinterés de Mario por el dinero afirmó el cariño de su tía. El resultado fue ver a Mario saltando de alegría (¿para qué disimular un dolor que no sentía por la muerte de su pariente?) al verse regado con una buena cantidad de dinero con la que, sinceramente, no contaba. Y montó su librería. Una librería muy particular. La segunda parte del deseo que siempre expresaba Mario nunca se la creímos. Tras revelar su ilusión por ser librero añadía seriamente que no quería el negocio para vender libros solamente, sino para encerrarse en la tienda y pasar el resto de su vida leyendo los libros que se suponía debía vender. Ante nuestro estupor, lo que no parecía sino una exageración propia de un momento de carga alcohólica, Mario lo cumplió hasta el final. Dejó la universidad, levantó su librería y cuando cumplía con sus austeras expectativas de ingresos, cerraba las puertas, se encerraba dentro y se enfrascaba en el disfrute del género comercial que se esperaba iba a vender. Este negocio me dio una idea mejor. Mario siempre tuvo la virtud de aclararnos las ideas a sus amigos cuando nos sentíamos confusos. Yo no estaba confuso, sino harto de lo que hacía en mi trabajo. Así que me arriesgué y he montado mi propio negocio.

Abro sólo los fines de semana. Me sobra para vivir. El resto del tiempo, me encierro solo o con mis amigos y me dedico a disfrutar con placer de mi género comercial. Nunca fui un intelectual y los libros se me caen de las manos, pero lloro de gusto cuando pruebo un buen whiskey o un coñac gran reserva. Por eso monté un pub.

Jubilación (14 de Abril de 2119)

Al deslizarse, la puerta exhaló un mullido susurro. Se sumergía por una ranura perdida en el interior de la pared. Avanzó hacia un sillón que enseñoreaba el espacio tras una mesa. Se sentó, tomó unos auriculares, su videoteléfono móvil y dijo un número.

– Cinco, seis, nueve, tres, tres, ocho, siete, cinco, nueve.

– (...)

– Hola, Luis.

– (...)

– Mira, quiero terminar hoy con el asunto de ese profesor del centro número 35. Tienes que darle el visto bueno y mandarlo a la sección de personal.

– (...)

– Sí, ese al que le faltan dos años para jubilarse y que lleva casi un año de baja.

– (...)

– Una depresión.

– (...)

– Aurelio Montero

– (...)

– De lengua y literatura. Ya sabes, es uno de los pocos que van quedando de aquel plan.

– (...)

– He pensado en aprobar su jubilación anticipada. Sólo le quedan dos años para irse y mis informes sobre sus últimas actuaciones en clase no dejaban de ser preocupantes.

– (...)

– Pues que se empeñaba en enseñarle a sus alumnos cómo leer textos literarios. ¿No te parece absurdo a estas alturas?

– (...)

– Es lo que yo digo. Mejor que se vaya y nos deje tranquilos a nosotros, a sus directivos, a los padres y a los alumnos. Hoy en día sólo en alguna universidad se enseña a leer. Es una idiotez pretender que lean novelas cuando las que merecen la pena ya están rodadas en películas, series y demás material.

– (...)

– Estamos hartos de dejarles claro a esa gente que los tiempos van por otro camino. Nada, parece que tienen una pared por oído y otra por cerebro.

– (...)

– Claro. Cuenta con un cierto apoyo de sectores reaccionarios y catastrofistas. Lo de siempre: que el nivel cultural desciende y demás tópicos. Nada que no te suene conocido.

– (...)

– Por supuesto. Ni caso. Tenemos a la sociedad con nosotros y el poder de decisión. Con esto basta y sobra.

– (...)

– En principio, les enseñaba a leer. No se conformaba con lo que se exige. No acaban de enterarse de que con poder leer los nombres propios, con los números y el sistema internacional de símbolos es más que suficiente.

– (...)

– Son unos reaccionarios, simplemente. Pura car-cundia. No quieren darse cuenta.

– (...)

– Justo lo que yo digo. Mucha suerte tienen, porque en una empresa privada sencillamente se les echaría a la calle con lo puesto y que se buscasen la vida, a ver dónde iban con una titulación en letras.

– (...)

– No me he dado cuenta... pero sí, es buena la bro-ma. Hoy en día con las letras no se hace nada de nada. Poco futuro les queda, jajajaja.

– (...)

– Propondré la pensión mínima. De todos modos, como lleva mucho tiempo trabajando será generosa. No creo que pueda quejarse. Puede dedicarse a... escribir, jajaja. Lo mismo encuentra algún tarado como él que lea lo que emborriona.

– (...)

– Te envío el informe. Perdóname la voz que tengo cuando lo escuches. Ayer estaba afónico.

– (...)

– Sí, el aire acondicionado. Fuera hace calor, sudas y cuando entras aquí coges frío.

– (...)

– Lo puedes comprobar. Mi voz está ya repuesta, así que voy a aprovechar y voy a dictar algunos documentos a mi ordenador.

– (...)

– Pues entonces te dejo. Hasta luego, Luis.

Bond, James Bond

El personaje de James Bond fue creado por el novelista Ian Fleming a inicios de los años cincuenta del siglo pasado. Sus andanzas son de sobra conocidas tanto por el público aficionado a las películas, como por quienes han traspasado el marco de la pantalla cinematográfica y se han sumergido en las páginas originarias. Lo que todo el mundo parece ignorar es que la inspiración acerca de ese prototipo de agente secreto no le vino por ciencia infusa a su creador en un día soleado, allá por Jamaica, en su finca, llamada como todos saben *Goldeneye*. Los amigos más íntimos de Ian Fleming sabían que la historia primigenia sobre los orígenes del agente secreto bebía de una fuente más real que la imaginación del escritor. Hay en las aventuras de James Bond un personaje secundario pero encantador. Se trata de la secretaria del jefe, la famosa Moneypenny. Todos saben que está enamorada del seductor, que lleva en un secreto apenas oculto su pasión y que el objeto de su adoración apenas si tiene hacia ella unas palabras de burlesca camaradería. Aquí la realidad se imbrica en la ficción. James Bond existió realmente, aunque la imaginación de Fleming lo adornó con rasgos que exageraban su carácter y avatares. La secretaria también, aunque bajo otro nombre, claro está. De alguna manera,

llegó a sus oídos el final del implacable James Bond. Money Penny, harta de las bromas del individuo y de su desprecio hacia el amor que sentía, dio en actuar de modo muy femenino y en una de las misiones que le fueron encomendadas al espía, trastocó algunas de las instrucciones de manera que el agente 007 pereció a manos de un espía soviético. Todo esto nos lleva a dos conclusiones. La primera es que nunca debemos despreciar a una mujer enamorada. La segunda es que Ian Fleming era machista. La auténtica historia de James Bond no le sugirió un relato de pasiones frustradas, sino una saga de aventuras muy muy masculinas.

Epicuro

Una de las sentencias más rotundas de Epicuro era aquella que rezaba: “La muerte nada es para nosotros, porque cuando nosotros estamos, la muerte no está y cuando la muerte está, nosotros no estamos”. Con estas palabras el viejo maestro declaraba indirectamente su convicción acerca de la caducidad de todo lo humano, incluida esa entelequia que se ha venido en llamar desde tiempos remotos “el alma”. Epicuro se mostraba como materialista y esta postura vital era responsable de que sus doctrinas fueran censuradas y entregadas al olvido por los cristianos. Ya los primeros teólogos de la nascente iglesia condenaron los pensamientos del filósofo y sus seguidores. Junto a esta opinión acerca del ente denominado alma se desarrollaba entre sus escritos la idea del absoluto desapego que los dioses manifestaban hacia todo lo humano. Ambos preceptos destinaban a Epicuro al infierno de los paganos más recalcitrantes y no tanto aquella prescripción originaria de la búsqueda del placer. El propio maestro decía contundentemente que la cima de todo goce era un pedazo de queso y un higo tomados en compañía de buenas amistades envueltas en las volutas de un diálogo perspicaz sobre lo trascendente, sobriedad que aproximaba sus concepciones a la austeridad apostólica.

Esta ocultación resulta, sin embargo, bastante desafortunada si tenemos en cuenta que entre los anales que los discípulos del filósofo dejaron escritos figura un texto que desapareció inmediatamente del *corpus* filosófico original. Su conocimiento hubiera dado un giro tanto a las opiniones de los seguidores del Jardín como a los censores del cristianismo antiguo. Uno de sus alumnos favoritos llamado Polidectes recogía en su escrito que al poco de morir el filósofo tuvieron lugar en el recinto de la escuela unas fantasmales apariciones que todos identificaron fácilmente como el ectoplasma del querido maestro. Estos fenómenos provocaron una conmoción entre las filas de los adeptos porque contradecían uno de los dogmas más firmes de la doctrina. Pero más desconcertante aún les resultaba a sus pobres seguidores que aquella sombra se mostrase muy enojada contra sí misma y contra quienes habían asumido sobre sus hombros la tarea de conservar y difundir el legado de la filosofía epicúrea. Durante bastante tiempo se dedicó a complicar de mil maneras distintas la existencia diaria de su gente. Entre sus hazañas estaban la presencia de gusanos en el queso y la rápida putrefacción de los higos. También se le achacaban los extraños movimientos de triclinios, mesas y objetos durante las prolongadas conversaciones acerca del mundo físico que por norma escolar se debían celebrar con asiduidad. Los discípulos comprendieron pronto que aquellas obras se debían a la intervención del maestro porque cada vez

que alguien descubría las provisiones en mal estado o eran víctimas del *poltergeist* durante la liturgia, se oía una carcajada retumbando entre las columnas del pórtico que rodeaba el jardín de la escuela. Hasta que un buen día desapareció del escenario y nunca más se supo. Una vez superada la primera reacción de estupor, la organización se repuso, se reafirmó en los dogmas establecidos y entregó a la posteridad un conjunto doctrinario que mostró gran vitalidad en los siglos posteriores. La obra de Polidectes quedó perdida entre el polvo de los viejos papiros de la escuela y nunca llegó a manos de los adeptos posteriores ni de aquellos cristianos de los primeros tiempos que apartaron a Epicuro del mundo de los aceptados por Cristo en su seno celestial. Fue una gran pérdida, porque de haberse sabido a tiempo, hoy en día quizá el santoral hubiera contado entre sus filas a un San Epicuro. O tal vez no, porque jamás hubiera habido una escuela epicúrea. Quién sabe.

Calzadas romanas

Al servicio de Roma; toda mi vida no ha sido más que un continuo ir y venir al servicio de Roma. A lo largo de mis muchos años como funcionario, inspeccionando la recaudación de impuestos, levantando informes sobre la agilidad o pereza de los contribuyentes, siguiendo la pista de municipios morosos y de particulares remisos, de comerciantes olvidadizos y de terratenientes esquivos he recorrido con mis pies, a lomos de mulas o en carros que me destrozaban los riñones no sé cuántas millas de calzadas. He pisado las tierras de Bitinia, Cilicia y Capadocia. He transitado por Hispania y Galia, por Palestina, Egipto y hasta he pasado el mar para internarme en las umbrías de Bretaña. Por todas partes he encontrado a legionarios y en todos los lugares he dado con alguien que ha entendido mi lengua. Y todos han pagado lo que debían pagar. Te sería difícil calibrar cuánto pesa un simple sello en las mentes de los hombres. Comprenderás que pocos acontecimientos u objetos pueden ya sorprenderme después de este largo recorrido en vida y en millas. Animales los he contemplado con toda suerte de características, con cuernos y sin cuernos, con piel, con lanas o escamas, con dientes y sin dientes, con garras y sin garras; de colores y sonidos como nunca puedas imaginar y exhibiciones de poder

como es difícil concebir. Admito que me tildes de fantasioso cuando te describo los fenómenos que he podido observar con mis ojos y los ruidos que he podido escuchar con mis oídos, los manjares que he podido disfrutar y las bazofias que he tenido que tragar. Pero no aceptaría que dudases del hecho que me causó la mayor impresión de todo aquello a lo que he asistido como testigo en los años completos de mi existencia. Ocurrió un día de otoño, en la Galia, en el extremo de esa tierra agraciada por los dioses. Me perdí. Montaba una mula y detrás de mí marchaban dos esclavos también sobre mulas y terminaba la comitiva otra que transportaba documentos. Iba pensando en mis asuntos, distraído, cuando me di cuenta de que la calzada romana, nuestra calzada, terminaba. Más allá el bosque de robles y abetos luchaba por empapar de verdor un cielo plomizo. Nunca experimenté nada igual. Nunca sentí mayor estupor.

Epitafio de un veneciano en Anatolia

Por amar a la Serenísima República y su gloria yazgo
aquí, en tierra extraña, añorando por toda la eternidad
los brazos de mi amada.

El seductor

Ya son dos y nadie me asegura que pueda haber una tercera. O una cuarta. Cuando Sylvia se acomodó en mi vida como lo hace un gato entre los cojines de su amo, la recibí igual que había permitido la entrada a otras antes que ella. La imagen de un gato me recuerda sus ronroneos al despertar, sus continuas caricias a lo largo del día y las manifestaciones suaves pero intensas en la ceremonia del amor. Pero no coincidía con los gatos en su conducta independiente. Sylvia dependía de mí hasta la extenuación. La conservé a mi lado porque me agradaba la molicie de su pasión y la esponjosa textura de su cuerpo. Hasta que me cansé y le dije que había dejado de amarla y que me marchaba. La contrariedad en su rostro y la ira en su reacción eran previsibles. Estas mujeres tan rendidas suelen ir concentrando el vapor de la sumisión y cuando el amado les ofrece la posibilidad de dejar vía libre a su expansión, la fuerza que despliegan es atronadora. Es en cierto modo una fatalidad, pero siempre les he gustado mucho a las mujeres. Cuando Edith intentó enseñorearse de mi mundo, le permití cierto juego porque me atraía. Era la compensación de Sylvia, su opuesto. Donde la primera mostraba delicadeza, ésta exhibía potencia; donde aquélla manifestaba sumisión, la segunda hacía ostentación de

autarquía. Fueron días feroces y noches asilvestradas. Hasta que me cansé y le dije que había dejado de amarla y que me marchaba. Habían sido dos entre muchas. Seguidas, una tras otra en el plazo de un par de años. Las dos se creían artistas. Una, escritora; otra, pintora. Las dos se han suicidado. Ya son dos y nadie me asegura que pueda haber una tercera. O una cuarta.

Pájaros

Muchos son los que albergan secretos inconfesables. Estas personas viven entre sus tentáculos. Son verdades adormecidas en algún desván de la memoria del que surgen inopinadamente, convocadas por cualquier señal del mundo exterior; o bien dan muestras de su existencia volviéndose patentes con asiduidad, al albur de una voluntad autónoma. El conserje de aquella delegación del ministerio tenía una faceta de su vida perfectamente conocida por todos los que lo rodeaban. Era una persona cumplidora con sus superiores, relativamente accesible a sus compañeros, aceptablemente amable con el público en general. Contaba, además, con una afición de la que todos sabían: los pájaros. En su casa, que pocos llegaron a visitar alguna vez, cuidaba de canarios, jilgueros, periquitos y demás especímenes que se adaptaban a una vida en cautividad. Cuando no tenía que trabajar, paseaba por los parques de la ciudad y se le podía ver dando de comer migas de pan a los pajarillos. Otras veces se subía a su viejo utilitario y se enredaba por carreteras comarcales y senderos en busca de pájaros que observar. Podía reconocer el canto y las características de cualquier especie. No tenía aves malditas y para él tan bueno era un gorrión como un buitre. Plumas y alas, picos y patas eran sus pasiones y quienes

tenían cierto acceso a su vida lo admiraban por sus grandes conocimientos. Pero aquel conserje tenía un secreto inconfesable. Nadie jamás lo conoció. Ni siquiera ese sobrino lejano que a falta de esposa, de hijos o nietos, se presentó en su casa para hacerse cargo de sus cosas después de morir solo en una sala de urgencias de un hospital. Entre innumerables libros sobre pájaros, estampas y carteles, vídeos y discos, recortes de prensa y fotografías estaban escondidas una cinta de vídeo ya casi inutilizada de tan vista y un DVD ambos con idéntico contenido. Era una película. En concreto, *Los pájaros*, la famosa obra de Alfred Hitchcock.

El desertor

Atendía a sus cabras. Estaba sentado en tierra, apoyado contra el tronco de un viejo árbol a cuya sombra había pasado buena parte de su vida. Después de que sus animales pastasen le esperaban otras faenas de su granja y de sus tierras. Aguardando su llegada había un gran cerdo del que se sentía muy satisfecho porque iba consiguiendo un peso y un volumen cada vez más apetitosos. El huerto precisaba una buena poda de hierbas y aumentar algo el riego. Su pequeño almacén de quesos rebosaba de piezas cuyo olor impregnaba todo el entorno del cobertizo. Miró al cielo y predijo algún chubasco. El vientecillo fresco del atardecer traía aromas de humedad. El estómago le avisó con un gruñido de que se estaba acercando la hora de la cena. Su imaginación revoloteó entre las delicias del guisado que su mujer le tendría preparado y se solazó ante la visión anunciada de sus tres hijos y su hija alrededor de la mesa y del fuego del hogar. Repentinamente, las cabras iniciaron asustadas un movimiento de repliegue. Se levantó y se dispuso a investigar. Entre unos matorrales, a poca distancia del rebaño, un bulto de color grisáceo se removía. Aferró con fuerza el cayado y armó de determinación su mano. Si era un alimaña, daría buena cuenta de ella. Pero se trataba de un pobre hombre aterrado, hambrien-

to y desharrapado que con sus ojos le suplicaba que se abstuviera de golpearle. Sus manos se tendieron pidiendo un trozo de pan. Le habían hablado de que últimamente aparecían algunos en idénticas condiciones por los alrededores. Estas sombras venían del otro lado de las montañas, del país vecino, donde los hombres se habían lanzado unos contra otros a degüello. “Soy un desertor” le dijo suplicante el hombre en un idioma que comprendía porque desde siempre había tenido tratos con las gentes del otro lado de los montes. Lo ayudó a levantarse decidido a darle de comer antes de entregarlo a las autoridades. Mientras sostenía su cuerpo enclenque y aterido vislumbró una mirada inteligente en sus ojos y pensó en los animales, en la familia y el huerto que aquel pobre ser humano había tenido que dejar atrás.

Apolo y las musas

Los dioses son capaces de lo que nosotros no somos. Y no sólo porque accedan a la inmortalidad. También su fuerza es superior y su potencia para hacer el mal y el bien. No debemos extrañarnos de que pudiera mantener en su séquito a nueve mujeres.

El pastor

Entonaba el canto un amasijo de personas. Las había de todas las edades y condición. Niños, jóvenes, adultos y ancianos; pobres, mesócratas y ricos; obreros, profesionales liberales y empresarios se comprimían unos contra otros para obedecer las órdenes, como si fueran un rebaño. “El señor me pastorea y nada me faltará. En un lugar frondoso, allí me levantó la tienda; al remanso de las aguas me hizo crecer.” Una voz profunda imponía su torrente por encima de un murmullo que destilaba palabras de angustia. Iban entrando más y más personas. Casi no se cabía ya. El rugido potente de aquél que parecía arrogarse la dirección del coro tenía fácil vencer al resto de las voces. El calor comenzó a abotagar las gargantas y a evaporar el sudor que el pánico había hecho destilar por los poros de la multitud. Todos seguían a quien marcaba la salmodia. “Se ocupó de mi alma. Me condujo por sendas de justicia gracias a su nombre. Pues aunque camine en medio de una sombra de muerte, no temeré los males, porque tú estás conmigo: tu bastón y tu cayado, éstos me confortaron.” Alguien cerró con estrépito de hierros el portón y al otro lado se percibió el chirrido de pestillos y pasadores. Las tinieblas se enseñorearon del lugar. Un hiriente color negro, un olor a hierro y a metal inundaron las pupilas y el

olfato de la masa. Las bocas se secaron y las almas retornaron a días olvidados de una infancia sentida en desamparo. "Preparaste ante mí una mesa frente a quienes me atormentaban; ungiste con aceite mi cabeza, mientras también tu copa me embriagaba con todo su poder. Y tu compasión me perseguirá todos los días de mi vida y mi morada en la casa del Señor se extenderá a lo largo de los días." Como un injusto golpe propinado por un árbol al caer, los presentes notaron penetrar por su respiración algo que salía siseante de unos conductos que nadie podía ver. Y la sombra de la muerte cayó sobre todos los que se acurrucaban entre sí, y lo último que oyeron fue la voz poderosa del rabino que elevaba la salmodia por encima de su esperanza.

El vendedor de lotería

“Pobrecillo, sin duda, pobrecillo. No voy a ser yo quien me dedique ahora a criticarlo.” Era un mujer madura, con pelo teñido de rubio, con ropa de señora y ademanes amplios la que hablaba. La rodeaba un discreto número de clientes en un bar de medio pelo con aspiraciones. Al otro lado de las cristaleras, una compañía de soldados hacía la instrucción. “Tienes razón en muchas de la cosas que dices y de cara al resto de la gente quizás sea totalmente cierto porque era la imagen que daba. Sé que tenía muy buena fama.” La miraba fijamente otra mujer que se diría contaba con los mismos años, aunque no estaba teñida y vestía con una camiseta y unos pantalones vaqueros. “Dices que la gente lo quería, que mamá lo quería, que tú lo querías. Conozco perfectamente la lista de sus cualidades, sus esfuerzos durante toda la vida por sacar adelante a su familia, por darnos una vida mejor de la que él llevó, por sus múltiples trabajos mal pagados y su jornada laboral que nunca tenía fin. Todo eso entra en lo que se espera de cualquier padre con un mínimo sentido de su responsabilidad. También acepto el hecho de que fuera normal su inexpresividad en el cariño. No estoy tan fuera del mundo como para no reconocer que a los hombres de su generación no les enseñaron a manifestar debilidades

y el cariño para esa mentalidad es una prueba de debilidad." Sorbió un poco de su té con limón. Su acompañante la imitó y bebió algo de su café solo sin azúcar. "Nunca entendí su humor, ése que tanta gracia te hacía a ti y que provocaba un gesto de resignación en mamá, ése que lo convertía en el centro de las reuniones familiares y de las fiestas con amigos. ¿No crees que me daba cuenta de la mirada que me echaba cada vez que resistía con mi seriedad las pretendidas muestras de ingenio que repartía continuamente? No, no eran de reproche, lo sé. Eran miradas que intentaban decirme algo así como que yo no tenía remedio, que estaba en otra onda, en otra galaxia respecto a él y a ti." Se miró sus uñas pintadas de rojo y se rascó ligeramente la mejilla para no levantar el maquillaje. "¿Te parece que es vida levantarse cada mañana con el peso en mi conciencia de que no lo quise, de que no lo comprendía, de que mi lugar a su lado no era mi lugar? ¿Era vida pensar cada mañana, desde que tuve uso de razón, que debía escapar y buscarme un mundo propio donde no hubiera esa austeridad de convento que nos imponía con su actitud y con su escasa capacidad de ambicionar algo mejor en la vida para él y su familia? Porque estarás conmigo en que uno de los asuntos que continuamente se trataba a sus espaldas era su falta de interés en aprovechar las muchas oportunidades de mejorar las condiciones de vida que desperdició. Y lo hizo porque sí, porque le dio la gana." Suspiró mirando al techo. En el

exterior, alguien gritaba órdenes de mando mientras un tambor asentía empecinadamente. “¿Pero sabes lo que nunca le perdonaré? Ese sadismo tan suyo que consistía en presentarse cuando estaba con los oficiales en medio de la calle, disfrutando, riéndome, intentando cumplir mis proyectos de una vida más cómoda, sintiéndome admirada y atractiva. En aquella ciudad y en aquella época de asco era la única posibilidad de que una mujer prosperara. Venía con su sonrisa hipócrita, con la tira de décimos de lotería e intentaba vendérselos. No puedes imaginar la vergüenza que sentía y cómo se me clavaban en el alma los comentarios en voz baja que se hacían unos a otros, sus risitas cómplices, el gesto de generosidad de alguno que soltaba los veinte, los treinta, los cuarenta duros más una propina cuya finalidad solía ser recalcada con una mirada mal disimulada en dirección a mí. Y se iba tan contento, voceando su lotería como si no hubiera pasado nada. A mí nada me decía, sólo mantenía su sonrisa y sus ojos sobre mi rostro enrojecido. No me lo hizo una o dos veces, no. Me lo hizo muchas veces. Era lógico que me acordara poco de él después de mi boda y del traslado. En el lote del olvido entrasteis tú y mamá. Era inevitable. Los tres formabais parte de un mundo que sólo deseaba olvidar.” Poco más duró el monólogo porque no había mucho más que decir. Cuando terminaron el encuentro, la mujer hizo un gesto al camarero. “Cargue esto a la cuenta del sargento Flores.” Las dos se levantaron y se

marcharon del bar. Al otro lado de la cristalera, alguien con grandes voces gritaba al grupo de reclutas.

El psicoanalista

El doctor Thürmann fue homenajeado con toda clase de elogios, coronas de flores, lágrimas de familiares y laureles académicos. Su funeral fue seguido por lo más selecto del gremio. Muchos fueron los aspectos que se resaltaron en las palabras de los asistentes, tanto relativos a su carácter personal como a sus facultades profesionales. Se destacó su laboriosidad, su meticulosidad y su rigor. Igualmente, se mencionó su afabilidad y servicialidad respecto a los amigos y su amor hacia su familia. Pero el detalle más celebrado de su conducta fue el cumplimiento íntegro del principal de los rasgos que deben adornar a un buen psicoanalista. Sabía conservar tan impecablemente su posición como facultativo y fue tan imperturbable ante la dolencia de aquel paciente que recibió la puñalada sin mover un músculo de su rostro, sin levantar la voz, sin alterarse lo más mínimo.

El jubilado

La vida junto a los animales es muy dura. Las bestias no entienden de fines de semana, días festivos o vacaciones. Tampoco saben de desgracias familiares o de celebraciones. Ellas van a lo suyo, comer a diario, salir a diario, ser ordeñadas a diario. Paren cuando deben y enferman cuando les toca, sin atender a que uno esté disponible. Son veinticuatro horas sobre veinticuatro los trescientos sesenta y cinco días del año, año tras año. Y ésa ha sido mi vida desde que la recuerdo. Mi padre apenas me dejó ir al colegio. Era lo que había en aquellos tiempos e hizo lo correcto, para qué nos vamos a engañar. Había que comer y tener abrigo para el invierno. No hizo distinciones y los cuatro hermanos pasamos por el mismo camino. Luego la vida nos fue colocando a cada uno en su sitio y unos están en la capital, otros tienen sus tierras y otro, yo, me quedé con lo de mis padres. Me costó comprarle a mis hermanos su parte, pero lo conseguí. Ésa ha sido mi vida hasta donde me llega la memoria. Las bestias, mi familia y alguna distracción cuando me lo permitía el trabajo. He puesto a mis hijos en las mejores condiciones que he podido. Ninguno se ha quedado en el pueblo y han hecho bien, qué carajo. Esto no es vida. Y mi santa mujer nunca rechistó, ni siquiera en aquellos momentos en que regresaba

con algún vaso de vino sobrante en mi cabeza y lo pagaba con ella. Tampoco ésta era vida para una mujer como ella, tan buena, tan buena como es. Por eso hace mucho tiempo soñaba con el día de mi jubilación. Lo tenía todo planeado. Vendí las tierras y el ganado, vendí la casona y con el dinero que me dieron, compré una casa pequeña en el pueblo con habitaciones suficientes para cuando vengan mis hijos y sus familias. Pensaba pasar el resto de mis días disfrutando. Quiero ver el mar y pasar unos días con mi hijo, en la casa que tiene en la playa. Quiero ir a la peña a ver el fútbol y sobre todo jugar al dominó. Jugar mucho al dominó. Soy un hacha. Pocos en el pueblo me han ganado y a éstos se las tengo jurada. Algún día nadie podrá conmigo al dominó. Hace una semana me jubilé, ¿lo sabes? Una semana. Al día siguiente de mi última jornada me desperté con un peso quitado de encima. Había dejado todo arreglado hacía un mes, pero la fecha tenía su importancia. Me desperté a las cinco y media de la mañana porque tengo el cuerpo hecho a la hora, pero me quedé en la cama, junto a mi mujer, disfrutando de su calor. A las diez me fui a la peña. Iba dispuesto a invitar a todos los presentes y a retar a quien tuviera valor de enfrentarse conmigo al dominó. No llegué. A pocos metros de la peña, me dio un infarto. Me he salvado de milagro. Ahora los médicos me dicen que estoy muy delicado. Y no sé cuándo me darán el alta. No se cansan de torturarme continuamente los matasanos y compañía. Las

caras que me ponen todos cuando me hablan no me gustan nada. Mi mujer y mis hijos están demasiado atentos, demasiado. Por mucho que lo intenten, no se me escapa la sospecha de que me ocultan algo. No me gustan nada sus caras, nada de nada.

La decisión de Nicerato

Todos en la ciudad adoraban a Nicerato. En los banquetes se cantaban sus poemas al son de flautas. Cuando vencía un atleta, Nicerato le componía epinicios; cuando el amor abandonaba a Trifodoro, le dedicaba una elegía entreverada de nostalgia. Todos adoraban al poeta Nicerato. Era la gloria de los ciudadanos de Atenas. Cuando estalló la guerra contra los persas, el pueblo corrió a su casa y le pidió a gritos que compusiera cantos para acompañar los pies de los hoplitas en la marcha y en la formación de ataque. Nicerato, atravesado de fervor, entonó al instante un improvisado canto de amor a la patria. Las melodías del poeta acompañaron, semanas más tarde, el ritmo de los pasos en el camino al campo de batalla. En la asamblea los oradores terminaban los discursos citando sus obras y los magistrados lo invitaban a sus banquetes, donde entre copas y platos, se animaban unos a otros. El más ardiente era el general Cleónides. En su casa fue donde recibieron la lista de los muertos en la primera batalla. Era una noche de verano y la albahaca se rendía a la fragante música de Nicerato. Entre los caídos se hallaba el hijo único del anfitrión. Aunque intentó contener el llanto, las lágrimas vencieron su resistencia. Los demás invitados consolaron a Cleónides con palabras que aludían al orgullo

del deber cumplido. Una vez pasado el luto, Cleónides celebró un nuevo banquete al frescor de su jardín en memoria del valiente. También durante aquella velada, el mensajero entró con la lista de caídos. Esta vez la encabezaba el poeta. Y todos recordaron cómo tras aquella noche de verano, Nicerato se marchó a la guerra y combatió por su patria en la fila de hoplitas. Su último canto fue el gemido que envolvió el aire cuando le atravesó la garganta una lanza enemiga.

Plan de pensiones

Fueron muchos años durante los cuales no pasó día en que no me recordara que vivía gracias a su trabajo. Otra de sus cantinelas favoritas consistía en refregarme por las narices que él era mi seguro de jubilación. En otras ocasiones aparecía en casa con la ocurrencia de que la familia no era sino una pequeña empresa en la que él era el empresario; yo, su trabajadora y los niños, los clientes. Como verá usted, se trata de todo un máster reducido a la mínima expresión. Tenía tanta labia, tanto sentido de su propia valía, tanta noción de su superioridad que cualquier idiotez que se le ocurriera la elevaba con sus gestos y sus palabras a las esferas de una sabiduría cósmica. Cuando me compraba unos zapatos, cuando no tenía más remedio que buscarme ropa, cada vez que le pedía dinero para mis necesidades más elementales, cuando iba al médico de pago porque el seguro me daba cita a seis meses vista, me recordaba que esos privilegios se los debía a sus ocho horas diarias de trabajo, cinco días a la semana. No sé por qué se jactaba tanto de ese tiempo empleado en lo que él llamaba trabajo y yo, una cómoda dedicación. Era administrativo en el ayuntamiento, como usted ya sabe. O sea, cuarenta años de desayunos que duran una hora, de mañanas perdidas dando tumbos por los pasillos con la excusa

de acudir a algún despacho, de semanas empantanado en un difícil expediente y mil actividades más que me ahorro detallarle, señor juez. No le canso más, señoría. Cuando cumplí sesenta y cinco años decidí jubilarme y empezar a cobrar el plan de jubilación que firmé cuando me casé con él. No hice sino lo que él mismo me había indicado. Por eso lo maté.

Alcestis

Soy admirada por toda la ciudad. Los sacerdotes me observan con un respeto rayano en la devoción. Hay quienes creen ver en mi gesto el orgullo por lo que hice. Lo interpretan como prueba de una generosidad que supera los límites a los que todos están acostumbrados. Hasta el dios se quedó estupefacto. Hay propuestas que se hacen para que nadie pueda aceptarlas. Los dioses saben mucho de este recurso para tener sometidos a los mortales. Por una vez ha dado un paso adelante uno de esos seres que consideran inferiores y a los que desprecian. Que sea una mujer no hace sino ahondar en el asombro tanto de unos como de otros. Se supone que somos menos que los hombres y que nuestra condición es similar a la de los esclavos y los niños. ¿Y mi pobre Admeto? Ha creído mis pretextos, mis argumentos, mis lágrimas. Ahora me rodea el prestigio de la esposa amante y leal hasta la muerte. Seré modelo para las generaciones futuras y puede ocurrir que se hagan leyendas sobre mi resolución. Los mitos no me interesan, porque son estatuas pintadas que ocultan la bastedad de una materia prima cuya calidad no dejan ver los colores. Allá la posteridad con sus necesidades de justificar la propia existencia cotidiana. Si me ofrecí a morir por Admeto a causa de la divinidad implacable que

exigía una víctima, cualquier víctima, fue por simple supervivencia. ¿Dónde iba yo sin marido? Me gustan demasiado los privilegios de la corte y las comodidades de la realeza. Disfruto de todas estas ventajas sin la molestia de reinar. Privada de un marido mi futuro sería bastante lúgubre. A buen seguro surgirían enseguida quienes me reprocharan no haber ejecutado la ofrenda que he hecho y mi miseria se vería incrementada con el desprecio de la gente. Son estúpidos. Todos son estúpidos, empezando por los dioses. ¿De veras alguien podría pensar que el sacrificio de una mujer, una simple y despreciable mujer, satisfaría el amor propio de una divinidad? El dios me perdonó la vida, sigo viva, disfruto de mi posición y soy admirada. Todo vuelve a estar en orden.

Cartomancia

La competencia era feroz en los últimos tiempos. Había dentelladas para ganar clientes. En otro tiempo el negocio estaba más limitado y el ámbito de trabajo se reducía a ferias, verbenas y demás acontecimientos festivos en los que se congregaba la gente. Era tan simple como montar un tenderete con dos sillas, una mesa y un vestuario del que se pretendía sólo un toque exótico y misterioso. Con los medios de comunicación todo había cambiado. Primero fue la radio, luego el teléfono y, últimamente, internet y las televisiones. Madame Bonnet empezó joven heredando de su madre los trastos. Desde pequeña la acompañó en su negocio que no era sino una atracción más de aquel circo. Cuando murió, se hizo cargo de la pequeña empresa y, con el oficio ya aprendido, se hizo un espacio en el mundo de la cartomancia. Un día decidió independizarse y puso su propio local en una de las ciudades por las que había pasado el circo. El negocio le iba bien. Se casó, tuvo un hijo. Su marido se fugó sin decir nada, pero no le resultó traumática la huida. Tenía sus propios ingresos y el hombre era un personajillo repelente del que a esas alturas de su vida aún se preguntaba cómo había podido enamorarse. Todo iba bien hasta que su hijo murió. Al dolor que la pérdida le produjo se unió la maledicencia de

otra bruja que ejercía en la misma localidad. La competencia era feroz en los últimos tiempos y por mucho que Madame Bonnet se modernizase con su programa en la televisión local, la competencia dio en difundir un ataque contra su profesionalidad. ¿Qué clase de adivina era si no había sido capaz de prever la muerte de su propio hijo? La estrategia caló en la clientela y el nivel de ingresos descendió significativamente. Una tarde de aburrimiento en su local, después de ser expulsada de su programa en televisión, le echó las cartas en ausencia a Desirée Rodajas, su oponente. Y vio que su esposo iba a tener un accidente mortal. Le faltó tiempo para ponerse en contacto con ella y con el hombre. El marido era supersticioso y a pesar de las advertencias de su mujer recordándole la escasa efectividad de las premoniciones de Madame Bonnet, le hizo caso y dejó de tomar aquel autobús que se despeñó. Cuando se enteró de lo sucedido, Madame Bonnet respiró satisfecha. Había matado dos pájaros de un tiro. Había cumplido con un deber de simple humanidad y había dejado vivo a ese marido que la Rodajas, como todos sabían, odiaba profundamente y al que estaba atada por los capitales que él guardaba en el banco.

Amor absurdo

Si me enamoré de ti seducido por el olor del firmamento en aquella noche de final de primavera, perdóname. Piensa que me dejé llevar por la ilusión de la esperanza. Piensa que por unos días creí salvar el amargor de tantos años, tantas noches de lágrimas calladas, preguntando al gris de las paredes el porqué de tanta hiel; tantas horas de ruegos sin oídos, de súplicas sin atenciones, pidiendo un poco de piedad por esta vida. Creí entonces que alguien como tú podría conjurar mis sufrimientos, unos sufrimientos con esquivas causas que atacar, pero aferradas a mi alma con sus garfios como anzuelos. Alguien como tú –insensato en mis esperas– podría reducir sin alharacas el alambre de espinos de mi duelo informe. Viniste lentamente una noche de final de primavera e imaginé que tus brazos salvarían la brecha de mi horror, que tus palabras pasarían su esponja enjugando el azufre de mis nombres, que tu boca cumpliría con su rumbo la órbita sutil de la paciencia. Perdóname, porque a la altura de mis años no aprendí a vivir con mis fracturas y esperé que tu cuerpo, que tu espíritu salvaran con su roce de espuma blanda el abismo que un dios abrió en mi alma. Perdóname por no saber que con nada ni con nadie podemos tapar el sol cuando nace poderoso en cada amanecer.

Pablo de Tarso

¿Por qué no te quedaste donde siempre estuviste? Incluso en aquellos momentos, cuando manifestabas tu epifanía, en tiempos de mayor dicha, tu presencia era dosificada cuidadosamente para que sólo los elegidos accedieran a tu voluntad, para que casi nadie alcanzara a contemplar una porción de tu propio rostro. Eran buenos tiempos. Cuando nos asaltaban las dudas, acudíamos a los profetas. Sus palabras pretendían ser las tuyas y sus admoniciones eran las tuyas. Mejores tiempos aquéllos. Tú estabas en tu lugar y nosotros en el nuestro. Físicamente, no nos mezclábamos. Era lo mejor. Cuando lo divino toca lo humano, la parte más débil se ve destinada a la ruina. Eran tiempos felices en los que la seguridad estaba aferrada a nuestras almas incluso en los momentos de zozobra, porque sólo eras voluntad, sólo eras palabras pronunciadas por ancianos y recogidas por escribas. Todo estaba bien. Todo eran certezas. Estábamos nosotros, los elegidos; y estaban ellos, los desplazados de tu pensamiento. El mundo era un día sin nubes, un mar sin oleaje, la cara complaciente de una madre que mira a su hijo cuando ha terminado de amamantarlo. Las reglas eran únicas y el camino diáfano. Era más fácil cuando estabas en tu cielo y sólo eras un cúmulo de normas recordadas por tus enviados,

cuando sólo eras una entidad majestuosa que se preservaba alejada de las sucias turbulencias con las que el trasiego humano enturbia los días. ¿Por qué decidiste venir a nosotros como uno de nosotros? ¿Y con esas palabras? Esperábamos un rey que nos llevara a la abundancia, a la plenitud de nuestra relación contigo, que nos hiciera poderosos, temidos; que nuestro nombre provocara el pánico entre quienes nos rodean; que tu reino fuera ya eterno sobre esta tierra que nos regalaste. ¿Qué ocurrencia tuviste? Viniste a nosotros tú mismo enfundado en carne humana, camuflado con nuestro color y nuestros rasgos, disimulando tu auténtica naturaleza, tanto que pocos han llegado a entender tu juego. ¿Querías acercarte más a nosotros? ¿Es que no había otros procedimientos de hacerte patente sin tanto destrozo? Todo ha quedado confundido y nos ha sobrevenido la catástrofe. Ni siquiera quienes estuvieron a tu lado durante esos pocos años en que dedicaste tu forma humana a complicarlo todo, a darle la vuelta a todo, son conscientes del punto de destrucción al que llegaste con tus palabras y, lo que es mucho peor, con tus obras. Nadie se ha percatado del desastre y ya nada volverá a ser lo que fue. Como conocía la verdadera magnitud de tu irrupción y por mantener el estado de cosas de siempre para siempre, me di sin resuello en erradicar a quienes te seguían. Lo intenté hasta desangrar mi alma, aunque desde que entraron por mis oídos los testimonios de lo que dijiste y de lo que hiciste, algo en el inte-

rior de mi corazón crujió y se derrumbó. ¿Por qué nos mantuviste engañado tanto tiempo? ¿Por qué nos mandaste aquellos viejos mensajes que ahora se diluyen en cenizas ante la profunda verdad del nuevo? Al final has vencido y ahora tendré que inventarme una historia para hacer creer a esa gente que mi conversión es obra tuya, para justificar el vuelco de mi reputación. Todo era más sencillo antes, cuando eras una sombra ardiente y terrorífica que sólo calcinaba a los profetas.

Sócrates

Me he cansado, querido Fedón, de esta ciudad y de su gente. Son ya demasiados años intentando que sus cabezas alberguen algo más que su pasión por los pica-pleitos, su amor por el ruido vacuo, su tendencia a descabezar a los mejores, su peligrosa credulidad, su zafiedad en las risas y su corazón impermeable a la curiosidad. A esta edad me siento agotado después de renunciar a lo esencial por seguir un camino que creía me llevaría a despertar en esta informe masa de carne y huesos la chispa de divinidad que vislumbraba en su interior. Me he equivocado y he fracasado. No han entendido nada, no se han enterado de nada. Salvo unos pocos fieles, como tú, la mayoría de los atenienses me desprecia. Cuando me ven, se ríen. La culpa es de ese personajillo que se considera una luz entre los hombres, Aristófanes. No es más que un chamarilero de la escena, un trapisondista de las palabras que se aferra a lo más soez del espíritu humano para extraer desde su fondo las escorias. Todos le ríen las gracias. Creen que no soy más que una especie de revoltoso chato y recordado, feo y macilento, calvo y desagradable cuya más ambiciosa tarea es derruir lo que sus padres y sus abuelos han erigido en esta ciudad, en esta aldea con pretensiones de capital. No me han comprendido. Y ahora,

algunos de sus más destacados representantes han decidido llevarme ante los tribunales. Tendré que presentarme ante mis conciudadanos y someterme a su juicio. Son los mismos que me miran con desprecio cuando paso al lado de su tienda o me dejo caer con mis preguntas a la puerta de su taller. Y no profundizo en las reacciones de aquellos que se creen superiores, esos compatriotas que por poseer un par de barcos y comerciar con algunos puertos han amasado una cierta fortuna y se sitúan con jactancia en una especie de pequeño Olimpo. Paradójicamente, son aquellos a los que he intentado arrebatarse el monopolio de la virtud los que menos me ofenden con sus miradas y sus gestos. Esos aristócratas a los que rebajé de su cumbre cuando afirmé que todos podemos tener un alma tan noble como la suya. Porque no es el nacimiento en un clan, ni la posesión de riquezas los que fundamentan la dignidad del hombre y el acceso a la porción de divinidad que todos llevamos dentro. Estoy, querido Fedón, tan cansado de todo, tan anciano, tan consumido que voy a ingresar en el reino de Hades con una jugada magistral que los señalará para siempre como lo que son, simples matarifes del saber.

Amor caduco

Desde siempre creí que los hombres se dividen en tres categorías. La primera está integrada por los que se fuman un cigarrillo después de hacer el amor; la segunda, por quienes se quedan dormidos y la última, por quienes realizan otro tipo de actividades. En todo caso, la suma de los dos primeros grupos sobrepasa con mucha amplitud a los integrantes del tercero. Mi marido pertenece a éste. Al principio de nuestra relación su costumbre me pareció original, incluso adorable. Luego, pasó a ser curiosa. Un tercer estadio se decantó hacia la indiferencia. Creo que ya he llegado a la última etapa en esta particular bajada a los infiernos de la convivencia. Hace unos días, después de la ceremonia de fin de semana, me di cuenta de que me daba asco. Su costumbre me resultaba repugnante. Así que me estoy pensando el asunto del divorcio. Quizá haya quien piense que soy demasiado delicada. Pero dime, ¿no es acaso comprensible que me resulte propio de un cerdo que se hurgue la nariz mirando al techo después de que todo haya pasado?

El maestro

Tesalónica, 23 de abril de 19...

Querido Jaralambos:

Ha sido una afortunada casualidad enterarme de que eres el alcalde de Likovrisí. Hace unos días leí en el periódico un breve artículo alabando la organización y el éxito de las fiestas del vino que habíais disfrutado en tu pueblo. Cuando vi tu nombre, el corazón saltó en mi pecho. Parecía que Dios había tenido una muestra de favor conmigo después de tanto tiempo. Descubrir tu nombre y tu cargo en estos momentos fue providencial.

Recordarás que al menos hace diez años visité tu pueblo. Me llevó precisamente el mismo objeto que hoy motiva esta carta. Iba entonces detrás de la pista de un personaje cuya existencia llegó a mí de forma casual y cuya vida transcurrió en Likovrisí. Recuerdo que estuvimos charlando un buen rato en la sobremesa sobre las razones de mi presencia. Me diste algunas informaciones valiosas y me enseñaste tu pueblo. Fuiste un excelente anfitrión. Por aquel entonces no diste muestras de interés por la política. Estabas tan entregado a tu mujer, a tu hija recién nacida y a tu negocio que se me hubiera antojado impensable verte algún día como alcalde. En aquellos días, acababa de terminar la carrera

y estaba preparando un currículum aceptable que me permitiera acceder a la universidad. En el tiempo que me dejaban libre tus fantásticas atenciones pude dedicarme a mi trabajo. Tiempo después me di cuenta de que la trascendencia de mi investigación no pasaba de mi propio interés y de la emoción que me dominaba cuando me sumergía en los detalles de aquella singular persona. A la vista del poco valor que mi investigación podría tener para engrosar mi currículum, la abandoné. Aunque no del todo. Periódicamente, he regresado a sus detalles y he ido sonsacando datos de aquí y de allí hasta completar una historia coherente y conmovedora.

En un inciso te contaré que, al final, conseguí el puesto de profesor de historia contemporánea en la Universidad Aristotélica de Tesalónica. Te ahorraré detalles sobre ese penoso camino de penitencia que me llevó a mi despacho. Tuve que desgastar muchas suelas de zapato en los pasillos, doblar mucho mi espinazo haciendo reverencias a los gurúes, gastar saliva elogian-do sus opúsculos infumables o atacando sin piedad a sus enemigos de academia; y hube de pagarles muchos cafés, cuando no soberanos banquetazos, a los que se entregaban con voracidad. Al mismo tiempo, estudiaba y estudiaba, daba las clases que nadie quería e investigaba sin parar. Me conoces y sabes que vivo para mi trabajo y que nada hay en el mundo que me atraiga más que abismarme en sus vericuetos. Ya a salvo de la inverterada corrupción universitaria, fijé mi campo de inves-

tigación en el período de la ocupación alemana durante la II Guerra Mundial. Pero paso a lo que causa la redacción de esta carta.

Te voy a hablar de Kostas Papayoanu. Por las descripciones que he podido allegar, se trataba de un hombre de baja estatura, menudo; físicamente, poca cosa. Llevaba gafas, unas lentes de montura fina y metálica que nadie recordó haberle visto cambiar nunca y que en los momentos finales de su vida estaban descascari-lladas y oxidadas. Siempre vistió un mismo traje negro, un terno que fue deteriorándose con el paso de los años hasta adquirir un brillo que delataba su antigüedad. Andaba a pasos cortos, pero lentos, siempre con su mirada perdida en el cielo o en el suelo. Le costaba mirar de frente a los demás y peleaba continuamente con una melena que fue convirtiéndose en una maraña cana con amenazantes claros. Cuando paseaba por tu pueblo, siempre iba acompañado de un grueso volumen. Pude averiguar que se trataba de la *Iliada* en su versión original. Me contaron que solía sentarse en el café de Nikos a beberse una taza acompañada de un vasito de *ouzo* en los días de sol. Kostas Papayoanu era el maestro del pueblo. El único maestro, que enseñaba lo mismo matemáticas que geografía, ciencias naturales que lengua, historia que gimnasia. La gente lo quería, aunque sus clases eran mucho más caóticas de lo que se esperaba de un maestro en aquellos tiempos. Los niños más que temerle, le respetaban gracias al aura con que el magis-

terio rodeaba a sus miembros decenios atrás. Iba por la vida pidiendo todo por favor y agachando la cabeza cuando de adversidades se trataba. Intuyo que era persona de inteligencia media, ni muy listo ni muy lerdo. Apostaría algo a que era feliz, en la medida que lo pueden ser las personas como él en el pueblecito de Likivrisí. Cuando llegó, en los lejanos días de su juventud, hubo algún revuelo de mozas con el objetivo de conseguirlo. Era un buen partido para los niveles económicos y la dura existencia de los lugareños en aquellos días. Intentos hubo por parte del señor Kostas de casarse con alguna muchacha, pero fueron en vano. La que más cerca estuvo de obtenerlo en matrimonio, falleció con 21 años antes de formalizar la relación. Probablemente, esa experiencia lo marcó y lo destinó a la soltería. Nunca se le conoció amante, ni novias ulteriores, aunque se rumoreaba que la señora Alexía, la viuda del tabernero que regentaba el negocio con mano de hierro, le hacía algún que otro favor. Pero éstos fueron sólo rumores que corrieron entre los habitantes de tu pueblo. Así pues, tenemos un personaje que hubiera desaparecido entre los torbellinos de la historia de forma anónima, como la inmensa mayoría de cuantos han hollado alguna vez la tierra.

Y hubiera sido así de no haber pasado por Likovrisí el poder del III Reich y esa casualidad que parece dominar el curso de nuestros días, la misma que me hizo dar con los detalles de su existencia y que me permiten

ahora hacer un intento de recuperar su recuerdo y homenajearlo como se merece.

Sé que, habiendo nacido en Likivrisí y habiendo vivido allí toda tu vida, salvo el período en que fuimos compañeros en la facultad hasta que abandonaste los estudios, conoces el episodio trágico de la matanza causada por los alemanes. Doy por casi seguro que en el montón de varones ametrallados aquel día en la plaza del pueblo se contaba algún pariente tuyo y doy por casi cierto que tú existes gracias a alguno de los niños que se salvaron del asesinato colectivo por contar menos de quince años. Ésas eran las maneras de nuestros enemigos cuando los guerrilleros ultimaban a algunos de los suyos en las emboscadas. No te exageraré si te revelo que me fue muy difícil conseguir que las ancianas del lugar me contasen lo que sucedió. Cuando les preguntaba, sus rostros de pergamino, arados por las arrugas, se contraían, sus ojos se bajaban y sus puertas se cerraban ante mi cara. Fue difícil, pero me enteré de lo que me interesaba. Quizá por esa razón te resultó tan novedoso el relato que te hice. Probablemente, el velo sobre la memoria pretendía no tanto olvidar, sino preservar a los que veníais detrás del horror que se sufrió aquella mañana.

El señor Kostas, como todos los varones mayores de quince años, formaba parte también del grupo que los alemanes reunieron a culatazos en el centro de la plaza. Los amontonaron y situaron frente a ellos una

ametralladora. El destino de los lugareños era evidente. Previamente, el oficial hizo traducir una proclama en la que se dejaba bien claro que se trataba del castigo por la muerte de varios soldados a manos de la guerrilla y que no era sino un escarmiento. Aquel oficial rubio, alto, de rasgos plenamente germánicos, con sus botas de montar relucientes, llevaba en la mano un libro con el que se estuvo golpeando el muslo mientras hablaba, mientras revistaba a los condenados, mientras disponía la ejecución. En un momento dado, lo abrió ante todos. Ojeó algo. Luego, levantó la mirada y dijo aquellas palabras que dejaron perplejos a los presentes. Ofreció salvar la vida a quienes supieran recitar algunos versos de Homero. Los alemanes desde el siglo XVIII se han creído los herederos culturales de nuestro viejos antepasados y, a buen seguro, aquel oficial había sido formado entre las antiguas declinaciones y conjugaciones de nuestra lengua, entre los versos de los poetas y las frases de los prosistas. En un primer momento, nadie salió de la masa que se apelotonaba temerosa en la plaza. Aunque es de suponer que todos estaban pensando en el maestro. Creo que su carácter en aquellos primeros instantes le jugó la mala pasada de hacerlo vacilar. Por los testimonios que recabé, tampoco parece que nadie le empujara a destacarse ni con la mirada, ni con los gestos. Fue un acto de su propia voluntad, al cabo, lo que le decidió, tras insistir el oficial por segunda y tercera vez, a dar un paso al frente. Me gustaría pensar

que el rostro despectivo del alemán fue el resorte que le hizo saltar, que la impresión causada en el corazón del señor Kostas por el desprecio que les mostraba aquel teutón, le dio ánimos para dar la cara. Y lo hizo. Se abrió paso entre sus vecinos, lentamente, a pasitos cortos, ajustándose las gafas sobre su nariz. Se plantó delante del oficial, que le sacaba unos buenos centímetros. Lo miraría de frente, quizás por primera vez en su vida y sin mediar más dilación, le comenzó a recitar el primer canto de la *Ilíada*. Disfruto imaginando la cara del militar cuando se percató de que, efectivamente, no todo se había perdido en Grecia de la gloria del pasado. Pero más disfruto al figurarme la cara de estupor que descendería por sus facciones cuando, al ser interrumpido en el recitado y ser invitado a sumarse al grupo de las mujeres y de los niños, el viejo maestro solicitó un favor del verdugo. Fue así como cambió su vida por la de un joven que acababa de cumplir quince años el día anterior.

Éste es el relato de lo acontecido aquel infausto día. Y ahora paso a exponerte el objeto de esta carta. Me gustaría que el ayuntamiento de Likovrisí levantara un monumento al maestro en un lugar destacado del pueblo. Se lo merece y es una deuda que le debemos a todos aquéllos que supieron mantener la dignidad de nuestra nación en momentos tan duros.

Pienso presentarme próximamente en tu despacho e insistir, abusando de tu amistad en este asunto, hasta

que lo consiga. Me conoces y sabes que soy muy testarudo. Y te comunico que estoy dispuesto incluso a organizar sorteos y pedir a la puerta de las iglesias para que mi querido, mi admirado Kostas Papayoanu reciba el homenaje que se merece.

Cuando nos veamos me contarás si tienes más hijos y demás asuntos de tu vida personal. Aparte de todo lo dicho, me apetece enormemente darte un fuerte abrazo y pasar unas buenas horas hablando de nuestros viejos tiempos.

Se me olvidaba decirte que el muchacho al que salvó el maestro se llamaba como tú, Jaralambos.

Tu amigo, que te aprecia, Stéfanos.

El legionario

No hay motivos de preocupación, amor mío. Todas las inquietudes han desaparecido. Las palabras del sacerdote Félix no pueden ya suponer obstáculo alguno para que nuestro futuro esté claro. Los niños y tú podéis dormir tranquilos, porque no les faltará el pan, ni un techo ni unas ropas. Mi salario entrará con la misma regularidad que lo ha venido haciendo todos estos años y si Dios quiere que muera, las pequeñas propiedades que hemos ido acumulando os suministrarán suficientes recursos para llevar una vida humilde, pero desahogada. Ya han pasado los momentos en los que era imposible dormir, en que cada movimiento de mi espada en los ejercicios, cada marcha, cada empalizada que levantaba eran aldabonazos que sacudían mi alma conminándome a seguir plenamente el camino del Señor. Las palabras de Cristo retumbaban en mi conciencia convirtiendo cada segundo de mi trabajo en una tortura. Cada hombre que maté durante las campañas en las que seguí al César, cada niño, cada mujer que sometí a la esclavitud, cada aldea arrasada, cada granja aventada en cenizas tras mi intervención eran otros tantos regueros de dolor que laceraban mis entrañas. Las palabras del sacerdote Félix parecían las correctas. Un cristiano no debe matar. Un cristiano debe amar a sus ene-

migos. Las armas, la sangre, el sufrimiento del prójimo están prohibidos a los cristianos. En mi alma, bien lo sabes Casia querida, se enfrentaban dos pensamientos con la fuerza de dos ejércitos en una batalla. El Señor parecía pedirme que abandonara la legión, que me buscara otro medio de vida. Pero, en el otro extremo de la cuerda, vosotros tirabais con fuerza. Sé que tú no me entiendes, que todavía sacrificas a los viejos dioses, pero eres buena y esta cualidad es garantía de que en un futuro te sumarás a mí en el amor de Dios. Esto no me preocupaba, sino vuestras bocas pidiendo pan y vuestra piel aterida por el frío. ¿Dónde podía ir después de veinte años en el ejército? El César me da un salario estable, una seguridad en el futuro que bastan para compensar los infinitos peligros que afronta un legionario. Y mantener mi fe no ha sido problema. El centurión sabe que soy cristiano, pero me respeta como soldado y prefiere hacer la vista gorda. No pide de mí ceremonias que me hagan declarar mis creencias y cuando se presenta la ocasión, permite que mi lealtad al César sea expresada por medios más adecuados a lo que exige mi fe. Sé que los cristianos vamos aumentando de número en las filas y sé que todos tenemos idénticas dudas. Acudí a ver al obispo Teodoro y le consulté. Quería que me perdonara por mis pecados pasados, pero también por los que voy a cometer como soldado. No le pedía la absolución por mis faltas como ser humano, sino como legionario. Lo que me dijo me tranquilizó y tran-

quilizó a aquellos de mis compañeros de armas y de fe a los que comuniqué sus palabras. El reino de Dios está por encima de los pequeños detalles de la condición humana, tan corrupta, tan imperfecta. Ésas fueron sus palabras. Es más importante hacer prevalecer la cruz sobre los pueblos que respetar hasta el extremo unas normas que ningún mortal puede cumplir a la perfección. El propio Cristo sabía que sus mandatos son simplemente un objetivo al que hay que tender, pero que nunca nadie logrará cumplir. Por tanto, aunque no sea moralmente bueno y contradiga las enseñanzas del Maestro, puedo matar, saquear, esclavizar sin remordimientos. El reino de Dios debe descender sobre la tierra y, para nuestro obispo, la mejor manera de empezar su andadura es ayudarlo con la fuerza de mis brazos. Las advertencias del sacerdote Félix eran justas, pero el obispo sabe más de Dios. Por cierto, ayer vi al sacerdote Félix, se me olvidaba decírtelo. Se despidió de mí. El obispo le ha ordenado que vaya a los confines de la Dacia, a predicar la palabra de Dios entre los secuaces del dios Zalmoxis. Que el Señor guíe sus pasos.

Menelao

Estaba desolado. Tantos esfuerzos para esto. Alrededor de nosotros se erguía un millar de estelas. A sus pies habíamos sembrado tumbas con las cenizas de innumerables valientes que habían venido a morir en tierra extraña. Sólo les benefició la campaña en el renombre que su valor aportó a su ciudad y a sus compatriotas. Tantas calamidades, tanta hambre y sed, tanto dolor para esto. Aquella noche todos ensombrecíamos la hoguera con nuestros rostros. Estábamos sin fuerzas. Habían sido muchos años de fatigas. Unos habían perdido amigos; otros, familiares; otros, criados fieles de toda la vida. Hacía frío. Lo recuerdo muy bien. Alguien tiritaba; pero no era tanto por el aire gélido, como por la rabia contenida ante un orgullo herido. Se habían acabado las provisiones. El campo estaba extenuado de tanto saqueo. La tierra sólo podía ofrecernos ya unas briznas de hierba que ni los pocos caballos aún vivos aceptaban comer. No había vacas, ni corderos, ni cerdos que llevarse al estómago. Hasta el agua empezaba a escasear: de los pozos hacía meses que sólo podíamos extraer un engrudo de barro pestilente. Mientras, en Troya se reían de nosotros con sus caras lustrosas. Habíamos superado epidemias y derrotas; pero estas últimas penalidades estaban marcando el final de una aventura malde-

cida por los dioses. Y en medio de esta catástrofe, me sentía más responsable que nunca. Por mi causa habían muerto los mejores guerreros de Grecia. Por mi causa había más viudas y huérfanos que nunca antes hubiera. Los rapsodos no tendrían jamás memoria suficiente para recordar en sus cantos las hazañas y las penalidades de tanta gente a la que mi vanidad herida había condenado. Después de diez años me di cuenta de que mi estupidez debía haber dañado sólo a mi persona. Que nunca hube de sentirme tan perjudicado como para lanzar a toda Grecia contra los muros de Troya. Si Helena escapó de mí, fue porque no supe retenerla ni hacerla feliz. Una mujer satisfecha no se fuga con el primer mozalbete que se cruza en su camino, por muy hijo del rey Príamo que sea. Después de diez años, aquella noche todos los príncipes decidimos que era el momento de levantar el campo. Hubo quien lloró con desesperación, sin sentir la vergüenza de ser confundido con una mujer. Si esta vez derramaba lágrimas, muchas otras veces, anteriormente, había sabido derramar sin cobardía la sangre troyana. Agamenón, mi hermano, desesperanzado, pensaba dar por concluida la asamblea. No se oía ni un murmullo. La soldadesca, en otras ocasiones vocinglera, ahora no dejaba ecapar ni un susurro. Y el heraldo, con el cetro que entregaba a cada príncipe cuando deseaba hablar, se mantenía inmóvil, erguido y taciturno. Nadie pedía la palabra y el silencio, con su horrrísona presencia, daba cuenta del apoyo que las intencio-

nes de mi hermano poseían. Antes de que Agamenón diera la orden de disolver la asamblea y ultimar los preparativos para disponer la partida, Odiseo pidió la palabra. Había aguardado durante todo el acto, tan silencioso como los demás y tan descorazonado, aparentemente. El heraldo le dio el cetro y el rey de Ítaca avanzó en medio del círculo de príncipes. Y profirió aquella ocurrencia. Si no podemos tomar Troya con la fuerza, dijo, hagámoslo con la astucia. El estupor se enseñoreó de los asistentes. La turba se movió con un leve gemir de sandalias en la arena. Odiseo nos explicó su idea: un enorme caballo de madera y todo aquello que ya el mundo entero conoce. Odiseo, siempre tan listo, siempre tan ingenioso. Al principio, la incredulidad se asomó a los rostros de los nobles. Mi hermano, incluso, probó un gesto de rechazo. Pero el de Ítaca reforzó las armas de su persuasión y, al poco, un clamor se elevó hasta el tímido cerco de una incipiente luna. Casi nadie se manifestó en contra. Casi todos estaban con Odiseo. Con una excepción. Era yo. Pero ningún príncipe me hizo caso. Al cabo de una semana me trajeron a Helena, tan lozana y hermosa como siempre, mientras la ciudad de Ilion ardía en todo su perímetro y un amasijo de cadáveres enturbiaba el aire con su olor a víctima carbonizada. Eran los restos de nobles guerreros que en otros tiempos habían sabido vencernos con las armas y con la paciencia. Desde mi barco contemplé aquella fechoría. Tantos años, tanta sangre derramada con honor an-

te el enemigo para acabar como un carnicero, matando a la res desde la espalda. Yo, que había provocado aquella martanza, sentí vergüenza de ser griego.

El exiliado

Estaba muy cansado de ellos. Durante años cumplí regularmente con mis obligaciones porque desde niño me inculcaron el amor a mi patria. Me sentía orgulloso de ser un ciudadano. Y asistía a todas las Asambleas en mi primera juventud. Mi ingenuidad y los relatos de mi abuelo velaban una percepción auténtica de la realidad. También influyó mi experiencia de la guerra. Cuando uno ve morir a compañeros y amigos en nombre de la patria, cuando uno mismo está dispuesto a perecer con honor por la gloria de Atenas y de sus antepasados, la indulgencia con los compatriotas está mucho más a flor de piel. Los ideales de los que se está convencido, se aceptan sin discusión. Simplemente, se muere por ellos. O se traicionan. Al menos así me hicieron pensar durante muchos años. En las Asambleas Populares perdí un tiempo cuya cuenta sería imposible calcular. Votaba, discutía con quienes asistían a las convocatorias. Incluso llegué a subir en un par de ocasiones a la tribuna y expuse mi opinión. Aunque nadie me atendió y ni siquiera los secretarios se tomaron la molestia de dejar por escrito mi propuesta. Nunca fui un buen orador y tampoco tuve nunca intención de participar en la defensa de las facciones que entonces se disputaban el favor de los asambleístas. Pero desde siempre me habían

dicho que, como ciudadano, tenía derecho a la libertad de expresión y a que mis proposiciones fueran incluidas en el orden del día para ser consideradas y votadas. Aquellas dos jornadas no fueron muy felices. Sin embargo, cuando los oradores de los dos partidos subían sucesivamente a la tribuna, la Asamblea en pleno les prestaba atención y los secretarios casi acababan con las existencias de cálamos. Tal era su celo por dejar constancia de cuanto aquellos dos personajes decían. Ahora, con la perspectiva del tiempo y bajo esta noche del desierto, después de una dura y gloriosa batalla en la que vencimos de nuevo, lo que decían aquellos dos oradores me parece más que nunca un tenderete de baratijas retóricas que los hombres libres compraban con deleite. ¿Importó mucho que protestara porque el magistrado Hermócrito quisiera promulgar un edicto e instaurar un nuevo impuesto sobre la fabricación de ánforas? Decían que era para sufragar los gastos de la inminente guerra contra los macedonios. Nadie me hizo caso. Hermócrito encargó a sus hermanos la gerencia del impuesto, una vez aprobada la moción. Cuando abandoné Atenas, solían pasearse en literas con cortinajes de seda, recamados en oro y portados por esclavos nubios. Me alegré el día en que los generales mandaron darle la cicuta a Hermócrito y a sus parientes junto con muchos de su misma calaña. Con el paso del tiempo dejé de acudir a la Asamblea. Tenía un pequeño taller de herramientas donde trabajaban dos esclavos.

vos y no necesitaba los óbolos que los magistrados entregaban a quienes participaban en la Asamblea. De hecho, sólo iban aquellos que no tenían de qué vivir. Era gente que votaba con el estómago y lo hacían a favor de quienes mejor los compraban. Ni siquiera sabían leer bien. En aquella época un grupo de ciudadanos nos creímos nuestra ingenuidad e intentamos promover un juicio contra Clitómaco por corrupción y cohecho. Al cabo de un año, uno de mis amigos había sido asesinado sin que se hallase nunca al criminal. Otro, vecino mío desde la infancia, fue condenado a beber la cicuta por alta traición y hubo de exiliarse. En cuanto a mí, tuve que abandonar mi casa, mi familia y mi negocio. Mis escasas propiedades fueron confiscadas entre el aplauso de los compatriotas que se habían reunido en la Asamblea. Aceptaron las resoluciones de un ofendido Clitómaco expuestas con su retórica aplastante y respaldadas por una buena cantidad de dracmas. No he vuelto a saber de mi familia desde aquel día en que bajo las órdenes del rey entramos en la ciudad e hicimos justicia con algunos de aquellos despreciables personajes. Sin embargo, sólo sufrieron el castigo de su perversidad los que permanecieron en Atenas; la mayoría había podido huir junto al persa. Mi cólera de entonces también fue ingenua, porque sus días estaban contados. Mi mujer y mis hijos, sumidos en la pobreza, me rogaron que no siguiera con él. Pero yo tenía claro el horizonte de mi vida. Les dejé cuanto había reunido como

botín y me marché. Durante años creí en conceptos tales como la libertad, la igualdad ante la ley o el poder soberano de la ciudadanía en la Asamblea. Derramé mi sangre por la herencia de los muertos en Maratón y Salamina. Pero los conceptos no me animan con gritos en la batalla, ni me consuelan con un abrazo cuando lloro a un camarada muerto. Los conceptos, sin carne, sin corazón, no se emborrachan contigo en una madrugada de banquete, ni se lanzan con la espada desenvainada a la cabeza de las tropas, poniéndose en peligro como el último de los soldados. Los ideales, sin brazos ni manos que los empuñen, no comen tu mismo rancho ni matan tus mismas pulgas, ni piden perdón cuando se equivocan. Por eso lo segurié hasta la muerte, porque mi rey no habla mucho; sino que pelea y nos une. Mi señor Alejandro no es una idea que pueda defenderse o traicionarse a gusto de rétores; sino un hombre a quien obedeceré mientras haya una sola gota de sangre en mis venas.

Sevilla, Rute, Burbunera
2004-2007

OTRAS PUBLICACIONES

EDITORIALAKRÓN

www.editorialakron.es
info@editorialakron.es

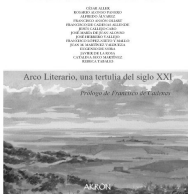


FERNANDO LESCARÉN.
MEMORIA DE UN MILICIANO

José Luis de Funes
Prólogo: Luis María Ansón

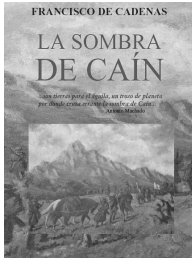
ISBN: 978-84-936011-0-2
TESTIMONIOS (2007)
Tapa blanda, 231 páginas

TENSANDO EL ARCO



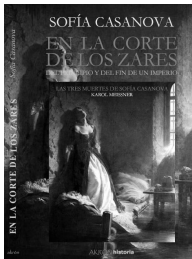
TENSANDO EL ARCO
César Aller y otros
Prólogo: Francisco de Cadenas

ISBN: 978-84-936011-1-9
NARRATIVA (2007)
Tapa blanda, 254 páginas



LA SOMBRA DE CAÍN
Francisco de Cadenas Allende

ISBN: 978-84-936011-2-6
NARRATIVA (2007)
Tapa dura, 150 páginas



EN LA CORTE DE LOS ZARES
Sofía Casanova

y
LAS TRES MUERTES DE SOFÍA CASANOVA
Karol Meissner

ISBN: 978-84-936011-4-0
HISTORIA (2007)
Tapa dura, 250 páginas

RAFAEL SALAZAR ALONSO
**BAJO EL SIGNO
DE LA REVOLUCIÓN**

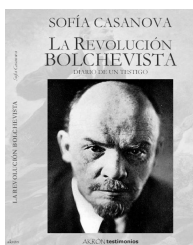


BAJO EL SIGNO DE LA REVOLUCIÓN

Rafael Salazar Alonso

EL HOMBRE Y SU DESTINO
Juan M. Martínez Valdueza

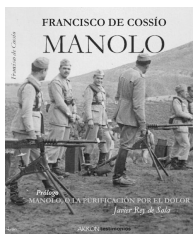
Prólogo: Jaime Mayor Oreja
ISBN: 978-84-936011-3-3



LA REVOLUCIÓN BOLCHEVISTA

Sofía Casanova

ISBN: 978-84-936011-6-4
TESTIMONIOS (2008)
Tapa dura, 189 páginas

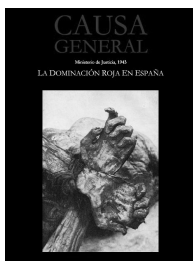


MANOLO

Francisco de Cossío

Prólogo: Javier Rey de Sola

ISBN: 978-84-936011-7-1
TESTIMONIOS (2008)
Tapa dura, 137 páginas



CAUSA GENERAL

Ministerio de Justicia, 1943

Prólogo 2008: Eulogio López Escribano
Prólogo 1943: Eduardo Aunós Pérez

ISBN: 978-84-936011-8-8
HISTORIA (2008)
Tapa dura, 548 páginas



Reflexiones de un poeta, cronocomentario, ensayístico, en dieciséis entregas de temática diversa, "sobre temas diversos de la poesía entre otros" (resena de la revista "Análisis")



CARTAS ANDALUZAS

Hirtio Vernier

ISBN: 978-84-936011-9-5

NARRATIVA (2008)

Tapa dura, 208 páginas



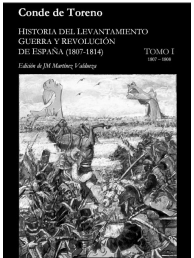
¡JO, QUÉ TROPA...!

Javier Rey de Sola

ISBN: 978-84-936293-2-8

NARRATIVA (2008)

Tapa dura, 546 páginas



LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCIÓN DE ESPAÑA (1807-1814) TOMO I

Conde de Toreno

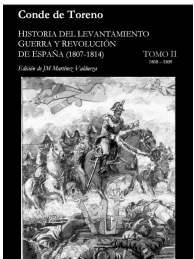
(Edición de JM Martínez Valdeza)

ISBN Obra completa: 978-84-936293-3-5

ISBN: Tomo I: 978-84-936293-4-2

HISTORIA (2008)

Tapa dura, 492 páginas



LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCIÓN DE ESPAÑA (1807-1814) TOMO II

Conde de Toreno

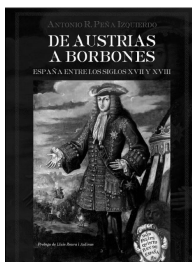
(Edición de JM Martínez Valdeza)

ISBN Obra completa: 978-84-936293-3-5

ISBN: Tomo II: 978-84-936293-6-6

HISTORIA (2008)

Tapa dura, 480 páginas



DE AUSTRIAS A BORBONES
(ESPAÑA ENTRE LOS SIGLOS XVII Y XVIII)

Antonio R. Peña Izquierdo

Prólogo: Lluís Roura i Aulinas

ISBN: 978-84-936293-1-1

HISTORIA (2008)

Tapa dura, 420 páginas



GUERRA AL FRANCÉS

(LOS MÁRTIRES DE JUNIO DE 1809 EN BARCELONA)

Rodolfo G. de Barthèlemy

Prólogo: Javier Nart

ISBN: 978-84-936293-5-9

HISTORIA (2008)

Tapa dura, 184 páginas



PEDRO BADANELLI. LA SOTANA ESPAÑOLA DE PERÓN

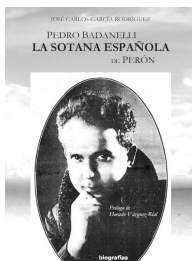
José Carlos García Rodríguez

Prólogo: Horacio Vázquez-Rial

ISBN: 978-84-936293-0-4

BIOGRAFÍAS (2008)

Tapa dura, 226 páginas



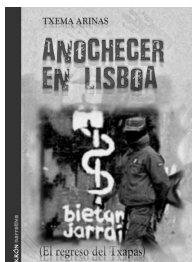
ANOCHECER EN LISBOA

Txema Arinas García

ISBN: 978-84-936293-7-3

NARRATIVA (2008)

Tapa dura, 232 páginas





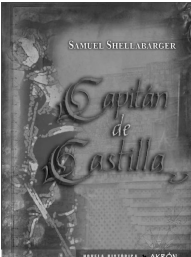
**EL RARO EXTRAVÍO DEL VIAJANTE ETERIO
EN EL PINAR DE XAUDELLA**

Andrés Martínez Oria

ISBN: 978-84-936293-8-0

NARRATIVA (2008)

Tapa dura, 216 páginas



CAPITÁN DE CASTILLA

Samuel Shellabarger

ISBN: 978-84-936293-9-7

NOVELA HISTÓRICA (2008)

Tapa dura, 604 páginas

DE PRÓXIMA APARICIÓN

CONFESIONES

Autor: Francisco de Cossío

TESTIMONIOS

LA REPÚBLICA EN EL EXILIO

Autor: Eduardo Comín Colomer

HISTORIA

EL DOCTOR WOLSKI

Autor: Sofía Casanova

NARRATIVA

LA PEQUEÑA HISTORIA DE ESPAÑA

Autor: Alejandro Lerroux García

TESTIMONIOS

**LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCIÓN DE ESPAÑA
(1807-1814) TOMOS III AL VI**

Autor: Conde de Toreno

HISTORIA

MANDOS PROVISIONALES EN LA GUERRA CIVIL

Autor: José María Gárate Córdoba

HISTORIA

AUGURIOS, ESTALLIDO Y EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL

Autor: Joaquín Pérez Madrigal

TESTIMONIOS

SILENCIO PÚRPURA

Autor: Andrés Martínez Oria

NARRATIVA

EL BATALLÓN LITERARIO

Autor: Rodolfo G. de Barthèlemey

HISTORIA

